Hoy,

Imperialismo:

el monopolio

la fase

es

superior

un hecho

del capitalismo

V. I. Lenin

Hoy,

Imperialismo:

el monopolio

la fase

es

superior

un hecho

del capitalismo

V. I. Lenin

V. I. Lenin

Imperialismo: la fase superior del capitalismo

TRADUCCIÓN DE LA FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS

GREAT IDEAS



Índice

Prólogo

El folleto que ofrezco al lector lo escribí en Zúrich durante la primavera de 1916. Dadas las condiciones en que tenía que trabajar allí, tropecé, obviamente, con cierta escasez de publicaciones francesas e inglesas y con una gran carestía de materiales rusos. Sin embargo, sí utilicé, con la atención que a mi juicio merece, el libro de J. A. Hobson *El imperialismo,* la obra inglesa más importante sobre el imperialismo.

Este folleto está escrito con un ojo puesto en la censura zarista. Por esta razón, además de verme obligado a limitarme estrictamente a un análisis exclusivamente teórico, a un análisis específicamente económico de los hechos, también tuve que formular con la mayor de las prudencias las pocas e indispensables observaciones políticas, para lo cual me valgo de alusiones y utilizo un lenguaje alegórico, ese maldito lenguaje *esópico* al que el zarismo obligaba a recurrir a todos los revolucionarios cuando tomaban la pluma para escribir una publicación «legal».

Ahora, en estos días de libertad, resulta doloroso releer los pasajes que fueron mutilados, comprimidos, atenazados por temor a la censura zarista. Para decir que el imperialismo es la antesala de la revolución socialista, que el socialchovinismo (socialismo de boquilla, pero chovinismo en los hechos) es una traición completa al socialismo, la total deserción al campo de la burguesía; que esta división en el movimiento obrero está relacionada con las condiciones objetivas del imperialismo, etc., me vi obligado a recurrir a un lenguaje «servil», y por eso a los lectores interesados en este aspecto debo remitirles a los artículos escritos en el extranjero entre 1914 y 1917, que serán reeditados en breve. Vale la pena destacar, sobre todo, un pasaje de las páginas 119-120[1]: para mostrar al lector, de una manera aceptable para los censores, cómo mienten descaradamente los capitalistas y los socialchovinistas que se han puesto de su parte (a quienes Kautsky se opone con tanta inconsecuencia) en lo referido a las anexiones; para mostrar cómo sin ninguna vergüenza *encubren* las anexiones de *sus* capitalistas, me

vi obligado a citar como ejemplo a… ¡Japón! El lector atento sustituirá fácilmente Japón por Rusia, y Corea por Finlandia, Polonia, Curlandia, Ucrania, Jiva, Bujara, Estonia y otros territorios de población no rusa.

Confío en que este folleto ayudará a comprender el problema económico fundamental, es decir, la esencia económica del imperialismo, sin cuyo estudio es imposible comprender y evaluar la guerra y la política modernas.

El autor
Petrogrado, 26 de abril de 1917

Prólogo a las ediciones francesa y alemana

I

Como se dice en el prólogo de la edición rusa, este folleto fue escrito en 1916 con un ojo puesto en la censura zarista. Actualmente no me es posible revisar todo el texto, ni, quizá, fuese aconsejable, ya que el objetivo principal del libro era, y sigue siendo, presentar, con la ayuda de estadísticas burguesas irrefutables y de declaraciones de estudiosos burgueses de todos los países, *una visión de conjunto* de la economía capitalista mundial en sus relaciones internacionales a comienzos del siglo XX, en vísperas de la primera guerra imperialista mundial.

Hasta cierto punto, será incluso útil a muchos comunistas de los países capitalistas avanzados convencerse con el ejemplo de este folleto, *legal desde el punto de vista de la censura zarista*, de la posibilidad, y necesidad, de utilizar incluso los resquicios legales más pequeños que todavía están a disposición de los comunistas, por ejemplo, en Estados Unidos o en Francia, tras las recientes detenciones en masa de comunistas, para demostrar la total falsedad de las concepciones y esperanzas de los socialpacifistas respecto a la «democracia mundial». Intentaré proporcionar en este prólogo lo más esencial que se debería añadir a este folleto pasado por la censura.

II

En el folleto se demuestra que, por ambos lados, la guerra de 1914-1918 fue una guerra imperialista (es decir, una guerra anexionista, depredadora y de rapiña); una guerra por la división del mundo, por la partición y el reparto de las colonias y de las esferas de influencia del capital financiero, etc.

Naturalmente, la prueba del verdadero carácter social o, mejor dicho, del verdadero carácter de clase de la guerra no se encontrará en la historia diplomática de ésta, sino en un análisis de la situación *objetiva* de *las clases* dominantes en *todas* las potencias beligerantes. Para describir esa situación objetiva no hay que tomar ejemplos o datos aislados (dada la extrema complejidad de los fenómenos de la vida social, siempre es posible seleccionar varios ejemplos o datos separados para demostrar cualquier tesis), sino tomar *todos* los datos sobre los *fundamentos* de la vida económica de *todas* las potencias beligerantes y del mundo *entero*.

Son precisamente datos resumidos e irrefutables de este tipo los que usé al describir el *reparto del mundo* en 1876 y 1914 (capítulo VI) y el reparto de los *ferrocarriles* en todo el globo en 1890 y 1913 (capítulo VII). Los ferrocarriles son una suma de las principales ramas de la industria capitalista, el carbón, el acero y el hierro; una suma y el índice más indiscutible del desarrollo del comercio mundial y de la civilización democrático-burguesa. La conexión de los ferrocarriles con la gran industria, los monopolios, los consorcios patronales, los cárteles, los trusts, los bancos y la oligarquía financiera está señalada en los capítulos precedentes de este libro. La desigual distribución de la red ferroviaria, su desarrollo desigual es una síntesis, por así decirlo, del capitalismo monopolista moderno a escala mundial. Y esta síntesis demuestra que las guerras imperialistas son absolutamente inevitables bajo *este* sistema económico, *mientras* exista la propiedad privada de los medios de producción.

Aparentemente, la construcción de ferrocarriles es una empresa simple, natural, democrática, cultural y civilizadora; ésta es la opinión de los profesores burgueses pagados para embellecer la esclavitud capitalista y es también la opinión de los filisteos pequeñoburgueses. Pero es un hecho que los lazos capitalistas, que mediante múltiples cruces ligan esas empresas con la propiedad privada de los medios de producción en general, han transformado dicha construcción en un medio para oprimir a *mil millones* de seres humanos (en las colonias y semicolonias), es decir, a más de la mitad de la población mundial que vive en los países dependientes, así como a los esclavos asalariados del capital en los países «civilizados».

La propiedad privada basada en el trabajo del pequeño propietario, la libre competencia, la democracia, todos esos eslóganes con que los

capitalistas y su prensa engañan a los obreros y a los campesinos, pertenecen a un pasado distante. El capitalismo se ha transformado en un sistema mundial de opresión colonial y de estrangulamiento financiero de la aplastante mayoría de la población del planeta por un puñado de países «avanzados». Y ese «botín» lo comparten dos o tres potencias mundiales saqueadoras armadas hasta los dientes (Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón), que arrastran al mundo entero a *su* guerra por el reparto de *su* botín.

III

El tratado de Brest-Litovsk, impuesto por la Alemania monárquica, y el posterior y mucho más brutal e infame tratado de Versalles, impuesto por las repúblicas «democráticas» de Estados Unidos y Francia y también por la «libre» Gran Bretaña, han prestado un servicio muy útil a la humanidad, al desenmascarar al mismo tiempo a los plumíferos a sueldo del imperialismo y a los reaccionarios pequeñoburgueses, quienes, aunque se califican a sí mismos de pacifistas y socialistas, alababan el «wilsonismo» e insistían en que la paz y las reformas son posibles bajo el imperialismo.

Las decenas de millones de muertos y mutilados que dejó la guerra —una guerra para decidir qué grupo de saqueadores financieros, si el británico o el alemán, se quedaba con la mayor parte del botín— y esos dos «tratados de paz» están abriendo los ojos, a una velocidad sin precedentes, a millones y decenas de millones de personas aterrorizadas, oprimidas y engañadas por la burguesía. De la ruina mundial causada por la guerra está surgiendo una crisis revolucionaria mundial que, por largas y duras que puedan ser sus fases, solamente puede conducir a la revolución proletaria y a su victoria.

El manifiesto de Basilea de la Segunda Internacional, que en 1912 caracterizó precisamente la guerra iniciada en 1914 —y no la guerra en general; hay diferentes tipos de guerra, incluida la guerra revolucionaria—, es ahora un monumento de denuncia de la vergonzosa bancarrota y la traición de los héroes de la Segunda Internacional.

Por eso incluyo ese manifiesto[2] como complemento de la presente edición, y hago notar al lector, una y otra vez, que los héroes de la Segunda Internacional reniegan constantemente, con el mismo empeño que pone un asesino en evitar la escena de su crimen, de los pasajes de ese manifiesto

que hablan precisa, clara y definitivamente de la conexión entre la guerra que se avecinaba y la revolución proletaria.

IV

En este libro hemos prestado una atención especial a la crítica del kautskismo, esa corriente ideológica internacional que en todos los países del mundo representan los «teóricos más eminentes», los líderes de la Segunda Internacional (Otto Bauer y compañía en Austria, Ramsay MacDonald y otros en Gran Bretaña, Albert Thomas en Francia, etc.) y un número infinito de socialistas, reformistas, pacifistas, demócratas burgueses y clérigos.

Por un lado, esa corriente ideológica es producto de la descomposición y el declive de la Segunda Internacional, y, por otro, es el fruto inevitable de la ideología de la pequeña burguesía, a quien todo su estilo de vida mantiene prisionera de los prejuicios burgueses y democráticos.

Las ideas defendidas por Kautsky y compañía representan una completa renuncia a los mismos principios revolucionarios del marxismo que él defendió durante décadas, sobre todo, por cierto, en su lucha contra el oportunismo socialista (Bernstein, Millerand, Hyndman, Gompers, etc.). No es casualidad, por tanto, que la práctica política actual de los seguidores de Kautsky en todo el mundo sea de unión con los oportunistas extremos (a través de la Segunda Internacional o Internacional amarilla) y con los gobiernos burgueses (a través de gobiernos de coalición con participación de los socialistas).

El creciente movimiento proletario revolucionario en general y el movimiento comunista en particular no pueden dejar de analizar y desenmascarar los errores teóricos del *kautskismo*. Sobre todo porque el pacifismo y la «democracia» en general —que, al igual que Kautsky y compañía, ocultan la profundidad de las contradicciones del imperialismo y las crisis revolucionarias que inevitablemente éste engendra— son corrientes que están todavía muy extendidas por el mundo. La lucha contra estas tendencias es una obligación ineludible para el partido del proletariado, el cual debe arrancarle a la burguesía los pequeños

propietarios por ella engañados y los millones de trabajadores que disfrutan de unas condiciones de vida más o menos pequeñoburguesas.

V

Es menester decir unas palabras sobre el capítulo VIII, *El parasitismo y la decadencia del capitalismo*. Como recoge el texto, Hilferding, antiguo «marxista», actualmente compañero de armas de Kautsky y uno de los principales representantes de la política burguesa, reformista, en el seno del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, ha dado en este punto un paso atrás con respecto al inglés Hobson, pacifista y reformista *declarado*. La escisión internacional del movimiento obrero es ahora totalmente evidente (Segunda y Tercera internacionales). La lucha armada y la guerra civil entre ambas corrientes es también evidente: en Rusia, el apoyo de los mencheviques y los eseristas a Kólchak y Denikin contra los bolcheviques; en Alemania, la lucha de Scheidemann, Noske y compañía junto a la burguesía contra los espartaquistas; y lo mismo en Finlandia, Polonia, Hungría, etc. ¿Cuáles son las bases económicas de este fenómeno histórico universal?

Pues precisamente el parasitismo y la decadencia del capitalismo, inherentes a su fase histórica superior, es decir, al imperialismo. Como demuestra este folleto, el capitalismo ha elegido ahora a un *puñado* de países excepcionalmente ricos y poderosos —menos de la décima parte de la población mundial; menos de una quinta parte, si hiciésemos un cálculo más «generoso» y liberal— para que saqueen el mundo entero con un simple «corte de cupón». La exportación de capital proporciona unos ingresos de entre ocho y diez mil millones de francos anuales, a precios anteriores a la guerra y según las estadísticas burguesas de entonces. Naturalmente, ahora los rendimientos son mucho mayores.

Obviamente, tan gigantesco *superbeneficio* (obtenido a mayores de los beneficios que los capitalistas exprimen a los obreros de su «propio» país) *permite corromper* a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. Y esto es justo lo que están haciendo los capitalistas de los países «avanzados», corrompiéndolos de mil diferentes maneras, directas e indirectas, abiertas y ocultas.

Esa capa de obreros aburguesados, o «aristocracia obrera», bastante pequeñoburgueses por su forma de vida, por sus ingresos económicos y por toda su visión del mundo, es el principal apoyo de la Segunda Internacional y, en la actualidad, el principal *apoyo social* (no militar) *de la burguesía*. Son verdaderos *agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero*, los lugartenientes obreros de la clase capitalista, auténticos vehículos del reformismo y el chovinismo. En la guerra civil entre el proletariado y la burguesía se colocan inevitablemente, en número considerable, al lado de ésta, al lado de los «versalleses» contra los «comuneros».

Si no se comprenden las raíces económicas de este fenómeno ni se aprecia su importancia política y social, es imposible dar ningún paso hacia el cumplimiento de las tareas prácticas del movimiento comunista y de la inminente revolución social.

El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado. Esto ha sido confirmado a escala mundial desde 1917.

N. Lenin
6 de julio de 1920

Imperialismo, la fase superior del capitalismo

Durante los últimos quince o veinte años, sobre todo tras las guerras hispano-americana (1898) y anglo-bóer (1899-1902), tanto las publicaciones económicas como políticas de ambos hemisferios han recurrido cada vez más al término «imperialismo» para caracterizar la época presente. En 1902 se editó en Londres y Nueva York la obra del economista inglés J. A. Hobson *El imperialismo*. El autor, cuyo punto de vista es el del socialreformismo y el pacifismo burgueses, en esencia idéntico al del exmarxista K. Kautsky, traza una excelente y detallada descripción de las particularidades económicas y políticas fundamentales del imperialismo. En 1910 se publicó en Viena *El capital financiero* (edición rusa, Moscú, 1912), del marxista austriaco Rudolf Hilferding. A pesar del error del autor en cuanto a la teoría del dinero y de cierta tendencia a conciliar el marxismo con el oportunismo, esta obra constituye un análisis teórico extremadamente valioso de la «última fase del desarrollo del capitalismo» (como reza el subtítulo del libro de Hilferding). En el fondo, lo que se ha dicho sobre el imperialismo durante los últimos años —sobre todo en numerosos artículos publicados en periódicos y revistas, y también, por ejemplo, en las resoluciones aprobadas por los congresos de Chemnitz y de Basilea, celebrados en el otoño de 1912— apenas va más allá de las ideas expuestas o, para ser más exactos, resumidas en los trabajos de los dos autores arriba mencionados.

En estas páginas intentaré exponer, lo más somera y sencillamente posible, los lazos y las relaciones recíprocas existentes entre los rasgos económicos *fundamentales* del imperialismo. No nos detendremos en los aspectos no económicos de la cuestión, por mucho que lo merezcan. Las referencias bibliográficas y otras notas, que quizás no interesen a todos los lectores, se pueden encontrar al final del libro[3].

I

La concentración de la producción y los monopolios

El enorme crecimiento de la industria y la notablemente rápida concentración de la producción en empresas cada vez de mayor tamaño son uno de los rasgos más característicos del capitalismo. Los censos modernos de producción suministran los más completos y exactos datos de este proceso.

Por ejemplo, de cada 1.000 empresas industriales alemanas, las grandes, es decir, las de más de 50 trabajadores, eran tres en 1882, seis en 1895 y nueve en 1907. De cada 100 obreros, ese mismo grupo de empresas empleaba respectivamente a 22, 30 y 37. La concentración de la producción es mucho más intensa que la concentración de la mano de obra, ya que el trabajo es mucho más productivo en las grandes empresas, como demuestran las cifras sobre máquinas de vapor y motores eléctricos. Si tomamos lo que en Alemania se llama industria en el sentido amplio de la palabra, es decir, incluyendo el comercio, el transporte, etc., obtendremos el cuadro siguiente: grandes empresas, 30.588 de un total de 3.265.623, es decir, solamente el 0,9%. Estas empresas emplean a 5.700.000 obreros de un total de 14.400.000, es decir, el 39,4%; y consumen 6.600.000 caballos de vapor de un total de 8.800.000, es decir, el 75,3%, y 1.200.000 kilovatios de electricidad, de un total de 1.500.000, o sea, el 77,2%.

¡Menos de una centésima parte de las empresas consumen *más de las tres cuartas partes* de la cantidad total de energía eléctrica y mecánica! ¡Y las 2.970.000 pequeñas empresas (con menos de 5 trabajadores), que son el 91% del total, consumen solamente el 7% de dichas energías! Unas decenas de miles de grandes empresas lo son todo; millones de pequeñas empresas no son nada.

En 1907 había en Alemania 586 empresas de más de 1.000 obreros, que empleaban a casi la *décima* parte (1.380.000) del total de los trabajadores

industriales y consumían *casi un tercio* (32%) del total de la energía eléctrica y mecánica. Como veremos, el capital monetario y los bancos hacen que ese predominio de un puñado de grandes empresas sea todavía más aplastante, en el sentido más literal de la palabra, es decir, que millones de pequeños, medianos e incluso una parte de los grandes «propietarios» estén, de hecho, completamente sometidos a unos cientos de financieros millonarios.

En otro país avanzado del capitalismo moderno, los Estados Unidos de América, el aumento de la concentración de la producción es todavía mayor. En este país, las estadísticas singularizan la industria, en el sentido estrecho de la palabra, y clasifican las empresas de acuerdo con el valor de su producción anual. En 1904, las grandes empresas cuya producción superaba el millón de dólares eran 1.900 (de un total de 216.180, es decir, el 0,9%), que empleaban a 1.400.000 trabajadores (de un total de 5.500.000, o sea, el 25,6%) y el valor de su producción ascendía a 5.600 millones de dólares (de un total de 14.800 millones, es decir, el 38%). Cinco años más tarde, en 1909, las cifras eran las siguientes: 3.060 empresas (de un total de 268.491, es decir, el 1,1%), dos millones de trabajadores (de un total de 6.600.000, o sea, el 30,5%) y una producción anual valorada en 9.000 millones (de un total de 20.700 millones, es decir, el 43,8%).

¡Casi la mitad de la producción global de todas las empresas del país fue realizada por *una centésima* parte del total de empresas! Esas 3.000 grandes empresas abarcan 258 ramas industriales, de lo que se deduce claramente que el proceso de concentración, al alcanzar determinado grado, conduce directamente al monopolio, ya que unas cuantas decenas de empresas gigantescas pueden fácilmente ponerse de acuerdo entre sí, y, por otro lado, la dificultad para competir y la tendencia al monopolio surgen precisamente del gran tamaño de las empresas. Esta transformación de la competencia en monopolio constituye uno de los fenómenos más importantes —por no decir el más importante— de la economía del capitalismo moderno, y es necesario que lo estudiemos con más detalle. Pero antes debemos aclarar un posible malentendido.

Las estadísticas estadounidenses hablan de 3.000 empresas gigantescas en 250 ramas industriales, por lo que aparentemente tocan sólo a 12 por rama.

Pero no es el caso. No en todas las ramas hay grandes empresas; y, por otra parte, un rasgo extremadamente importante del capitalismo en su más alta fase de desarrollo es la llamada *combinación*, o sea, el agrupamiento de distintas ramas de la industria en una sola empresa, ramas que o bien representan fases sucesivas del proceso de elaboración de las materias primas (por ejemplo, la fundición del mineral de hierro, la transformación del hierro colado en acero y, en ciertos casos, la producción de tales o cuales artículos de acero) o bien son ramas auxiliares unas de otras (por ejemplo, la utilización de los residuos o de los productos secundarios, la elaboración de embalajes, etc.).

> La combinación —dice Hilferding— nivela las fluctuaciones coyunturales en el mercado y, por tanto, garantiza a las empresas combinadas una tasa de ganancia más estable. En segundo lugar, la combinación provoca la desaparición del comercio. En tercer lugar, hace posible las mejoras técnicas y, por tanto, la obtención de beneficios suplementarios en comparación con las empresas «simples» (es decir, no combinadas). En cuarto lugar, fortalece la posición de las empresas combinadas en comparación con las «simples» reforzando su competitividad durante los periodos de depresión económica grave, cuando el precio de las materias primas cae a un ritmo menor que el de los productos manufacturados.

El economista burgués alemán Heymann, que ha escrito un libro sobre las empresas «mixtas» (combinadas) en la industria siderúrgica alemana, dice: «Las empresas simples perecen, aplastadas por el elevado precio de las materias primas y el bajo precio de los productos elaborados». Así, tenemos el siguiente panorama:

> Por un lado, permanecen las grandes compañías hulleras, con una producción de varios millones de toneladas, fuertemente organizadas en su consorcio; y por el otro, estrechamente ligadas a ellas, las grandes fundiciones del acero, con su propio consorcio. Estas empresas gigantescas, que producen 400.000 toneladas de acero al año, con una extracción enorme de mineral de hierro y de carbón y con su producción de artículos siderúrgicos, con 10.000 obreros alojados en viviendas propiedad de las empresas, que en ocasiones poseen sus propios ferrocarriles y puertos, son los representantes típicos de la industria alemana del hierro y el acero. Y la concentración aumenta sin cesar. Las empresas se van haciendo más y más grandes. Un siempre creciente número de empresas, de la misma o de distintas ramas industriales, se agrupan en empresas gigantescas, apoyadas y dirigidas por media docena de grandes bancos berlineses. En lo que respecta a la industria minera alemana, se ha demostrado definitivamente que las tesis de Carlos Marx sobre la concentración son correctas; es verdad que esto se refiere a un país donde la industria se encuentra defendida por tasas arancelarias y tarifas de transporte. La industria minera alemana está madura para la expropiación.

Tal es la conclusión a la que tuvo que llegar un economista burgués excepcionalmente riguroso. Obsérvese que considera a Alemania un caso especial por los elevados aranceles que protegen su industria. Pero esta circunstancia sólo acelera la concentración y la formación de asociaciones patronales monopolistas, cárteles, consorcios, etc. Es de extraordinaria importancia resaltar que en el país del libre mercado, Gran Bretaña, la concentración *también* conduce al monopolio, aunque algo más tarde y quizás en otra forma. Esto escribe el profesor Hermann Levy en *Monopolios, cárteles y trusts*, un trabajo especial de investigación basado en datos del desarrollo económico británico:

> En Gran Bretaña son precisamente las grandes proporciones de las empresas y su elevado nivel técnico lo que trae aparejada la tendencia al monopolio. Por una parte, la concentración ha determinado el empleo de enormes capitales en las empresas; por eso las nuevas empresas se hallan ante exigencias cada vez más elevadas en lo concerniente a la cuantía del capital necesario, y esta circunstancia dificulta su aparición. Pero por otra parte (y este punto lo consideramos más importante), cada nueva empresa que quiere mantenerse al nivel de las empresas gigantescas, creadas por la concentración, representa un aumento tan enorme de la oferta de mercancías, que su venta con beneficio sólo es posible a condición de un aumento extraordinario de la demanda, pues, en caso contrario, esa abundancia de productos rebaja los precios a un nivel desventajoso para la nueva fábrica y para las asociaciones monopolistas.

En Gran Bretaña, las asociaciones monopolistas de patronos, cárteles y trusts únicamente surgen, en la mayoría de los casos —a diferencia de los otros países, donde los aranceles proteccionistas facilitan la cartelización—, cuando el número de las principales empresas competidoras se reduce a «un par de docenas». «La influencia de la concentración sobre el nacimiento de los monopolios en la gran industria aparece en este caso con una claridad cristalina».

Cuando Marx escribió *El capital* hace medio siglo, para la mayor parte de los economistas la libre competencia era una «ley natural». Mediante la conspiración del silencio, la ciencia oficial intentó aniquilar la obra de Marx, cuyo análisis teórico e histórico del capitalismo había demostrado que la libre competencia provoca la concentración de la producción, concentración que, en cierta fase de su desarrollo, conduce al monopolio. Hoy el monopolio es un hecho. Los economistas escriben montañas de libros describiendo las diversas manifestaciones del monopolio y siguen declarando a coro que «el marxismo ha sido refutado». Pero los hechos son

tozudos —como dice el proverbio inglés— y, guste o no guste, hay que tenerlos en cuenta. Los hechos demuestran que las diferencias entre los diversos países capitalistas, por ejemplo en lo referido al proteccionismo o al librecambio, solamente dan lugar a variaciones insignificantes respecto a la forma de los monopolios o al momento de su aparición, pero que el surgimiento de los monopolios, como resultado de la concentración de la producción, es una ley general y fundamental de la actual fase de desarrollo del capitalismo.

En el caso de Europa se puede fijar con bastante exactitud el momento en que el nuevo capitalismo sustituyó *definitivamente* al viejo: principios del siglo XX. En uno de los últimos trabajos de recopilación sobre la historia de la «formación de los monopolios», leemos:

> Se pueden citar ejemplos aislados de monopolios capitalistas anteriores a 1860; en ellos se puede percibir el embrión de las formas tan comunes en la actualidad; pero todo eso constituye indudablemente la prehistoria de los cárteles. El verdadero inicio del monopolio moderno lo hallamos, como muy pronto, en la década de 1860. El primer gran periodo de desarrollo de los monopolios arranca con la depresión internacional de la industria en la década de 1870 y se prolonga hasta principios de la última década del siglo […]. Si se examina la cuestión en lo que respecta a Europa, la libre competencia alcanza su vértice de desarrollo en los años 60 y 70. Por entonces, Inglaterra estaba acabando de levantar su organización capitalista al viejo estilo. En Alemania, dicha organización ya luchaba ferozmente contra la industria doméstica y artesanal y había empezado a crear sus propias formas de existencia.
>
> La gran transformación comenzó con el *crash* de 1873 o, mejor dicho, con la depresión que le siguió, la cual —con un paréntesis apenas perceptible a principios de los 80 y un boom extraordinariamente vigoroso, pero breve, hacia 1889— ocupa veintidós años de la historia económica europea […]. Durante el corto periodo de auge de 1889-1890 se recurrió ampliamente a los cárteles para aprovechar la coyuntura favorable. Una política poco meditada aumentaba los precios a más velocidad y en mayor medida todavía de lo que hubiesen aumentado de no existir los cárteles, la gran mayoría de los cuales perecieron sin gloria durante el *crash*. Pasaron otros cinco años de malos negocios y precios bajos, pero en la industria se respiraba un nuevo ambiente: la depresión ya no era considerada una cosa natural, sino como una simple pausa antes de otro boom.
>
> El movimiento de los cárteles entró en su segunda época: en vez de ser un fenómeno transitorio, los cárteles se han convertido en uno de los pilares de la vida económica. Conquistan una esfera industrial tras otra, empezando por la de la transformación de materias primas. A principios de la década de 1890, los cárteles ya habían conseguido en la organización del consorcio del coque, que sirvió de modelo al consorcio hullero, una técnica tal en la materia, que prácticamente no ha sido superada. El gran auge de finales del siglo XIX y la crisis de 1900-1903 ya transcurren enteramente por primera vez bajo la égida de los cárteles, al menos en lo tocante a las industrias minera y siderúrgica. Y si en aquel entonces esto parecía algo nuevo, ahora para la opinión pública es una obviedad que grandes sectores de la vida económica viven, por regla general, al margen del reino de la libre competencia.

Así pues, el resumen de la historia de los monopolios es el siguiente: 1) Décadas de 1860 y 1870: cénit del desarrollo de la libre competencia. Los monopolios están en un estado embrionario apenas perceptible. 2) Tras la crisis de 1873, largo periodo de desarrollo de los cárteles, que son todavía una excepción. No están aún consolidados, son todavía un fenómeno pasajero. 3) Auge de finales del siglo XIX y crisis de 1900-1903: los cárteles se convierten en un fundamento de la vida económica. El capitalismo se ha transformado en imperialismo.

Los cárteles pactan entre ellos las condiciones de venta, los plazos de pago, etc. Se reparten los mercados. Deciden la cantidad de productos a fabricar. Fijan los precios. Reparten los beneficios entre las distintas empresas, etc.

En Alemania, el número de cárteles era aproximadamente de 250 en 1896 y de 385 en 1905, englobando unas 12.000 firmas. Pero en general se reconoce que estas cifras están subestimadas. De los datos estadísticos de la industria alemana en 1907 citados anteriormente, se deduce que incluso esas 12.000 grandes empresas concentran seguramente más de la mitad de toda la fuerza motriz de vapor y eléctrica. En Estados Unidos, el número de trusts era, en 1900, de 185 y en 1907, de 250. La estadística estadounidense separa las empresas industriales según su pertenencia a personas, sociedades y corporaciones. Estas últimas poseían, en 1904, el 23,6% de las empresas, y en 1909, el 25,9%, es decir, más de la cuarta parte del total. En 1904 empleaban al 70,6% de los obreros y en 1909, al 75,6%, es decir, tres cuartas partes del total. El valor de su producción fue de 10.900 y de 16.300 millones de dólares respectivamente, o sea, el 73,7% y el 79% del total.

Los cárteles y trusts concentran frecuentemente las siete u ocho décimas partes de toda la producción de una rama industrial determinada. Cuando en 1893 se constituyó el consorcio del carbón de Renania-Westfalia, concentraba el 86,7% de la producción hullera de dicha cuenca; en 1910 se había elevado al 95,4%. El monopolio así constituido garantiza enormes beneficios y conduce a la creación de unidades técnicas de producción de magnitudes formidables. El famoso trust del petróleo estadounidense (Standard Oil Company) fue fundado en 1900.

Su capital era de 150 millones de dólares. Emitió acciones ordinarias por valor de 100 millones de dólares y acciones privilegiadas por valor de 106 millones de dólares. Entre 1900 y 1907, estas

> últimas percibieron los siguientes dividendos: 48, 48, 45, 44, 36, 40, 40 y 40% respectivamente, lo que representó un total de 367 millones de dólares. De 1882 a 1907 obtuvo un beneficio neto de 889 millones de dólares, de los cuales 606 millones se distribuyeron como dividendos y el resto pasaron a reservas de capital […]. En 1907, la United States Steel Corporation empleaba al menos a 210.180 trabajadores siderúrgicos. Gelsenkirchner Bergwerksgesellschaft, la empresa minera más importante de Alemania, daba trabajo en 1908 a 46.048 obreros y empleados.

En 1902, la United States Steel Corporation ya producía 9 millones de toneladas de acero. Su producción representaba en 1901 el 66,3% de toda la producción de acero de Estados Unidos, y en 1908, el 56,1%. Su extracción de mineral de hierro representaba el 43,9% y el 46,3% del total, respectivamente.

El informe de una comisión gubernamental estadounidense sobre los trusts dice:

> La superioridad de los trusts sobre sus competidores se debe a la magnitud de sus empresas y a sus excelentes medios técnicos. El trust del tabaco, desde el momento mismo de su fundación, consagró todos sus esfuerzos a sustituir a gran escala en todas partes el trabajo manual por el mecánico. Con este fin, se hizo con cualquier patente relacionada con la elaboración del tabaco, gastando en ello sumas ingentes. Muchas patentes al principio resultaron inservibles y tuvieron que ser modificadas por los ingenieros del trust. A finales de 1906 se constituyeron dos sociedades filiales con el único objeto de adquirir patentes. Con este mismo fin, el trust levantó sus propias fundiciones, fábricas de maquinaria y talleres de reparación. Uno de dichos establecimientos, el de Brooklyn, emplea a una media de 300 trabajadores; en él se prueban y mejoran inventos relacionados con la producción de cigarrillos, puros pequeños, rapé, papel de estaño para el envoltorio, cajas, etc. […]. Otros trusts también emplean a los llamados «ingenieros de desarrollo», cuya función es idear nuevos métodos de producción y probar las innovaciones técnicas. La United States Steel Corporation recompensa a sus ingenieros y obreros con primas importantes por las ideas que elevan la eficiencia técnica o reducen los costes de producción.

De igual manera está organizado todo lo referido a la mejora técnica en la gran industria alemana, por ejemplo, en la industria química, cuyo desarrollo en las últimas décadas es enorme. En esta industria, ya en 1908 el proceso de concentración de la producción había hecho surgir dos «grupos» principales, que, a su manera, tendieron hacia el monopolio. Al principio, los grupos eran «dobles alianzas» de dos grandes fábricas, cada uno con un capital de entre 20 y 21 millones de marcos: por un lado, la antigua fábrica de Meister, en Hochst, y la de Cassella, en Fráncfort; por otro, la fábrica de anilina y sosa de Ludwigshafen y la antigua fábrica de Bayer, en Elberfeld. Uno de los grupos en 1905 y el otro en 1908 llegaron a acuerdos, cada uno por su cuenta, con otra gran fábrica, dando lugar a dos «triples alianzas»

con un capital de 40-50 millones de marcos cada una. Estas nuevas alianzas ya empezaron a «aproximarse» entre sí, a lograr un «entendimiento» en cuanto a precios, etc.[4].

La competencia se convierte en monopolio. El resultado es un inmenso desarrollo en la socialización de la producción. En particular, se socializa el proceso de la innovación y mejora técnicas.

Esto ya no tiene nada que ver con la antigua libre competencia de patronos dispersos, que no sabían nada los unos de los otros y que producían para un mercado desconocido. La concentración ha alcanzado tal punto que es posible hacer una estimación aproximada de todas las fuentes de materias primas (por ejemplo, yacimientos de mineral de hierro) de un país e incluso, como veremos, de varios países o del mundo entero. Y no sólo se hacen estimaciones, dichas fuentes se las apropian asociaciones monopolistas gigantescas. También se evalúa aproximadamente la capacidad del mercado, que esas asociaciones se «reparten» de común acuerdo. Y monopolizan la mano de obra capacitada, contratan a los mejores ingenieros, se apoderan de los medios de transporte (líneas férreas en América, navieras en Europa y América). En su fase imperialista, el capitalismo conduce directamente a la más exhaustiva socialización de la producción; arrastra, por así decirlo, a los capitalistas, contra su voluntad y conciencia, hacia un cierto nuevo orden social, un orden de transición entre la completa libre competencia y la completa socialización.

La producción pasa a ser social, pero la apropiación sigue siendo privada. Los medios sociales de producción continúan siendo propiedad privada de unos pocos. El marco general de la libre competencia formalmente reconocida se mantiene y el yugo de unos cuantos monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más duro, más oneroso, más insoportable.

El economista alemán Kestner ha dedicado un libro a la «lucha entre los cárteles y los *outsiders*», es decir, los capitalistas al margen de los cárteles. Lo ha titulado *La organización forzosa,* aunque, para mostrar al capitalismo sin máscaras, debería haber hablado de la subordinación forzosa a las asociaciones monopolistas. Es instructivo echarle un vistazo, aunque sólo sea a la lista de los métodos que usan dichas asociaciones en la civilizada lucha actual por la «organización»: 1) desabastecimiento de materias primas («uno de los métodos más importantes para obligar a entrar en el cártel»);

2) privación de mano de obra mediante «alianzas» (o sea, mediante acuerdos entre los capitalistas y los sindicatos para que sus miembros solamente acepten trabajo en empresas del cártel); 3) privación de medios de transporte; 4) bloqueo de posibilidades comerciales; 5) pacto con los compradores para que sólo mantengan relaciones comerciales con los cárteles; 6) bajada sistemática de los precios (con objeto de arruinar a los *outsiders*, es decir, a las empresas que no se someten a los monopolistas, durante un tiempo se gastan millones para vender a precios inferiores al de coste; en la industria de la gasolina se han dado casos de bajar el precio de 40 a 22 marcos, es decir, ¡casi a la mitad!); 7) privación de créditos; 8) boicot.

No estamos ya ante una lucha competitiva entre grandes y pequeñas empresas, entre empresas técnicamente atrasadas y empresas técnicamente avanzadas, sino ante el estrangulamiento por los monopolistas de todos aquellos que no se someten al monopolio, a su yugo, a su arbitrariedad. Así refleja este proceso un economista burgués:

> Incluso en la esfera puramente económica —escribe Kestner—, se produce cierto desplazamiento desde la actividad comercial, en el viejo sentido de la palabra, hacia una actividad especulativa-organizativa. Los grandes éxitos ya no los consigue el comerciante que, valiéndose de su experiencia técnica y comercial para saber mejor las necesidades del comprador, es capaz de descubrir y, por decirlo así, «despertar» una demanda latente, sino el genio especulativo (?!) que es capaz de estimar, o incluso simplemente intuir, el desarrollo organizativo y las posibilidades de que se produzcan determinados contactos entre las empresas y los bancos.

Traducido al lenguaje común, esto significa que el desarrollo del capitalismo ha alcanzado tal punto, que, aunque la producción mercantil sigue «reinando» como antes y es considerada la base de toda la economía, en realidad ha sido socavada y el grueso de los beneficios va a parar a los «genios» de las intrigas financieras. Esas maquinaciones y chanchullos tienen su base en la socialización de la producción; pero el inmenso progreso de la humanidad, que ha conducido a esa socialización, beneficia… a los especuladores. Más adelante veremos cómo, «basándose en esto», los críticos pequeñoburgueses y reaccionarios del imperialismo capitalista sueñan con volver *atrás*, a la «libre», «pacífica» y «honesta» competencia.

> Hasta ahora, el alza persistente de los precios a resultas de la formación de cárteles —dice Kestner— sólo se ha observado en los principales medios de producción, sobre todo en el carbón, el hierro y la potasa; por el contrario, no se ha observado nunca en los artículos manufacturados. Similarmente, el aumento de los beneficios motivado por esa alza se ve igualmente limitado a la industria de los bienes de equipo. Hay que completar esta observación con la de que la industria de transformación de materias primas (y no de productos semimanufacturados) no sólo obtiene de la formación de cárteles ventajas en forma de beneficios elevados, en perjuicio de la industria dedicada a la transformación ulterior de los productos semimanufacturados, sino que ha pasado a tener, con respecto a esta última, una *posición dominante* que no existía bajo la libre competencia.

Las palabras que nosotros subrayamos muestran el fondo del asunto, que de tan mala gana y sólo de vez en cuando reconocen los economistas burgueses y que tanto se empeñan en no ver e ignorar los defensores actuales del oportunismo, con Kautsky a la cabeza. Dominación y su consiguiente violencia, tales son las relaciones típicas de la «fase contemporánea de desarrollo del capitalismo»; esto es a lo que inevitablemente tenía que conducir, y ha conducido, la formación de los todopoderosos monopolios económicos.

Citemos otro ejemplo de la dominación de los cárteles. Allí donde es posible apropiarse de todas o de las más importantes fuentes de materias primas, la aparición de cárteles y la formación de monopolios son particularmente fáciles. Pero sería un error pensar que los monopolios no surgen también en ramas industriales en las que la conquista de fuentes de materias primas es imposible. La industria del cemento encuentra materia prima en todas partes, pero en Alemania está muy cartelizada. Las fábricas se han agrupado en consorcios regionales: el meridional, el de Renania-Westfalia, etc. Rigen unos precios de monopolio: ¡de 230 a 280 marcos el vagón, cuando su coste de producción es de 180 marcos! Las empresas reparten dividendos del 12-16%; y tampoco hay que olvidar que los «genios» de la especulación moderna saben encauzar hacia sus bolsillos grandes beneficios, aparte de los que se reparten en concepto de dividendo. Para eliminar la competencia en una industria tan rentable, los monopolistas recurren a diferentes artimañas: hacen circular falsos rumores sobre la mala situación de la industria; publican en los periódicos anuncios anónimos: «Capitalistas: ¡No invirtáis vuestro dinero en la industria del cemento!»; por último, compran empresas *outsiders* (es decir, que no forman parte de los consorcios) abonando 60.000, 80.000 y 150.000 marcos de «indemnización». El monopolio avanza en todas partes valiéndose de

cualquier medio, empezando por el pago de una «modesta» suma para comprar a los competidores y terminando por el «procedimiento» estadounidense del uso de la dinamita contra ellos.

La supresión de las crisis por los cárteles es una fábula de los economistas burgueses, quienes hacen todo lo posible por embellecer el capitalismo. Al contrario, el monopolio creado en *determinadas* ramas industriales aumenta y agrava el caos inherente a *toda* la producción capitalista. La desproporción entre el desarrollo de la agricultura y el de la industria, una característica del capitalismo, se acentúa todavía más. La situación privilegiada de los más cartelizados, la llamada industria *pesada,* especialmente el carbón y el hierro, provoca en las demás ramas industriales «una falta todavía mayor de coordinación», como reconoce Jeidels, autor de uno de los mejores trabajos sobre «las relaciones entre los grandes bancos alemanes y la industria».

> Cuanto más desarrollada está una economía —escribe Liefmann, un defensor a ultranza del capitalismo—, más recurre a empresas de riesgo o enclavadas en otros países, a empresas que necesitan mucho tiempo para desarrollarse o, finalmente, a las que sólo tienen una importancia local.

Al fin y al cabo, el aumento del riesgo va unido, a largo plazo, a un enorme aumento del capital, el cual, por así decirlo, rebosa y fluye hacia el extranjero, etc. Y junto a ello, los progresos extremadamente rápidos de la técnica conllevan el aumento de los elementos de desproporción entre las distintas esferas de la economía nacional, elementos de caos y de crisis.

> Probablemente —tiene que reconocer el propio Liefmann— la humanidad asistirá en un futuro próximo a nuevas y grandes revoluciones en el terreno de la técnica, que también dejarán sentir sus efectos sobre la organización de la economía nacional …[la electricidad, la navegación aérea]. Por regla general, en tales periodos de cambios económicos radicales se desarrolla una fuerte especulación.

Y las crisis —las crisis de toda clase, sobre todo las económicas, pero no sólo éstas— aumentan muy considerablemente la tendencia a la concentración y al monopolio. He aquí unas reflexiones extraordinariamente instructivas de Jeidels sobre la significación de la crisis de 1900, que, como sabemos, fue un punto crucial en la historia del monopolio moderno:

La crisis de 1900 se produjo en un momento en que, al lado de gigantescas empresas en las principales ramas industriales, existían todavía muchas otras con una organización anticuada, según el criterio actual, «empresas simples» [o sea, no combinadas] surgidas al calor del auge industrial. La bajada de los precios y la disminución de la demanda llevaron a esas empresas «simples» a una situación calamitosa, que las grandes empresas combinadas no conocieron en absoluto o que sólo conocieron durante un lapso brevísimo. A consecuencia de ello, la crisis de 1900 provocó la concentración de la industria en proporciones incomparablemente superiores a la crisis de 1873, que también había provocado una cierta selección de las mejores empresas, aunque, dado el nivel técnico en aquel tiempo, esta selección no dejó en posición de monopolio a las empresas que habían salido fortalecidas de la crisis. De tal monopolio duradero, y en un alto grado, gozan las grandes empresas de las industrias siderúrgica y eléctrica actuales, gracias a su equipamiento técnico, muy complejo, a su extensa organización y a la magnitud de su capital, y también, aunque en menor grado, las empresas de construcción de maquinaria, de determinadas ramas de la industria metalúrgica, del transporte, etc.

El monopolio es la última palabra de la «fase contemporánea de desarrollo del capitalismo». Pero sin tener en cuenta el papel de los bancos sólo tendremos una noción extremadamente pobre, incompleta y limitada de la fuerza real y la significación de los monopolios modernos.

II

Los bancos y su nuevo papel

La función primaria y fundamental de los bancos es intermediar en los pagos. Gracias a ello, los bancos convierten el capital monetario inactivo en activo, esto es, en capital que da beneficio; reúnen toda clase de ingresos en efectivo y los ponen a disposición de la clase capitalista.

A medida que las operaciones bancarias se van concentrando en un número reducido de entidades, los bancos dejan de ser los modestos intermediarios que eran antes y se convierten en monopolios poderosos que tienen a su disposición casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños hombres de negocios, así como la mayor parte de los medios de producción y de las fuentes de materias primas de uno o de muchos países. Esta transformación de los numerosos intermediarios en un puñado de monopolistas es uno de los procesos fundamentales en la evolución del capitalismo al imperialismo capitalista. Por ello debemos examinar, en primer lugar, la concentración bancaria.

Entre 1907 y 1908, los depósitos de todos los bancos alemanes, cada uno de los cuales poseía un capital de más de un millón de marcos, ascendían a 7.000 millones de marcos; en 1912-1913, ya suponían 9.800 millones, un aumento del 40% en cinco años, con la particularidad de que de esos 2.800 millones más, 2.750 millones se repartían entre 57 bancos con un capital de más de 10 millones de marcos. La distribución de los depósitos entre los bancos grandes y pequeños era la siguiente:

Tanto por ciento de todos los depósitos

Ejercicio	En los 9 grandes bancos berlineses	En los 48 bancos restantes con un capital de más de 10 millones de marcos	En los 115 bancos con un capital de 1 a 10 millones de marcos	En los bancos pequeños (con menos de 1 millón de marcos)
1907-1908	47	32,5	16,5	4
1912-1913	49	36	12	3

Los bancos pequeños van siendo desplazados por los grandes, nueve de los cuales concentran casi la mitad del total de depósitos. Y dejamos de lado algunos detalles importantes, por ejemplo, la transformación de numerosos bancos pequeños en simples sucursales de los grandes, etc., que abordaremos más adelante.

A finales de 1913, Schulze-Gaevernitz estimaba los depósitos de los nueve grandes bancos berlineses en 5.100 millones de marcos, de un total rondando los 10.000 millones. Tomando en consideración no sólo los depósitos, sino todo el capital bancario, escribía:

> A finales de 1909, los nueve grandes bancos berlineses, *contando con sus filiales*, manejaban 11.300 millones de marcos, o sea, cerca del 83% de todo el capital bancario alemán. El Deutsche Bank, que, con sus filiales, maneja cerca de 3.000 millones de marcos, representa, junto a la administración prusiana de los ferrocarriles estatales, la acumulación de capital más considerable y más descentralizada del Viejo Mundo.

Hemos subrayado la referencia a los bancos filiales porque es una de las características más importantes de la concentración capitalista moderna. Las grandes entidades, particularmente los bancos, no sólo absorben directamente a los pequeños, sino que también se los «anexionan», los subordinan, los incluyen en «su» grupo, en su *consorcio* —por usar el

término técnico— mediante la «participación» en su capital a través de la compra o el intercambio de acciones, del sistema de créditos, etc., etc. El profesor Liefmann ha escrito un voluminoso «trabajo» de medio millar de páginas para describir las «sociedades de participación y financiación» contemporáneas, desgraciadamente aderezando con razonamientos «teóricos» de calidad más que dudosa lo que es una materia prima a menudo mal digerida. La obra que mejor muestra el resultado de ese sistema de «participación», desde el punto de vista de la concentración, es el libro sobre los grandes bancos alemanes del señor Riesser, él mismo un banquero. Pero antes de examinar sus datos expondremos un ejemplo concreto del sistema de «participación».

El Deutsche Bank es uno de los más importantes, por no decir el más importante, de los grandes grupos bancarios. Para darse cuenta de los principales hilos que vinculan entre sí a todos los bancos de dicho grupo, hay que distinguir la «participación» de primero, segundo y tercer grado, o, lo que es lo mismo, la dependencia (de los bancos más pequeños con respecto al Deutsche Bank) de primero, segundo y tercer grado. Resulta lo siguiente:

El Deutsche Bank participa:

	De un modo permanente…	Durante un tiempo indeterminado…	De vez en cuando…	Total
Dependencia de primer grado	en 17 bancos	en 5 bancos	en 8 bancos	en 30 bancos
Dependencia de segundo grado	de los cuales 9 participan en 34	—	de los cuales 5 participan en 14	de los cuales 14 participan en 48
Dependencia de tercer grado	de los cuales 4 participan en 7	—	de los cuales 2 participan en 2	de los cuales 6 participan en 9

Entre los ocho bancos dependientes «de vez en cuando» del Deutsche Bank en «primer grado», figuran tres bancos extranjeros: uno austriaco (la Wiener Bankverein, Sociedad Bancaria de Viena) y dos rusos (el Banco Comercial Siberiano y el Banco Ruso de Comercio Exterior). En total, el grupo Deutsche Bank posee, directa o indirectamente, parcial o totalmente, 87 bancos, manejando un capital total, propio o ajeno, de dos mil o tres mil millones de marcos.

Es evidente que un banco que encabeza tal grupo y que se pone de acuerdo con media docena de otros bancos, casi tan grandes como él, para operaciones financieras excepcionalmente grandes y rentables, tales como préstamos al Estado, ha dejado de ser un «intermediario», para convertirse en la alianza de un puñado de monopolistas.

Los datos de Riesser, que resumimos a continuación, muestran la rapidez con que se produjo la concentración bancaria en Alemania entre finales del siglo XIX y principios del XX:

Seis grandes bancos berlineses tenían

Año	Sucursales en Alemania	Cajas de depósitos y oficinas de cambio	Participación permanente en bancos anónimos alemanes	Total de estableci-mientos
1895	16	14	1	42
1900	21	40	8	80
1911	104	276	63	450

Estos datos nos permiten ver la velocidad a que crece la espesa red de canales que abarcan todo el país, centralizando todos los capitales e ingresos monetarios, convirtiendo a miles y miles de empresas dispersas en una empresa capitalista única, nacional en un principio y mundial después. La «descentralización» de la que, en la cita reproducida más arriba, hablaba Schulze-Gaevernitz como exponente de la economía política burguesa actual consiste realmente en la subordinación a un centro único de un número cada vez mayor de unidades económicas que antes eran relativamente «independientes» o, para ser más exactos, que eran de ámbito estrictamente local. Se trata, en realidad, de una *centralización*, de un reforzamiento del papel, la importancia y el poder de los gigantes monopolistas.

En los países capitalistas más viejos, dicha «red bancaria» es todavía más espesa. En Gran Bretaña (incluyendo Irlanda), en 1910 los bancos tenían un total de 7.151 sucursales. Cuatro grandes bancos contaban con más de 400 sucursales cada uno (entre 447 y 689); otros cuatro, más de 200; y once, más de 100.

En Francia, los *tres* bancos más importantes (Crédit Lyonnais, Comptoir National d’Escompte y Société Générale) han ampliado sus operaciones y la red de sucursales como sigue:

Año	Número de sucursales y de cajas			Capital (en millones de francos)	
	en provincias	en París	Total	propios	ajenos
1820	47	17	64	200	427
1890	192	66	258	265	1.245
1909	1.033	196	1.229	887	4.363

Para mostrar las «relaciones» de un gran banco moderno, Riesser suministra datos sobre el número de cartas enviadas y recibidas por la Disconto-Gesellschaft, uno de los bancos más importantes de Alemania y de todo el mundo (en 1914 poseía un capital de 300 millones de marcos):

Año	Número de cartas recibidas	Número de cartas remitidas
1852	6.135	6.292
1870	85.800	87.513
1900	533.102	626.043

En el gran banco parisiense Crédit Lyonnais, el número de cuentas corrientes pasó de 28.535 en 1875 a 633.539 en 1912.

Estas simples cifras muestran, quizás mejor que largas disquisiciones, cómo la concentración del capital y el aumento del volumen de negocio bancario cambian radicalmente la importancia de los bancos. Los capitalistas dispersos se transforman en un capitalista colectivo. Cuando lleva una cuenta corriente para varios capitalistas, el banco realiza una operación puramente técnica, auxiliar. Pero cuando esta operación crece hasta alcanzar proporciones enormes, nos encontramos con que un puñado de monopolistas subordina a sus intereses las operaciones comerciales e industriales de toda la sociedad capitalista, estando en condiciones —por medio de sus relaciones bancarias, sus cuentas corrientes y otras operaciones financieras— de, primero, *conocer exactamente* la situación financiera de los distintos capitalistas; segundo, *controlarlos*, influyendo sobre ellos a través de la ampliación o la restricción del crédito, facilitándolo o dificultándolo, y, finalmente, de *decidir enteramente* su destino, determinar su rentabilidad, privarles de capital o permitirles acrecentarlo rápidamente y en proporciones inmensas, etc.

Acabamos de referirnos al capital de 300 millones de marcos de la Disconto-Gesellschaft de Berlín. El aumento del capital de este banco fue uno de los episodios de la lucha por la hegemonía entre los dos bancos berlineses más grandes, Deutsche Bank y Disconto-Gesellschaft. En 1870, el primero, que estaba empezando, sólo contaba con un capital de 15 millones, mientras que el segundo poseía 30 millones. En 1908, el primero

tenía un capital de 200 millones y el segundo, 170. En 1914, el primero alcanzó los 250 millones y el segundo, los 300, gracias a la fusión con otro banco importantísimo, la Schaaffhausenscher Bankverein. Y por supuesto, esta lucha por la hegemonía se desarrolla en paralelo a los «acuerdos», cada vez más frecuentes y duraderos, entre ambos bancos. Las siguientes son las conclusiones a las que ese desarrollo hace llegar a los especialistas en temas bancarios, que examinan los problemas económicos desde un punto de vista que no supera, ni de lejos, los límites del reformismo burgués más moderado y prudente:

> Los demás bancos seguirán la misma senda —escribe la revista alemana *Die Bank* al comentar la elevación a 300 millones del capital de la Disconto-Gesellschaft—, y las trescientas personas que actualmente deciden los destinos económicos de Alemania se verán reducidas con el tiempo a 50, 25 o incluso menos. No podemos esperar que este movimiento hacia la concentración quede limitado a los bancos. Las estrechas relaciones entre los distintos bancos conducen asimismo, de un modo natural, al acercamiento entre los consorcios industriales protegidos por dichos bancos […]. Un buen día nos despertaremos y veremos, sorprendidos, que ante nuestros ojos solamente habrá trusts, y tendremos la necesidad de reemplazar los monopolios privados por monopolios del Estado. Sin embargo, en realidad, nosotros no tendremos nada que reprocharnos, excepto el haber dejado que las cosas discurriesen libremente, aceleradas ligeramente por la manipulación de las acciones.

Aquí tenemos un buen ejemplo de la impotencia del periodismo burgués, que sólo se distingue de la ciencia burguesa por su menor franqueza y por la tendencia a ocultar el fondo de las cosas, a ocultar el bosque tras los árboles. «Sorprenderse» de las consecuencias de la concentración, «hacer reproches» al gobierno de la Alemania capitalista o a la «sociedad» capitalista («nosotros»), temer que el lanzamiento de acciones «acelere» la concentración, del mismo modo que un especialista alemán «en cárteles», Tschierschky, teme los trusts estadounidenses y «prefiere» los cárteles alemanes porque, según él, no son tan susceptibles «de acelerar de un modo tan excesivo como los trusts el progreso técnico y económico». ¿No es todo esto una prueba de impotencia?

Pero los hechos son los hechos. En Alemania no hay trusts, sino «solamente» cárteles, pero el país lo *gobiernan,* como mucho, trescientos magnates capitalistas, cuyo número disminuye sin cesar. En todo caso, los bancos de todos los países capitalistas intensifican y aceleran el proceso de

concentración del capital y de formación de monopolios, a pesar de todas las diferencias que puedan existir entre sus legislaciones bancarias.

«Los bancos crean en escala social la forma, y nada más que la forma, de la contabilidad general y de la distribución general de los medios de producción», escribió Marx, hace medio siglo, en *El capital* (trad. rusa, t. III, parte II, pág. 144). Los datos que hemos reproducido referentes al aumento del capital bancario, del número de oficinas y sucursales de los bancos más importantes, de sus cuentas corrientes, etc., nos muestran en concreto esa «contabilidad general» de *toda* la clase capitalista, y no sólo capitalista, puesto que los bancos recogen, aunque sólo sea temporalmente, los ingresos monetarios de todo género, tanto de los empresarios más pequeños como de los empleados y de una reducida capa superior de los obreros. La «distribución general de los medios de producción»: he aquí lo que *brota*, desde el punto de vista formal, de los bancos modernos, de los que los más importantes (entre tres y seis en Francia, de seis a ocho en Alemania) disponen de miles y miles de millones. Pero, por su *contenido*, esa distribución de los medios de producción no es ni mucho menos «general», sino privada, es decir, sirve a los intereses del gran capital, y en primer lugar del más grande, el capital monopolista, que opera en unas condiciones en que las masas soportan privaciones, en que todo el desarrollo de la agricultura queda inevitablemente rezagado respecto al desarrollo de la industria, dentro de la cual la «industria pesada» exige un tributo a todas las demás ramas industriales.

En cuanto a la socialización de la economía capitalista, los bancos empiezan a sufrir la competencia de las cajas de ahorro y las oficinas postales, que están más «descentralizadas», es decir, llegan a un número mayor de localidades, a más lugares remotos, a segmentos más amplios de la población. Éstos son los datos recogidos por una comisión estadounidense encargada de analizar el aumento comparado de los depósitos en bancos y cajas de ahorro:

Depósitos *(en miles de millones de marcos)*

	Inglaterra		Francia		Alemania		
Año	Bancos	Cajas de ahorro	Bancos	Cajas de ahorro	Bancos	Sociedades de crédito	Cajas de ahorro
1880	8,4	1,6	?	0,9	0,5	0,4	2,6
1888	12,4	2,0	1,5	2,1	1,1	0,4	4,5
1908	23,2	4,2	3,7	4,2	7,1	2,2	13,9

Dado que pagan los depósitos a un interés del 4 o 4,25%, las cajas de ahorro deben buscar inversiones «rentables» para sus capitales, dedicándose a operaciones de descuento de letras de cambio, hipotecas y otras. Las fronteras entre bancos y cajas de ahorro «van difuminándose más y más». Las cámaras de comercio de Bochum y de Erfurt, por ejemplo, exigen la «prohibición» a las cajas de ahorro de las operaciones «puramente» bancarias, tales como el descuento de letras de cambio, y también la limitación de la actividad «bancaria» de las oficinas postales. Los magnates bancarios parecen temer que el monopolio del Estado les robe a ellos cuando menos se lo esperen. Pero, naturalmente, dicho temor no es más que la expresión de la rivalidad entre dos jefes de departamento de una misma oficina porque, por un lado, al fin y al cabo son *esos mismos* magnates del capital bancario quienes controlan realmente los miles de millones confiados a las cajas de ahorro, y, por otro, el monopolio del Estado en la sociedad capitalista es meramente un medio de elevar y garantizar los ingresos de los millonarios al borde de la bancarrota en tal o cual industria.

La sustitución del viejo capitalismo, donde imperaba la libre competencia, por el nuevo, donde reina el monopolio, la expresa, entre otras cosas, la disminución de la importancia de la Bolsa.

> Hace ya tiempo —dice *Die Bank*— que la Bolsa ha dejado de ser el intermediario indispensable de la circulación que era antes, cuando los bancos no podían aún colocar la mayor parte de las emisiones entre sus clientes.
>
> «Todo banco es una Bolsa». Este moderno aforismo es tanto más verdad cuanto mayor es el banco y cuanto mayor es la concentración del negocio bancario.

«Si antes, en la década de 1870, la Bolsa, con sus excesos de juventud [alusión "delicada" al *crash* bursátil de 1873, a los escándalos de la *Gründerzeit*, etc.], abrió la era de la industrialización de Alemania, en el momento actual los bancos y la industria "se las pueden arreglar solos". La dominación de nuestros grandes bancos sobre la Bolsa […] no es más que la expresión del Estado industrial alemán completamente organizado. Si el campo de acción de las leyes económicas que funcionan automáticamente se estrecha así y el de la regulación consciente a través de los bancos se amplía extraordinariamente, la responsabilidad de unas pocas cabezas dirigentes sobre la economía nacional aumenta en proporciones inmensas», dice el profesor alemán Schulze-Gaevernitz. Este apologista del imperialismo alemán, que es una autoridad entre los imperialistas de todos los países, se esfuerza en pasar por alto un «detallito»: que esa «regulación consciente» a través de los bancos consiste en el saqueo del público por un puñado de monopolistas «completamente organizados». La tarea del profesor burgués no es dejar al desnudo todo el mecanismo, no es exponer todas las intrigas de los monopolistas bancarios, sino embellecerlas.

Del mismo modo, Riesser, un economista todavía más prestigioso y una «personalidad» del mundo financiero, se escurre con frases vacías sobre hechos que es imposible negar:

> La Bolsa va perdiendo cada vez más la cualidad, absolutamente indispensable para toda la economía y para la circulación de los valores, de ser no sólo el instrumento más exacto de medición, sino también un regulador casi automático de los movimientos económicos que convergen hacia ella.

En otras palabras: el viejo capitalismo, el capitalismo de la libre competencia, con su regulador absolutamente indispensable, la Bolsa, está pasando a la historia. En su lugar ha surgido un nuevo capitalismo, con los rasgos evidentes de algo transitorio, que representa una mezcolanza de libre competencia y monopolio. Se desprende una pregunta: *¿en qué* desemboca

el desarrollo del capitalismo moderno? Pero los estudiosos burgueses tienen miedo a hacérsela.

> Hace treinta años, los patronos, compitiendo libremente entre sí, realizaban las nueve décimas partes de la tarea de su negocio ajena al trabajo manual. En la actualidad, son los *empleados* los que realizan las nueve décimas partes de esa labor intelectual. Los bancos se hallan a la cabeza de esta evolución.

Esta confesión de Schulze-Gaevernitz lleva una y otra vez a la pregunta: ¿adónde conduce el desarrollo de este nuevo capitalismo, del capitalismo en su fase imperialista?

Entre el reducido número de bancos que, gracias al proceso de concentración, se encuentran al frente de toda la economía capitalista se observa naturalmente una tendencia creciente a los acuerdos monopolistas, al *trust bancario*. En Estados Unidos no son nueve, sino *dos* grandes bancos, de los multimillonarios Rockefeller y Morgan, los que controlan un capital de 11.000 millones de marcos. En Alemania, la absorción, ya comentada, de la Schaffhausenscher Bankverein por la Disconto-Gesellschaft motivó las siguientes reflexiones en el *Frankfurter Zeitung*, periódico que defiende los intereses bursátiles:

> El movimiento de concentración bancaria restringe el círculo de instituciones a las que uno se puede dirigir en demanda de crédito, con lo que la gran industria aumenta su dependencia de un reducido número de grupos bancarios. Como resultado de la estrecha relación entre la industria y el mundo financiero, la libertad de movimiento de las sociedades industriales necesitadas de capital bancario se ve restringida. Por eso, la gran industria asiste con cierta perplejidad a la transformación en trusts de los bancos, cada vez más intensa; en efecto, hemos visto repetidamente el germen de ciertos acuerdos entre los grandes consorcios bancarios, acuerdos cuya finalidad es limitar la competencia.

Una y otra vez, la última palabra del desarrollo bancario es el monopolio.

En cuanto a la estrecha relación existente entre los bancos y la industria, es precisamente en esta esfera donde quizás se ponga más de relieve que en cualquier otra el nuevo papel de los bancos. Si el banco descuenta las letras de una firma, le abre una cuenta corriente, etc., estas operaciones, consideradas aisladamente, no disminuyen en lo más mínimo la independencia de la firma, y el banco no pasa de ser un simple intermediario. Pero si estas operaciones se multiplican y se convierten en una práctica frecuente, si el banco «recoge» en sus manos enormes montos

de capital, si las cuentas corrientes de una empresa permiten al banco —y esto es lo que sucede— conocer de un modo cada vez más detallado y completo la situación económica de su cliente, el capitalista industrial depende cada vez más del banco.

Paralelamente se establece, por así decirlo, un vínculo personal entre los bancos y las mayores empresas industriales y comerciales, la fusión de los unos y de las otras a través de la adquisición de acciones, mediante la entrada de los directores de los bancos en los consejos de administración de las empresas industriales y comerciales, y viceversa. El economista alemán Jeidels ha reunido datos muy completos sobre esta forma de concentración del capital y las empresas. A través de sus directores, seis grandes bancos berlineses estaban representados en 344 sociedades industriales, y a través de los miembros de sus consejos de administración, en otras 407, o sea, un total de 751. En 289 sociedades tenían dos representantes en el respectivo consejo u ocupaban en ellos la presidencia. Esas sociedades comerciales e industriales pertenecían a las más diversas ramas: aseguradoras, transportes, restaurantes, teatros, industria de objetos artísticos, etc. Por otra parte, en 1910, en los consejos de supervisión de esos seis bancos había 51 grandes industriales, entre ellos el director de la firma Krupp, el de la poderosa naviera Hapag (Hamburg-Amerika), etc., etc. Entre 1895 y 1910, cada uno de esos seis bancos participó en la emisión de acciones y obligaciones de varios cientos de compañías industriales (entre 281 y 419).

El «vínculo personal» entre la banca y la industria se completa con el «vínculo personal» de ambas con el gobierno.

> Los puestos en los consejos de administración —escribe Jeidels— son confiados voluntariamente a personalidades de renombre, así como a antiguos funcionarios del Estado, los cuales pueden facilitar en grado considerable [¡!] las relaciones con las autoridades […]. En el consejo de administración de un banco importante encontramos generalmente a algún miembro del parlamento o del ayuntamiento de Berlín.

Los grandes monopolios capitalistas van formándose y desarrollándose, por así decirlo, a toda máquina y por todas las vías, tanto las «naturales» como las «sobrenaturales». Se establece sistemáticamente una suerte de división del trabajo entre los varios cientos de reyes de las finanzas que dominan la moderna sociedad capitalista:

> Simultáneamente a este ensanchamiento de la esfera de actividad de ciertos grandes industriales [que se incorporan a los consejos de administración de los bancos, etc.] y a la asignación de la gestión de zonas industriales determinadas a los directores de los bancos provinciales, se produce cierto aumento de la especialización entre los directores de los grandes bancos. En general, tal especialización es concebible únicamente si el banco es de grandes proporciones, en particular en cuanto a sus relaciones con la industria. Esta división del trabajo opera en dos sentidos: por un lado, las relaciones con la industria en su conjunto se le confían a un director, como función especial; y por otro, cada director se encarga del control de empresas sueltas o de grupos de empresas que son afines por su producción o intereses [el capitalismo está ya en condiciones de ejercer el *control* organizado de las empresas sueltas] […]. La especialidad de uno es la industria alemana, o simplemente incluso la de Alemania occidental [la parte más industrializada del país], la de otros son las relaciones con otros países y con la industria extranjera, los informes sobre los industriales, las cuestiones bursátiles, etc. Además, cada director de banco a menudo se encarga de una zona o una rama especial de la industria; uno se ocupa principalmente de los consejos de administración de las sociedades eléctricas; otro, de las plantas químicas, azucareras o cerveceras; un tercero, de un cierto número de empresas sueltas, pero al mismo tiempo figura en el consejo de administración de compañías de seguros… En resumen, es indudable que, a medida que van aumentando el volumen y la diversidad de sus operaciones, en los grandes bancos se establece una división del trabajo cada vez mayor entre los directores, con el fin [y da resultado] de elevarlos un poco, por así decirlo, por encima de las operaciones puramente bancarias, de que estén más capacitados para abordar los problemas generales de la industria y los problemas específicos de sus diferentes ramas, con el objetivo de prepararlos para su actividad en la esfera industrial que está bajo la influencia del banco. Este sistema se complementa con el empeño de los bancos de elegir para sus consejos de supervisión a gente que conozca bien la industria, a empresarios, antiguos funcionarios, en particular los procedentes de las áreas ferroviaria o minera, etc.

En la banca francesa nos encontramos el mismo sistema, sólo que en una forma ligeramente diferente. Por ejemplo, uno de los tres grandes bancos franceses, el Crédit Lyonnais, ha montado un «servicio para recopilar información financiera» *(Service des études financières).* En dicho servicio trabajan permanentemente más de 50 ingenieros, estadísticos, economistas, abogados, etc. Cuesta al año entre 600.000 y 700.000 francos y está dividido en ocho secciones: una recoge datos sobre las empresas industriales, otra estudia las estadísticas generales, otra, las navieras y las compañías ferroviarias; otra, los valores bursátiles; una quinta, los informes financieros, etc.

El resultado es, por un lado, una fusión cada vez mayor, o, en la acertada expresión de N. I. Bujarin, el ensamblaje de los capitales bancario e industrial; y, por otro, la transformación de los bancos en instituciones con un auténtico «carácter universal». Encontramos necesario citar exactamente a Jeidels, quien ha estudiado mejor el tema:

> Un examen de las relaciones industriales en su conjunto revela el *carácter universal* de los establecimientos financieros que trabajan para la industria. A diferencia de otras formas de bancos, y en oposición a la demanda, a veces expresada en las publicaciones, de que los bancos deben especializarse en una esfera de negocio o en una rama industrial determinadas a fin de pisar terreno firme, los grandes bancos tienden a que sus relaciones con las empresas industriales sean lo más variadas posible, tanto desde el punto de vista del lugar como de la rama de la producción, y procuran eliminar los desniveles en la distribución del capital entre las distintas zonas o ramas de la industria, desniveles que responden al desarrollo particular de cada empresa […]. Una tendencia a establecer relaciones con la industria en general; otra a hacerlas sólidas y duraderas. Ambas se han hecho realidad en los seis grandes bancos, no completamente, pero sí en proporciones considerables y en un grado igual.

A menudo los medios comerciales e industriales se quejan del «terrorismo» de los bancos. Y no es nada sorprendente escuchar tales lamentos cuando los grandes bancos «mandan» como nos muestra el ejemplo siguiente. El 19 de noviembre de 1901, uno de los grandes bancos berlineses, los llamados bancos «D» (el nombre de los cuatro bancos más importantes empieza por esta letra), dirigió al consejo de dirección del Consorcio del Cemento del Noroeste y Centro de Alemania la siguiente carta:

> Según la nota de ustedes publicada el 18 del corriente por cierto periódico, parece que debemos admitir la eventualidad de que la asamblea general de su consorcio, a celebrar el 30 del actual, decida tomar medidas que podrían introducir en su empresa modificaciones que son inaceptables para nosotros. Por esta razón, y lamentándolo profundamente, nos vemos obligados a retirarles el crédito de que hasta ahora gozaban […]. Ahora bien, si dicha asamblea general no aprueba medidas inaceptables para nosotros y se nos dan garantías a este respecto para el futuro, estamos dispuestos a abrir negociaciones con el fin de concederles un nuevo crédito.

En esencia, son las mismas quejas del pequeño capital respecto al yugo del grande, sólo que en este caso la categoría de «pequeño» capital corresponde a ¡todo un consorcio! La vieja lucha entre el pequeño y el gran capital continúa a un nivel nuevo e infinitamente más elevado. Es evidente que, disponiendo como disponen de miles de millones, los grandes bancos pueden impulsar el progreso técnico valiéndose de medios muy superiores a los del pasado. Por ejemplo, crean sociedades especiales de investigación técnica, de cuyos resultados, por supuesto, solamente se benefician las empresas industriales «amigas». Entre ellas se cuentan la Sociedad para el Estudio del Ferrocarril Eléctrico, la Oficina Central de Investigaciones Técnicas y Científicas, etc.

Los propios ejecutivos de los grandes bancos no pueden dejar de ver las nuevas condiciones que están surgiendo en la economía nacional, pero son impotentes ante ellas:

> Cualquiera que haya observado durante los últimos años —dice Jeidels— los cambios de titulares en las direcciones y los consejos de administración de los grandes bancos no habrá podido dejar de ver que el poder pasa paulatinamente a manos de quienes consideran necesario y cada vez más vital que los grandes bancos intervengan activamente en el desarrollo general de la industria; sobre este particular, entre ellos y los viejos directores bancarios hay desavenencias crecientes en el terreno profesional y, a menudo, también en el personal. El fondo de la cuestión es si los bancos, en su calidad de instituciones de crédito, se ven o no perjudicados por esa intervención en la industria, si no se sacrifican los principios firmes y el beneficio seguro a una actividad que no tiene nada en común con el papel de intermediario en la concesión de créditos y que coloca a los bancos en un terreno en el que están aún más expuestos que antes a las fuerzas ciegas de la coyuntura mercantil. Ésta es la opinión de muchos de los directores bancarios de más edad, mientras que la mayoría de los jóvenes consideran que la intervención activa en la industria es una necesidad tan grande como la que hizo surgir, simultáneamente con la gran industria moderna, a los grandes bancos y a la banca industrial moderna. Ambas partes sólo coinciden en una cosa: que en las nuevas actividades de los grandes bancos no hay ni principios firmes ni fines concretos.

Al viejo capitalismo le ha pasado su hora. El nuevo representa una etapa transitoria hacia algo distinto. Carece de sentido buscar «principios firmes o fines concretos» con el objetivo de «reconciliar» el monopolio con la libre competencia. Las opiniones de la gente práctica suenan bastante distintas a los elogios de los encantadores de serpientes oficiales del capitalismo «organizado» como Schulze-Gaevernitz, Liefmann y otros «teóricos» por el estilo.

¿Cuándo se implantaron definitivamente las nuevas actividades de los grandes bancos? Jeidels nos da una respuesta bastante precisa a esta importante cuestión:

> Las relaciones entre las empresas industriales con su nuevo contenido, sus nuevas formas y sus nuevos órganos, es decir, con los grandes bancos organizados a la vez de forma centralizada y descentralizada, no aparecen, como fenómeno económico característico, antes de los años 90; de hecho, en cierto sentido puede considerarse que su fecha de arranque fue el año 1897, cuando tuvieron lugar importantes fusiones y cuando se introdujo por primera vez la nueva forma de organización descentralizada, para adaptarse a la política industrial de los bancos. Este punto de partida tal vez se pueda traer a una fecha más reciente, puesto que fue la crisis de 1900 la que aceleró e intensificó enormemente el proceso de concentración de la industria y la banca, consolidó ese proceso, convirtió por primera vez las relaciones con la industria en un auténtico monopolio de los grandes bancos e hizo esas relaciones mucho más estrechas e intensas.

Así pues, el siglo XX marca el punto de inflexión entre el viejo capitalismo y el nuevo, entre la dominación del capital en general y la dominación del capital financiero.

III

El capital financiero y la oligarquía financiera

> Una parte cada vez mayor del capital industrial —escribe Hilferding— ya no pertenece a los industriales que lo utilizan. Disponen de él únicamente por mediación del banco, el cual representa, con respecto a ellos, a los propietarios del capital. Por otro lado, el banco se ve obligado a invertir en la industria una cuota creciente de sus fondos. Así, el banquero se está convirtiendo en un grado mayor que nunca en capitalista industrial. El capital bancario —es decir, capital en forma de dinero— que se convierte de esa manera en capital industrial es lo que yo llamo «capital financiero» […]. El capital financiero es el capital controlado por los bancos y utilizado por los industriales.

Esta definición es incompleta, dado que omite uno de los aspectos más relevantes: el aumento de la concentración de la producción y del capital a tal nivel, que conduce, y ha conducido, al monopolio. Pero en todo su trabajo, y en particular en los dos capítulos que preceden al de la cita, Hilferding remarca el papel de los *monopolios capitalistas*.

Concentración de la producción, monopolios que surgen de la misma, fusión o ensamblaje de los bancos con la industria; tal es la historia del ascenso del capital financiero y lo que este concepto representa.

Ahora vamos a describir cómo las «operaciones» de los monopolios capitalistas, en las condiciones generales de la producción mercantil y de la propiedad privada, conducen inevitablemente al dominio de la oligarquía financiera. Debemos señalar que los estudiosos burgueses alemanes —y no sólo alemanes—, como Riesser, Schulze-Gaevernitz, Liefmann, etc., son todos unos apologistas del imperialismo y del capital financiero. En vez de poner al descubierto los «mecanismos» de formación de una oligarquía, sus métodos, la cuantía de sus ingresos «lícitos e ilícitos», sus relaciones con los parlamentos, etc., etc., los adornan y disimulan. Eluden las «cuestiones polémicas» mediante frases pomposas y vagas, apelaciones al «sentido de la responsabilidad» de los directores de los bancos, alabanzas al «sentido del deber» de los funcionarios prusianos, estudios detallados de los pequeños

detalles de proyectos de ley parlamentarios absolutamente ridículos sobre la «supervisión» y la «regulación» de los monopolios, juegos teóricos infantiles como, por ejemplo, la «docta» definición a que llegó el profesor Liefmann: ***«El comercio es una actividad profesional encaminada a reunir bienes, conservarlos y ofrecerlos»*** (resaltado en el original)… ¡Ahora resulta que el comercio ya existía entre los hombres primitivos, quienes desconocían el intercambio, y que también existirá en el socialismo!

Pero los monstruosos hechos relativos a la monstruosa dominación de la oligarquía financiera son tan palmarios que en todos los países capitalistas, en Estados Unidos, en Francia, en Alemania, ha surgido toda una literatura, escrita desde el punto de vista *burgués*, pero que, sin embargo, pinta un cuadro bastante certero y hace una crítica —pequeñoburguesa, naturalmente— de dicha oligarquía.

Atención especial merece el «sistema de participación», ya comentado brevemente con anterioridad. El economista alemán Heymann, probablemente el primero en ocuparse del tema, describe su esencia como sigue:

> El director del asunto controla la sociedad matriz [textualmente, la «sociedad madre»]; ésta, a su vez, ejerce el dominio sobre las sociedades que dependen de ella [«sociedades hijas»], las cuales controlan a otras sociedades [«sociedades nietas»], etc. De esta manera, con un capital relativamente pequeño es posible dominar esferas inmensas de la producción. En efecto: si poseer el 50% del capital es suficiente para controlar una sociedad anónima, al director del asunto le basta con poseer solamente un millón para controlar ocho millones de capital en las sociedades del tercer nivel [nietas]. Y si este «engranaje» se propaga, con un millón se pueden controlar dieciséis millones, treinta y dos, etc.

De hecho, la experiencia demuestra que basta con poseer el 40% de las acciones de una sociedad anónima para dirigir su negocio, dado que a cierto número de los pequeños accionistas, que están dispersos, en la práctica les resulta imposible asistir a las juntas de accionistas, etc. La «democratización» de la propiedad accionarial, de la cual los sofistas burgueses y los oportunistas llamados «socialdemócratas» esperan (o eso afirman) la «democratización del capital», el fortalecimiento del papel y la importancia de la producción a pequeña escala, etc., es en realidad uno de los medios para aumentar el poder de la oligarquía financiera. Por esta razón, entre otras, en los países capitalistas más avanzados, o más viejos y

«duchos», las leyes permiten la emisión de acciones más pequeñas. En Alemania, la ley no permite emitir acciones de menos de mil marcos, y los magnates de las finanzas alemanas miran con envidia a Gran Bretaña, donde la ley autoriza acciones de incluso una libra esterlina (es decir, veinte marcos, alrededor de diez rublos). Siemens, uno de los «reyes financieros» e industriales más grandes de Alemania, dijo el 7 de junio de 1900 en el Reichstag que «la acción de una libra esterlina es la base del imperialismo británico». Este negociante tiene una concepción considerablemente más profunda y más «marxista» del imperialismo que cierto escritor de dudosa reputación que es considerado el fundador del marxismo ruso y que cree que el imperialismo es un mal hábito de cierto pueblo…

Pero el «sistema de participaciones» no sólo sirve para aumentar enormemente el poder de los monopolistas, también permite llevar a cabo impunemente toda clase de negocios oscuros y sucios y robar al público, pues los dirigentes de las «sociedades madres» no responden legalmente por la «sociedad hija», que es considerada «independiente» y *a través* de la cual se puede «hacer pasar» *todo*. He aquí un ejemplo tomado del número de mayo de 1914 de *Die Bank:*

> Hace unos años, la Sociedad Anónima de Acero para Resortes, de Kassel, era considerada como una de las empresas más rentables de Alemania. A consecuencia de la mala gestión, los dividendos bajaron del 15% al 0%. Según se pudo comprobar después, el consejo de administración, sin informar a los accionistas, había hecho un préstamo de *seis millones de marcos* a una de sus «sociedades hijas», Hassia, cuyo capital nominal sólo era de unos cientos de miles de marcos. Este préstamo, que casi triplicaba el capital de la «sociedad madre», no figuraba en los balances de ésta. Este ocultamiento era legal y se pudo tapar durante dos años enteros porque no violaba ningún artículo de las normas de la compañía. El presidente del consejo de administración, que en el ejercicio de sus funciones había firmado los falsos balances, era y sigue siendo el presidente de la Cámara de Comercio de Kassel. Los accionistas sólo se enteraron del préstamo a la Hassia mucho tiempo después, cuando se comprobó que había sido un error [el periodista debería haber colocado esta palabra entre comillas] […] y cuando las acciones de la sociedad madre cayeron casi un 100% al empezar a deshacerse de ellas los conocedores del asunto […].
>
> *Este típico ejemplo de malabarismo en los balances, bastante habitual* en las sociedades anónimas, explica por qué sus consejos de administración emprenden operaciones de riesgo con mucha más facilidad que los hombres de negocios particulares. Los procedimientos modernos de elaboración de los balances no sólo hacen posible ocultarle al accionista ordinario las operaciones dudosas, sino que también permiten que las personas más implicadas escapen a las consecuencias de una operación fallida mediante la venta, a su debido tiempo, de sus acciones, mientras que el hombre de negocios particular responde con su pellejo de todo lo que hace.
>
> Los balances de muchas sociedades anónimas se parecen a los palimpsestos de la Edad Media, en los cuales era necesario borrar lo que llevaban escrito para descubrir los signos anotados debajo

y que representaban el contenido real del documento [el palimpsesto era un pergamino en el cual el texto primitivo había sido tapado para escribir de nuevo].

El procedimiento más sencillo y, por tanto, más usado para hacer indescifrable un balance consiste en dividir una empresa en varias partes a través de la creación de filiales o de la incorporación de compañías de este género. Las ventajas de este sistema para diversos propósitos —legales e ilegales— son tan evidentes, que las grandes sociedades que no recurren al mismo son la excepción.

Como ejemplo de gran empresa monopolista que aplica a gran escala este sistema, el autor cita la famosa Sociedad General de Electricidad (AEG, de la cual volveremos a hablar más adelante). En 1912 se calculaba que esta compañía participaba en otras 175 a 200, por supuesto dominándolas, lo que le daba el control sobre un capital total de *unos 1.500 millones de marcos.*

Ninguna regla de control, de publicación de balances, de normas para los balances, de auditoría de las cuentas, etc., ninguna de esas cosas con que distraen al público los profesores y funcionarios bien intencionados —es decir, imbuidos de la buena intención de defender y embellecer el capitalismo— tiene la menor importancia, pues la propiedad privada es sagrada y a nadie se le puede prohibir comprar, vender, intercambiar o hipotecar acciones, etc.

Se pueden juzgar las proporciones que el «sistema de participación» ha alcanzado entre los grandes bancos rusos por los datos brindados por E. Agahd, quien fue empleado del Banco Ruso-Chino durante quince años y que en mayo de 1914 publicó una obra con el título, no del todo exacto, de *Los grandes bancos y el mercado mundial.* El autor divide los grandes bancos rusos en dos grandes grupos: a) bancos que funcionan según el «sistema de participación», y b) bancos «independientes» (entendiendo arbitrariamente la «independencia» como independencia de los bancos *extranjeros).* El autor divide el primer grupo en tres subgrupos: 1) de participación alemana, 2) de participación británica y 3) de participación francesa, según la participación y el dominio de los grandes bancos extranjeros del correspondiente país. Y el capital de los bancos lo divide en capital de inversión «productiva» (operaciones comerciales e industriales) y de inversión «especulativa» (operaciones bursátiles y financieras), asumiendo, conforme a su punto de vista reformista pequeñoburgués, que

bajo el capitalismo es posible separar la primera forma de inversión de la segunda y abolir esta última.

Los datos del autor son los siguientes:

Activo de los bancos en millones de rublos
(según los balances de octubre y noviembre de 1913)

Grupos de bancos rusos	Capitales de inversión		
	Productiva	Especulativa	Total
A. 1) 4 bancos: Comercial Siberiano, Ruso, Internacional y de Descuento	413,70	859,10	1.272,80
2) 2 bancos: Comercial e Industrial y Ruso-Inglés	239,30	169,10	408,40
3) 5 bancos: Ruso-Asiático, Privado de San Petersburgo, Del Azov y del Don, Unión de Moscú y Comercial Ruso-Francés	711,80	661,20	1.373,00
Total: (11 bancos)	1.364,8	1.698,40	3.054,20
B. 8 bancos: Comercial de Moscú, Comercial del Volga y del Kama, I.W. Junker y Cía., Comercial de San Petersburgo (antes Wawelberg), de Moscú (antes Riabushinski), de Descuento de Moscú, Comercial de Moscú y Privado de Moscú	504,2	391,10	895,30
Total: (19 bancos)	1.869,00	2.080,50	3.949,50

Según estas cifras, de aproximadamente 4.000 millones de rublos que constituyen el capital «activo» de los grandes bancos, *más de tres cuartas*

partes, más de 3.000 millones, corresponden a bancos que, en realidad, son filiales de bancos extranjeros, en primer lugar, de los parisienses (el famoso trío Union Parisienne, Paris et Pays-Bas y Société Générale) y de los berlineses (particularmente el Deutsche Bank y la Disconto-Gesellschaft). Dos de los bancos rusos más importantes, el Ruso (Banco Ruso de Comercio Exterior) y el Internacional (Banco Comercial Internacional de San Petersburgo), entre 1906 y 1912 vieron aumentar sus capitales de 44 a 98 millones de rublos y los fondos de reserva, de 15 a 39 millones, «en sus tres cuartas partes con capital alemán». Estos bancos pertenecen respectivamente al «consorcio» berlinés del Deutsche Bank y al de la Disconto-Gesellschaft. Al bueno de Agahd le indigna profundamente que los bancos de Berlín posean la mayoría de las acciones y que, por tanto, los accionistas rusos estén reducidos a la impotencia. Y, naturalmente, el país que exporta capital se queda con la nata: por ejemplo, el Deutsche Bank de Berlín, antes de poner a la venta las acciones del Banco Comercial Siberiano en el mercado de esa ciudad, las retuvo durante un año en su cartera y después las vendió al 193%, es decir a casi al doble de su valor nominal, «ganando» así un beneficio de cerca de 6 millones de rublos, al que Hilferding llama «beneficio del promotor».

El autor estima la «capacidad» total de los principales bancos petersburgueses en 8.235 millones de rublos, con la siguiente «participación» o, mejor dicho, dominio de los bancos extranjeros: bancos franceses, 55%; ingleses, 10%; alemanes, 35%. Y calcula que del total de 8.235 millones de capital activo, 3.687, más del 40%, corresponden a los consorcios Produgol y Prodamet y a los consorcios petrolero, metalúrgico y cementero. Por tanto, debido a la formación de monopolios capitalistas, la fusión del capital bancario e industrial ha dado también en Rusia pasos de gigante.

El capital financiero, concentrado en muy pocas manos y ejerciendo un monopolio virtual, obtiene beneficios enormes y crecientes del lanzamiento de sociedades a Bolsa, la emisión de valores, los préstamos al Estado, etc., fortalece el dominio de la oligarquía financiera y le cobra un tributo a toda la sociedad en provecho de los monopolistas. He aquí uno de tantos ejemplos de los manejos de los trusts estadounidenses, citado por Hilferding: en 1887, Havemeyer fundó el trust del azúcar fusionando quince pequeñas firmas cuyo capital total era de 6.500.000 dólares. Pero el capital

del trust, debidamente «aguado», según expresión estadounidense, se fijó en 50 millones de dólares. La «sobrecapitalización» calculaba de antemano los futuros beneficios monopolistas, del mismo modo que el trust del acero estadounidense tiene en cuenta sus futuros beneficios monopolistas cuando adquiere todos los yacimientos de mineral de hierro que puede. Y, en efecto, el trust del azúcar fijó precios de monopolio y percibió tales beneficios, que pudo pagar un dividendo del 10% al capital *siete veces* «diluido», es decir, *¡casi el 70% sobre el capital realmente aportado al formarse el trust!;* en 1909, su capital era de 90 millones de dólares. En veintidós años se había más que multiplicado por diez.

En Francia, la dominación de la «oligarquía financiera» *(Contra la oligarquía financiera en Francia* es el título del conocido libro de Lysis, cuya quinta edición apareció en 1908) adoptó una forma sólo ligeramente diferente. En la emisión de obligaciones, los cuatro bancos más importantes no gozan de un monopolio relativo, sino «absoluto». En realidad, se trata de un «trust de los grandes bancos». Y el monopolio asegura beneficios monopolistas en las emisiones. Al hacerse los empréstitos, el país prestatario no suele obtener más del 90% de su monto: el restante 10% es para los bancos y demás intermediarios. El beneficio de los bancos en el empréstito ruso-chino de 400 millones de francos fue del 8%; en el empréstito ruso (1904) de 800 millones, del 10%; y en el marroquí (1904) de 62,5 millones, del 18,75%. El capitalismo, que inició su desarrollo con un pequeño capital usurario, está alcanzando el final de ese desarrollo con un capital usurario gigantesco. «Los franceses son los usureros de Europa», dice Lysis. Todas las condiciones de la vida económica están sufriendo hondas modificaciones a consecuencia de esta degeneración del capitalismo. Con una población estancada y la industria, el comercio y el transporte marítimo paralizados, el «país» puede enriquecerse gracias a la usura. «Cincuenta personas, representando un capital de 8 millones de francos, controlan *dos mil millones* depositados en cuatro bancos». El «sistema de participación», que ya conocemos, conduce al mismo resultado: uno de los bancos más importantes, la Société Générale, emitió 64.000 obligaciones de su filial Refinerías de Azúcar de Egipto. El curso de la emisión era del 150%, es decir, el banco ganaba 50 céntimos por franco. Los dividendos de la filial resultaron ser ficticios y el «público» perdió de 90 a 100 millones de francos. «Uno de los directores de la Société Générale

era miembro del consejo de administración de Refinerías de Azúcar». No tiene nada de sorprendente que el autor se vea obligado a admitir que «la República Francesa es una monarquía financiera; la omnipotencia de la oligarquía financiera es absoluta, domina la prensa y el gobierno».

La altísima tasa de beneficio generada por la emisión de bonos y obligaciones, una de las principales funciones del capital financiero, ayuda en gran medida al desarrollo y consolidación de la oligarquía financiera. Dice la revista alemana *Die Bank:*

> No hay ningún negocio en el país, ni siquiera aproximadamente, cuya rentabilidad sea tan elevada como el de actuar de intermediario en la emisión de empréstitos extranjeros.
>
> Ninguna operación bancaria produce tantos beneficios como las emisiones de valores.

Según los datos de *Deutsche Ökonomist*, los beneficios medios anuales en la emisión de valores industriales fueron los siguientes:

Año	Porcentaje	Año	Porcentaje
1895	38,6%	1898	67,7%
1896	36,1%	1899	66,9%
1897	66,7%	1900	55,2%

En diez años, de 1891 a 1900, la emisión de valores industriales alemanes produjo un «beneficio» de *más de mil millones.*

En los periodos de auge industrial, los beneficios del capital financiero son inmensos, pero en los periodos de depresión las pequeñas empresas y las empresas débiles se arruinan y los grandes bancos adquieren a bajo precio «participaciones» de las mismas o participan en rentables procesos de «saneamiento» y «reconversión». Al «sanear» las empresas con pérdidas:

se rebaja el capital accionarial, es decir, los beneficios se reparten sobre un capital menor y en lo sucesivo se calculan en base a ese capital. O, si los ingresos han quedado reducidos a cero, se incorpora nuevo capital, el cual, combinado con el viejo y menos rentable capital, proporcionará una ganancia adecuada. […] Conviene decir —añade Hilferding— que todos esos saneamientos y reconversiones tienen una doble importancia para los bancos: primero, como operaciones rentables, y segundo, como oportunidades para asegurarse el control de las compañías en dificultades.

He aquí un ejemplo: la Sociedad Anónima Minera Unión, de Dortmund, fundada en 1872. Emitió un capital en acciones de casi 40 millones de marcos, y cuando el primer año repartió un dividendo del 12%, el precio de su acción subió un 170%. El capital financiero se quedó con la nata, embolsándose la menudencia de unos 28 millones de marcos. El principal impulsor de la compañía fue ese mismo gran banco alemán Disconto-Gesellschaft que tan exitosamente había alcanzado un capital de 300 millones de marcos. Más tarde, los dividendos de la Unión descendieron hasta desaparecer. Los accionistas tuvieron que aceptar una rebaja del

capital, es decir, perder una parte para no perderlo todo. Como resultado de toda una serie de «saneamientos» a lo largo de treinta años, más de 73 millones de marcos desaparecieron de los libros de la compañía.

> En la actualidad, los accionistas fundadores de esta sociedad poseen solamente el 5% del valor nominal de sus acciones.

Pero en cada nuevo «saneamiento» los bancos han «ganado algo».

Una operación particularmente rentable del capital financiero es la especulación con terrenos ubicados en las afueras de grandes ciudades en rápida expansión. El monopolio de los bancos se funde en este caso con el monopolio de la renta del suelo y con el monopolio de los transportes, pues el aumento del precio de los terrenos, la posibilidad de obtener una buena rentabilidad vendiéndolos por parcelas, etc., dependen en gran medida de que estén bien comunicados con el centro de la ciudad; y esos medios de transporte están en manos de grandes compañías, vinculadas con esos mismos bancos mediante el sistema de participación y el reparto de puestos directivos. Como consecuencia, tenemos lo que el autor alemán L. Eschwege, colaborador de *Die Bank* y que ha estudiado especialmente el negocio inmobiliario, las hipotecas, etc., califica de «charca»: la frenética especulación con los terrenos de los extrarradios urbanos, las quiebras de las empresas constructoras, como la berlinesa Boswau y Knauer, que se había embolsado cien millones de marcos con la ayuda del «sólido y respetable» Deutsche Bank —cuya intervención, por supuesto, seguía el sistema de participación, es decir, era secreta, entre bambalinas— y que salió del trance con unas pérdidas de «sólo» doce millones de marcos; después, la ruina de los pequeños empresarios y de los obreros, que no obtienen nada de las ficticias empresas de construcción; los trapicheos con la «honesta» policía berlinesa y con la administración para hacerse con el servicio de la información catastral, la gestión de las licencias de obra, etc.

En la época del capital financiero, la «ética estadounidense», que tan hipócritamente lamentan los profesores y los bien intencionados burgueses europeos, se ha convertido prácticamente en la ética de todas las grandes ciudades de cualquier país.

A principios de 1914, en Berlín se hablaba de la fundación de un «trust del transporte», es decir, del establecimiento de una «comunidad de

intereses» entre las tres empresas berlinesas del ramo: el ferrocarril eléctrico urbano, la compañía de tranvías y la compañía de autobuses.

> Sabemos —escribió *Die Bank*— que este proyecto existe desde que se hizo del dominio público que la mayoría de las acciones de la compañía de autobuses habían sido adquiridas por las otras dos sociedades del transporte […]. Se puede creer a quienes tienen ese objetivo cuando afirman que la unión de los servicios de transportes conllevará un ahorro en los costes, lo que acabará por beneficiar en parte a los usuarios. Pero el tema es complicado, porque detrás de ese trust del transporte que se está formando están los bancos, que, si quieren, pueden subordinar los transportes que ellos monopolizan a los intereses de su negocio inmobiliario. Para convencerse de lo razonable de tal conjetura, sólo necesitamos recordar que los intereses del gran banco que estimuló la fundación de la compañía del ferrocarril eléctrico urbano ya estaban mezclados en ella en el momento de su fundación. Es decir, los intereses de dicha empresa de transporte se entrelazaban con el negocio inmobiliario. El quid del asunto era que la línea oriental de dicho ferrocarril iba a pasar por terrenos que, más tarde, ese banco, cuando la construcción del ferrocarril ya estaba asegurada, vendió con un enorme beneficio para sí y para varias personas que intervinieron en la operación.

El monopolio, una vez formado y con el control de miles de millones, inevitablemente penetra *todas* las esferas de la vida social, independientemente del régimen político y de cualquiera otro «pormenor». En las publicaciones económicas alemanas se suelen encontrar elogios serviles a la integridad de los funcionarios prusianos, y alusiones al Panamá francés y a la corrupción política en Estados Unidos. Pero el hecho es que *incluso* las publicaciones burguesas especializadas en los asuntos bancarios alemanes se ven constantemente obligadas a ir más allá de los aspectos puramente bancarios y a hablar, por ejemplo, de la «atracción de los bancos», en referencia a los casos, cada vez más frecuentes, de funcionarios públicos que pasan al servicio de los bancos.

> ¿Qué se puede decir de la integridad del funcionario del Estado que en lo más íntimo aspira a encontrar un puesto cómodo en la Behrenstrasse [calle de Berlín donde se encuentra el Deutsche Bank]?

Alfred Lansburgh, editor de *Die Bank*, escribió en 1909 un artículo titulado «La significación económica del bizantinismo», en el que hacía referencia al viaje de Guillermo II a Palestina y al «resultado directo de este viaje», la construcción del ferrocarril de Bagdad, esa fatal «gran obra del espíritu emprendedor alemán, que es más culpable de nuestro “cerco” que todos nuestros errores políticos juntos» (por «cerco» hay que entender la

política de Eduardo VII para aislar a Alemania rodeándola con una alianza imperialista antigermánica). Eschwege, colaborador de esa misma publicación ya aludido anteriormente, escribió en 1911 un artículo titulado «La plutocracia y los funcionarios», donde exponía, por ejemplo, el caso del funcionario alemán Völker, un celoso miembro de la comisión de cárteles, que poco tiempo después pasó a ocupar un lucrativo puesto en el cártel más importante, el del acero. Otros casos similares, que no son ni mucho menos casuales, obligaron a este autor burgués a reconocer que «la libertad económica garantizada por la Constitución alemana se ha convertido, en muchas esferas de la vida económica, en una frase sin sentido» y que, bajo el dominio de la plutocracia, «ni siquiera la más amplia libertad política nos puede salvar de ser convertidos en una nación de hombres sin libertad».

Respecto a Rusia, nos limitaremos a un solo ejemplo. Hace varios años, todos los periódicos dieron la noticia de que Davídov, director del Departamento de Crédito del Ministerio de Hacienda, había renunciado al puesto para entrar a trabajar en un importante banco, con un sueldo que, según el contrato, en varios años arrojaría un monto total de más de un millón de rublos. El Departamento de Crédito es una institución cuya función es «unificar la actividad de todos los establecimientos de crédito del país» y que proporciona a los bancos de la capital subsidios por valor de 800 a 1.000 millones de rublos.

Son características del capitalismo en general la separación entre la propiedad del capital y la aplicación de éste a la producción, la separación entre el capital monetario y el capital industrial o productivo, la separación entre el rentista, que vive enteramente de los ingresos procedentes del capital monetario, y el empresario y todos aquellos que participan directamente en la gestión del capital. El imperialismo —el dominio del capital financiero— es la fase superior del capitalismo, en la cual esa separación alcanza unas proporciones inmensas. La supremacía del capital financiero sobre todas las demás formas de capital implica el predominio del rentista y de la oligarquía financiera, implica que un pequeño número de Estados financieramente «poderosos» destacan sobre el resto. La extensión de este proceso se puede juzgar por las estadísticas sobre las emisiones de toda clase de valores.

En el *Boletín del Instituto Internacional de Estadística,* A. Neymarck[5] ha publicado datos muy detallados, completos y susceptibles de comparación sobre las emisiones de valores en todo el mundo, algunos de los cuales han sido citados repetidamente en las publicaciones económicas. Los siguientes corresponden a cuatro décadas:

Total de las emisiones por década *(en miles de millones de francos)*	
1871-1880	76,1
1881-1890	64,5
1891-1900	100,4
1901-1910	197,8

En la década de 1870, el monto total de las emisiones es elevado en todo el mundo, particularmente por los empréstitos relacionados con la guerra franco-prusiana y la *Gründerzeit* que le siguió en Alemania. En general, el aumento durante las tres últimas décadas del siglo XIX fue relativamente lento, y sólo en el primer decenio del siglo XX observamos un incremento de casi el cien por cien. Los comienzos del siglo XX marcan, pues, un punto de inflexión no sólo en el crecimiento de los monopolios (cárteles, consorcios, trusts), ya comentado, sino también en el crecimiento del capital financiero.

Neymarck estima que el monto total de los valores emitidos en el mundo en 1910 fue de unos 815.000 millones de francos. Deduciendo posibles duplicidades, rebaja la cifra a 575.000-600.000 millones, que se distribuyen por países como sigue (tomamos la cifra de 600.000 millones):

Total de valores en 1910
(en miles de millones de francos)

Gran Bretaña	142		Japón	12
Estados Unidos	132		Holanda	12,5
Francia	110	479	Bélgica	7,5
Alemania	95		España	7,5
Rusia	31		Suiza	6,25
Austria-Hungría	24		Dinamarca	3,75
Italia	14		Suecia, Noruega, Rumanía, etc.	2,5
			Total	600

Lo primero que salta a la vista al ver estos datos es la fuerza con que destacan los cuatro países capitalistas más ricos, cada uno de los cuales dispone de entre 100.000 y 150.000 millones de francos. De esos cuatro, dos (Gran Bretaña y Francia) son los países capitalistas más viejos y, como veremos, los que más colonias poseen; los otros dos (Estados Unidos y Alemania) son los países capitalistas que van a la cabeza del desarrollo y de la penetración de los monopolios capitalistas en la producción. Juntos, los cuatro poseen 479.000 millones de francos, o sea, casi el 80% del capital financiero mundial. De una u otra manera, casi todo el resto del mundo es deudor y tributario de esos países banqueros internacionales, de esos cuatro «pilares» del capital financiero mundial.

Es particularmente importante examinar el papel que desempeña la exportación de capitales en la creación de la red internacional de dependencia y de conexiones del capital financiero.

IV

La exportación de capital

Característico del viejo capitalismo, cuando la libre competencia dominaba indivisa, era la exportación de *bienes*. Característico del capitalismo moderno, donde manda el monopolio, es la exportación de *capital*.

El capitalismo es la producción de mercancías en el grado más elevado de desarrollo, cuando la propia fuerza de trabajo se convierte en una mercancía. El incremento del intercambio interior y, particularmente, del internacional es un rasgo característico del capitalismo. El desarrollo desigual y espasmódico de las distintas empresas, ramas industriales y países es inevitable bajo el sistema capitalista. Gran Bretaña fue el primer país que se convirtió en capitalista, y a mediados del siglo XIX, al adoptar el libre mercado, se presentó como el «taller del mundo», el proveedor de bienes manufacturados para todos los países, los cuales, a cambio, debían surtirlo de materias primas. Pero en el último cuarto del siglo XIX *ese* monopolio de Gran Bretaña se vio quebrado; otros países, protegiéndose a sí mismos mediante aranceles «proteccionistas», se transformaron en Estados capitalistas independientes. En el umbral del siglo XX asistimos a la formación de otro tipo de monopolios: primero, asociaciones monopolistas de capitalistas en todos los países de capitalismo desarrollado; segundo, la posición monopolista de unos pocos países ricos, en los cuales la acumulación de capital ha alcanzado proporciones gigantescas. Un enorme «excedente de capital» ha surgido en los países avanzados.

Evidentemente, si el capitalismo hubiese podido desarrollar la agricultura, que en la actualidad está en todas partes enormemente atrasada con respecto a la industria; si hubiese podido elevar el nivel de vida de las masas, que, a pesar de los fulgurantes avances técnicos, en todas partes siguen soportando falta de alimento y privaciones, sin duda no hablaríamos de un excedente de capital. Este «argumento» es muy usado por los críticos

pequeñoburgueses del capitalismo. Pero si el capitalismo hubiese hecho esas cosas no sería capitalismo, puesto que tanto el desarrollo desigual como la vida miserable de las masas son condiciones fundamentales e inevitables y constituyen las premisas de este modo de producción. Mientras el capitalismo siga siendo capitalismo, el excedente de capital no se utilizará para elevar el nivel de vida de las masas del país, ya que esto significaría la disminución de los beneficios de los capitalistas, sino para aumentar estos beneficios mediante la exportación de capital a los países atrasados del extranjero. En estos países atrasados los beneficios suelen ser altos, dado que el capital es escaso, el precio de la tierra es relativamente pequeño, los salarios son bajos y las materias primas son baratas. La exportación de capital es posible porque una serie de países atrasados ya han sido incorporados a las relaciones comerciales capitalistas mundiales: las principales líneas férreas han sido construidas o están en construcción, se han creado las condiciones elementales de desarrollo de la industria, etc. La necesidad de exportar capital responde al hecho de que, en unos pocos países, el capitalismo ha «sobremadurado» y el capital (debido al atraso de la agricultura y la pobreza de las masas) no puede encontrar campo para la inversión «rentable».

He aquí datos aproximados sobre la cuantía de los capitales invertidos en el extranjero por los tres países más importantes:

Capital invertido en el extranjero
(en miles de millones de francos)

Año	Gran Bretaña	Francia	Alemania
1862	3,6	—	—
1872	15	10 (1869)	—
1882	22	15 (1880)	?
1893	42	20 (1890)	?
1902	62	27-37	12,5
1914	75-100	60	44

Este cuadro nos muestra que la exportación de capitales alcanzó enormes dimensiones solamente a principios del siglo XX. En vísperas de la guerra, el capital invertido en el extranjero por los tres principales países sumaba entre 175.000 y 200.000 millones de francos. A un modesto interés del 5%, esa suma rentaría al año entre 8.000 y 10.000 millones, ¡una sólida base para la opresión y explotación imperialista de la mayoría de los países y naciones del mundo, para el parasitismo capitalista de un puñado de Estados ricos!

¿Cómo se distribuye entre los distintos países ese capital invertido en el extranjero?, ¿*adónde* se ha destinado? A estas preguntas sólo se les puede dar una respuesta aproximada, la cual, sin embargo, arroja luz suficiente sobre ciertas relaciones y vínculos generales del imperialismo moderno:

Partes del mundo entre las cuales se hallan distribuidos (aproximadamente) los capitales invertidos en el extranjero (hacia 1910)

(en miles de millones de marcos)

Continente	Gran Bretaña	Francia	Alemania	Total
Europa	4	23	18	45
América	37	4	10	51
Asia, África y Australia	29	8	7	44
	—	—	—	—
Total	70	35	35	140

En el caso de Gran Bretaña, el principal destino del capital son sus colonias, muy grandes también en América (por ejemplo, Canadá), por no hacer mención a Asia, etc. La enorme exportación de capital está ligada a sus vastas colonias, de cuya importancia para el imperialismo se hablará más adelante. El caso de Francia es distinto. Sus inversiones en el extranjero van destinadas principalmente a Europa, a Rusia en primer lugar (10.000 millones de francos como mínimo). Se trata sobre todo de capital de *préstamo*, de empréstitos públicos, no de inversiones industriales. A diferencia del imperialismo británico, que es colonial, el imperialismo francés podría ser calificado de usurario. Alemania representa una tercera variante: sus colonias son irrelevantes y el capital exportado se reparte a partes iguales entre Europa y América.

La exportación de capital influye en el desarrollo del capitalismo en los países de destino, acelerándolo extraordinariamente. Si, debido a ello, dicha exportación puede tender, hasta cierto punto, a ocasionar un estancamiento del desarrollo en los países exportadores, esto sólo puede producirse a

través de una mayor extensión y profundización del desarrollo del capitalismo en todo el mundo.

Los países exportadores de capital son casi siempre capaces de obtener ciertas «ventajas», cuyo carácter nos aclara las peculiaridades de la época del capital financiero y del monopolio. El siguiente pasaje apareció en *Die Bank* de octubre de 1913:

> Desde hace poco tiempo, en el mercado internacional de capitales se representa una comedia digna de Aristófanes. Numerosos países, desde España a los Estados balcánicos, desde Rusia a Argentina, Brasil y China, abierta o veladamente están demandando empréstitos, a veces de forma muy insistente, a los grandes mercados de dinero. Los mercados de dinero no pasan en estos momentos por una situación muy boyante y las perspectivas políticas son poco halagüeñas. Pero ninguno de los mercados monetarios se atreve a denegar un empréstito, por miedo a que el vecino se adelante, lo conceda y así se asegure en contrapartida ciertos servicios. En estas transacciones internacionales el acreedor casi siempre obtiene un provecho extra: una cláusula favorable en un tratado comercial, una explotación carbonera, un contrato para construir un puerto, una concesión jugosa o un pedido de armas.

El capital financiero ha creado la época de los monopolios. Y los monopolios llevan siempre consigo los principios monopolistas: la utilización de las «relaciones» para las transacciones provechosas reemplaza a la competencia en el mercado abierto. Es muy corriente que entre las cláusulas del empréstito se imponga la inversión de una parte del mismo en la compra de productos al país acreedor, particularmente de armas, barcos, etc. Francia ha recurrido muy a menudo a este procedimiento en las dos últimas décadas (1890-1910). La exportación de capital pasa a ser un medio de estimular la exportación de mercancías. Las transacciones que en estos casos se efectúan entre las mayores empresas tienen un carácter tal, que, según el eufemismo de Schilder, «lindan con el soborno». Krupp en Alemania, Schneider en Francia y Armstrong en Gran Bretaña constituyen otros tantos modelos de esas firmas íntimamente ligadas a los grandes bancos y con los gobiernos, y de las cuales es difícil «prescindir» al negociarse un empréstito.

Francia, a la par que le concedía empréstitos, «exprimió» a Rusia en el tratado comercial del 16 de septiembre de 1905, estipulando ciertas concesiones cuya vigencia alcanza hasta 1917. Hizo lo mismo en el tratado comercial firmado con Japón el 19 de agosto de 1911. La guerra aduanera entre Austria y Serbia, que, descontando un intervalo de siete meses, duró

de 1906 a 1911, se debió en parte a la competencia entre Austria y Francia a la hora de suministrar material bélico a Serbia. En enero de 1912, Paul Deschanel declaró en el Parlamento que, de 1908 a 1911, las firmas francesas le habían suministrado a Serbia material bélico por un importe de 45 millones de francos.

Un informe del cónsul austrohúngaro en Sao Paulo (Brasil) dice:

> Los ferrocarriles brasileños se están construyendo principalmente con capital francés, belga, británico y alemán. Las operaciones financieras ligadas a la construcción de estos ferrocarriles estipulan que dichos países se reservan los pedidos de los materiales necesarios.

Así pues, el capital financiero echa sus redes, literalmente, en todos los países del mundo. En esto tienen un importante papel los bancos fundados en las colonias y sus sucursales. Los imperialistas alemanes miran con envidia a los «viejos» países coloniales, que en este aspecto disfrutan de condiciones particularmente «ventajosas». En 1904, Gran Bretaña tenía 50 bancos coloniales con 2.279 sucursales (en 1910 eran 72 bancos con 5.449 sucursales), Francia tenía 20 con 136 sucursales y Holanda poseía 16 con 68; mientras, Alemania «sólo» tenía 13 bancos con 70 sucursales. A su vez, los capitalistas estadounidenses envidian a los británicos y alemanes: «En Sudamérica —se quejaban en 1915— cinco bancos alemanes tienen 40 sucursales y cinco británicos, 70 […] en los últimos veinticinco años, Gran Bretaña y Alemania han invertido en Argentina, Brasil y Uruguay 4.000 millones de dólares aproximadamente, y como resultado disfrutan del 46% del comercio total de esos tres países»[6].

Los países exportadores de capital se han repartido el mundo entre ellos en sentido figurado. Pero el capital financiero ha llevado a cabo el reparto *real* del mundo.

V

El reparto del mundo entre las asociaciones de capitalistas

Las asociaciones monopolistas de capitalistas (cárteles, consorcios, trusts) se reparten entre ellas, en primer lugar, el mercado doméstico, haciéndose de forma más o menos total con la producción del país. Pero, bajo el capitalismo, el mercado interior está ligado inevitablemente al exterior. Ya hace tiempo que el capitalismo creó un mercado mundial. Y a medida que se acrecentaba la exportación de capitales y que se expandían las «esferas de influencia» y las conexiones con el extranjero y las colonias de las grandes asociaciones monopolistas, el rumbo «natural» de las cosas ha conducido al acuerdo internacional entre estas asociaciones y a la formación de cárteles internacionales.

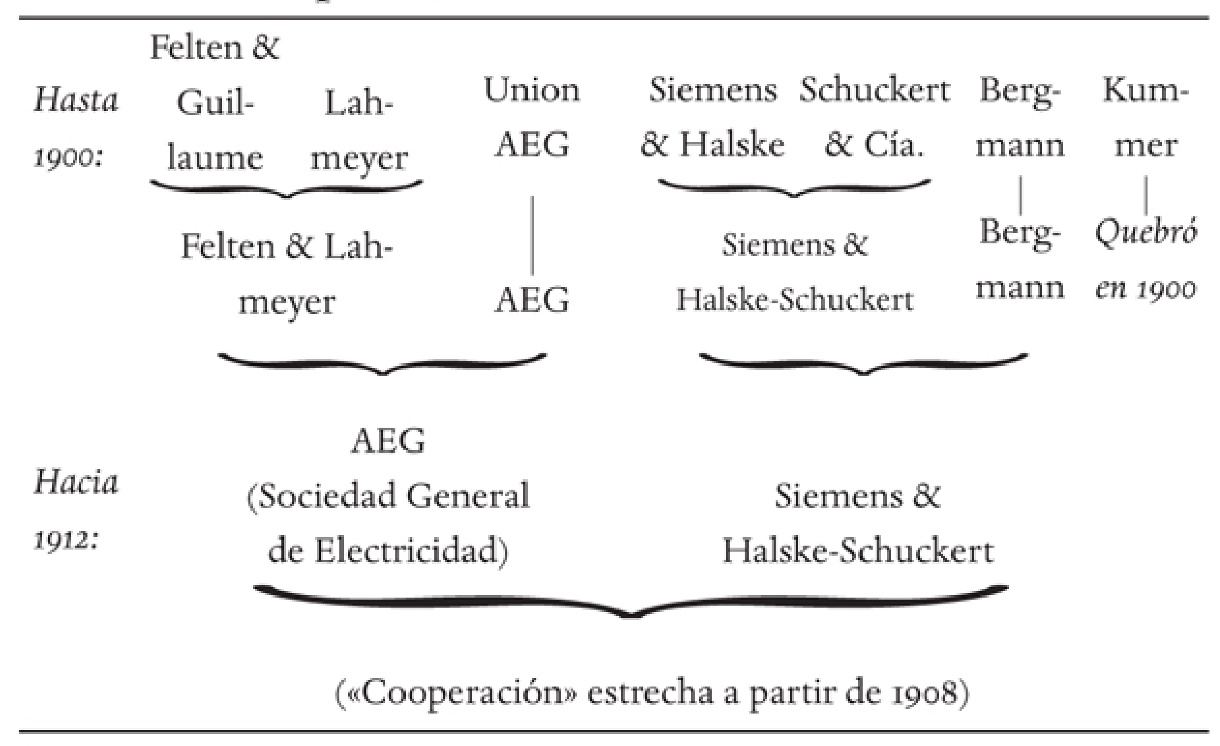
Es una nueva fase de la concentración mundial del capital y de la producción, incomparablemente superior a las anteriores. Veamos cómo se desarrolla este supermonopolio.

La industria eléctrica es muy paradigmática, desde el punto de vista de los últimos avances técnicos, del capitalismo de *finales* del siglo XIX y principios del XX. Su mayor desarrollo lo ha alcanzado en los dos países capitalistas nuevos más avanzados, Estados Unidos y Alemania. En Alemania, la crisis de 1900 impulsó particularmente su concentración. Durante esa crisis, los bancos, por aquel entonces ya bastante ligados a la industria, aceleraron e intensificaron enormemente la ruina de las firmas relativamente pequeñas y su absorción por las grandes.

> Los bancos —dice Jeidels— negaron el apoyo precisamente a las empresas que más lo necesitaban, provocando con ello, en un principio, un boom frenético y, después, la quiebra irreparable de las firmas que no estaban suficientemente ligadas con ellos.

Como resultado, después de 1900 la concentración avanzó en Alemania con botas de siete leguas. Hasta 1900 había siete u ocho «grupos» en la

industria eléctrica, cada uno de los cuales estaba formado por varias sociedades (en total eran 28) y contaba con el respaldo de entre dos y once bancos. Entre 1908 y 1912, todos esos grupos se fundieron en uno o dos. Así fue el proceso de fusiones:



La famosa AEG (Sociedad General de Electricidad), que creció de este modo, controla entre 175 y 200 sociedades (a través del sistema de «participación») y un capital total de cerca de *1.500 millones* de marcos. Sólo en el extranjero cuenta con 34 delegaciones directas, de las cuales 12 son sociedades anónimas, establecidas en más de diez países. En 1904, los capitales invertidos por la industria eléctrica alemana en el extranjero ya se estimaban en 233 millones de marcos, de los cuales 62 millones en Rusia. Sobra decir que la AEG es una gigantesca empresa «combinada» —tiene al menos 16 sociedades fabriles— que produce los más diversos artículos, desde cables y aisladores hasta automóviles y artefactos voladores.

Pero la concentración en Europa fue también parte del proceso de concentración en Estados Unidos, que se desarrolló como sigue:

	Compañía General de Electricidad (General Electric Company)	
Estados Unidos:	Thomson-Houston Company funda una casa para Europa	Edison Co. funda para Europa la Compañía Francesa Edison, que cede las patentes a una firma alemana.
Alemania:	Unión Compañía de Electricidad	Sociedad General de Electricidad (AEG)
	Sociedad General de Electricidad (AEG)	

Así, se formaron *dos* «potencias eléctricas». «En el mundo es imposible hallar una sola sociedad eléctrica que sea *completamente* independiente de ellas», dice Heinig en su artículo «Los caminos del trust de la electricidad». Las cifras siguientes dan una idea, aunque bastante incompleta, de las proporciones del volumen de negocio y el tamaño de las empresas de ambos «trusts»:

	Año	Facturación *(en millones de marcos)*	Número de empleados	Beneficio neto *(en millones de marcos)*
EE UU: General Electric Company (GEC)	1907	252	28.000	35,4
	1910	298	32.000	45,6
Alemania: Sociedad General de Electricidad (AEG)	1907	216	30.700	14,5
	1911	362	60.800	21,7

Y entonces, en 1907 los trusts estadounidense y alemán llegaron a un acuerdo para repartirse el mundo. La competencia entre ellos cesó. La estadounidense General Electric Company «obtuvo» Estados Unidos y Canadá. La AEG se «quedó» con Alemania, Austria, Rusia, Holanda, Dinamarca, Suiza, Turquía y los Balcanes. Se cerraron acuerdos especiales, por supuesto secretos, sobre penetración de las filiales en nuevas ramas industriales y en «nuevos» países todavía no asignados formalmente. Se acordó el intercambio de inventos y experimentos.

La dificultad de competir con este trust, de alcance prácticamente mundial y con un capital de miles de millones y «sucursales», agencias, representantes, relaciones, etc., en cada rincón del mundo, es bastante obvia. Pero este reparto del mundo entre dos poderosos trusts no excluye *un nuevo reparto* si la correlación de fuerzas se ve alterada por un desarrollo desigual, una guerra, una bancarrota, etc.

Un instructivo ejemplo de intento de nuevo reparto de tal género, de la lucha por ese nuevo reparto lo tenemos en la industria petrolera.

> El mercado mundial del petróleo —escribió Jeidels en 1905— está incluso actualmente repartido entre dos grandes grupos financieros: la Standard Oil Co. de Rockefeller y los dueños de los campos petrolíferos rusos de Bakú, es decir, Rothschild y Nobel. Ambos grupos están íntimamente vinculados, pero su monopolio se ve amenazado desde hace varios años por cinco enemigos:

1) el agotamiento de los yacimientos petrolíferos estadounidenses; 2) la competencia de la firma Mantáshev, de Bakú; 3) los yacimientos austriacos; 4) los yacimientos rumanos, y 5) los yacimientos de petróleo transoceánicos, particularmente en las colonias holandesas (las riquísimas firmas Samuel y Shell, también ligadas al capital británico). Los tres últimos grupos de empresas están relacionados con los grandes bancos alemanes, con el Deutsche Bank a la cabeza. Estos bancos han desarrollado de forma sistemática e independiente la industria petrolera, por ejemplo, en Rumanía, a fin de tener su «propio» punto de apoyo. En 1907 se calculaba que el capital extranjero invertido en la industria petrolera rumana alcanzaba los 185 millones de francos, de los cuales 74 millones eran alemanes.

Se inició una lucha por el «reparto del mundo», como de hecho se le llama en las publicaciones económicas. Por una parte, el trust petrolero de Rockefeller, deseoso de apoderarse de *todo*, fundó una filial en la *misma* Holanda y adquirió yacimientos en las Indias holandesas, tratando de asestar así un golpe a su principal enemigo, el trust anglo-holandés Shell. Por otro lado, el Deutsche Bank y otros bancos berlineses trataban de «conservar» Rumanía y unirla a Rusia contra Rockefeller, quien poseía bastante más capital y una magnífica red de transporte y distribución de combustible. La lucha debía terminar, y terminó en 1907, con la total derrota del Deutsche Bank, que tuvo dos opciones: liquidar sus «intereses petroleros» perdiendo millones o someterse. Eligió la segunda y pactó con la Standard Oil un acuerdo muy poco ventajoso. El Deutsche Bank se comprometió «a no intentar hacer nada que pudiese dañar los intereses estadounidenses», con la salvedad de que el acuerdo perdería su vigencia si Alemania decidiese formar un monopolio petrolero estatal.

Entonces comenzó la «comedia del petróleo». Uno de los reyes financieros de Alemania, Von Gwinner, director del Deutsche Bank, lanzó, por medio de su secretario personal, Stauss, una campaña *en favor* de un monopolio estatal del petróleo. Toda la gigantesca maquinaria del enorme banco berlinés y de todas sus amplias «conexiones» se puso en marcha. La

prensa bullía de indignación «patriótica» contra el «yugo» del trust estadounidense, y el 15 de marzo de 1911 el Reichstag, casi por unanimidad, aprobó una moción pidiéndole al gobierno que preparase un proyecto de ley para establecer un monopolio petrolero. El gobierno acogió esta idea «popular». El Deutsche Bank, deseoso de engañar a su rival estadounidense y de mejorar su negocio gracias al monopolio del Estado, parecía haber ganado la partida. Los reyes alemanes del petróleo se frotaban las manos pensando en los beneficios fabulosos, que no serían inferiores a los de los fabricantes de azúcar rusos […]. Pero, en primer lugar, los grandes bancos alemanes se pelearon entre sí por el reparto del botín, y la Disconto-Gesellschaft puso al descubierto los propósitos codiciosos del Deutsche Bank; en segundo lugar, al gobierno le asustó la perspectiva de un conflicto con Rockefeller, pues era muy dudoso que Alemania pudiese asegurarse el petróleo sin contar con él (el rendimiento de Rumanía era bajo); en tercer lugar, en 1913, casi al mismo tiempo, se votó un crédito de mil millones para los preparativos de guerra de Alemania. El proyecto de monopolio petrolero se pospuso. Por el momento, la Standard Oil de Rockefeller salió victoriosa de la lucha.

Die Bank escribió sobre este tema que Alemania sólo podría luchar con la Standard Oil implantando el monopolio de la electricidad y convirtiendo la fuerza hidráulica en energía eléctrica barata.

> Pero —añadía— el monopolio de la electricidad vendrá cuando lo necesiten los productores, es decir, cuando otro gran *crash* en la industria eléctrica sea inminente y cuando ya no sean rentables las gigantescas y costosas centrales eléctricas que en todas partes están ahora construyendo los «consorcios» privados de la industria eléctrica, y para las cuales dichos «consorcios» obtienen licencias de los ayuntamientos, de los estados, etc. Entonces será necesario recurrir a la fuerza hidráulica; pero será imposible convertirla en electricidad barata por cuenta del Estado, y también habrá que entregarla a un «monopolio privado sometido al control del Estado», pues la industria privada ha concertado ya bastantes contratos y ha estipulado grandes indemnizaciones […]. Así pasó con el monopolio de la potasa, así pasa con el monopolio del petróleo, así pasará con el monopolio de la electricidad. Es hora ya de que nuestros socialistas de Estado, que se dejan cegar por bellos principios, comprendan, por fin, que en Alemania los monopolios jamás han perseguido el objetivo de beneficiar al consumidor, al que nunca beneficiaron, ni siquiera el de entregar al Estado una parte de los beneficios, sino que solamente han servido para sanear a costa del Estado la industria privada que estaba al borde de la quiebra.

Tales son las valiosas afirmaciones que se ven obligados a hacer los economistas burgueses alemanes. Aquí vemos claramente cómo los

monopolios públicos y los privados se entretejen formando un todo en la época del capital financiero, cómo tanto los unos como los otros no son en realidad sino distintos eslabones de la lucha imperialista entre los grandes monopolistas para repartirse el mundo.

En la marina mercante, el tremendo proceso de concentración ha conducido también al reparto del mundo. En Alemania se han destacado dos grandes compañías: la Hamburg-Amerika y la Lloyd de la Alemania del Norte, cada una con un capital de 200 millones de marcos (en acciones y obligaciones) y poseyendo barcos valorados entre 185 y 189 millones. Por otra parte, el 1 de enero de 1903 se fundó en Estados Unidos la Compañía Internacional de Comercio Marítimo, el llamado trust Morgan, que agrupa a nueve navieras estadounidenses e inglesas y que dispone de un capital de 120 millones de dólares (480 millones de marcos). Ya en 1903, los colosos alemanes y ese trust anglo-estadounidense firmaron un contrato para repartirse el mundo, con el consiguiente reparto de los beneficios. Las compañías alemanas renunciaron a competir en el tráfico marítimo entre Gran Bretaña y Norteamérica. Se fijaron taxativamente los puertos «reservados» a cada uno, se estableció un comité de control conjunto, etc. La duración del contrato era de veinte años, con la prudente reserva de que quedaría anulado en caso de guerra.

Es también extremadamente instructiva la historia de la formación del cártel internacional del raíl. La primera vez que las fábricas de raíles británicas, belgas y alemanas intentaron constituir dicho cártel fue en 1884, durante una severa depresión industrial. Los firmantes del pacto se pusieron de acuerdo para no competir en los mercados interiores de sus respectivos países y para distribuirse los mercados exteriores como sigue: Gran Bretaña el 66%, Alemania el 27% y Bélgica el 7%. Gran Bretaña se reservó toda la India. Le hicieron la guerra en común a una compañía británica que se había quedado al margen del acuerdo, cuyo coste fue sufragado con un porcentaje de las ventas totales. Pero el cártel se desmoronó en 1886 al retirarse dos firmas británicas. Es significativo que no fuese posible volver a conseguir un acuerdo en los periodos de crecimiento posteriores.

A principios de 1904 se fundó en Alemania el consorcio del acero. En noviembre del mismo año volvió a formarse el cártel internacional del raíl, con los siguientes cupos: Gran Bretaña el 53,5%, Alemania el 28,83% y Bélgica el 17,67%. Más tarde se incorporó Francia con el 4,8%, 5,8% y

6,4% en el primero, segundo y tercer año respectivamente, sobre el 100%, es decir, calculando sobre un total del 104,8%, y así sucesivamente. En 1905 entró la estadounidense Steel Corporation; después se sumaron Austria y España.

> En el momento actual —decía Vogelstein en 1910—, el reparto del mundo está concluido y los grandes consumidores, en primer lugar los ferrocarriles del Estado, pueden vivir —dado que el mundo está ya repartido sin tener en cuenta sus intereses—, como el poeta, en los cielos de Júpiter.

Recordemos también el consorcio internacional del zinc, fundado en 1909, que hizo una distribución exacta del volumen de la producción entre cinco grupos de fábricas: alemanas, belgas, francesas, españolas y británicas; después, el trust internacional de la pólvora, esa «estrecha alianza, completamente moderna —en palabras de Liefmann—, de todas las fábricas alemanas de explosivos, que más tarde, unidas a las fábricas de dinamita francesas y estadounidenses, organizadas de un modo análogo, se han repartido, por así decirlo, el mundo entero».

Según Liefmann, en 1897 había cerca de 40 cárteles internacionales con participación alemana; en 1910 ya eran casi cien.

Algunos escritores burgueses (a quienes ahora se les ha unido Kautsky, que ha traicionado completamente su postura marxista de, por ejemplo, 1909) han expresado la opinión de que los cárteles internacionales, siendo como son una de las expresiones más destacables de la internacionalización del capital, permiten abrigar la esperanza de una paz entre los pueblos bajo el capitalismo. Desde un punto de vista teórico, esta opinión es totalmente absurda, y desde un punto de vista práctico es sofista, un medio de defensa poco honesto del oportunismo de la peor calaña. Los cárteles internacionales muestran hasta qué punto se han desarrollado los monopolios capitalistas y *cuál es el objetivo* de la lucha entre las distintas asociaciones capitalistas. Esta última circunstancia es la más importante, ella sola nos muestra el sentido histórico-económico de lo que está ocurriendo, pues las *formas* de la lucha pueden cambiar y cambian constantemente dependiendo de diferentes causas relativamente específicas y pasajeras, pero el *fondo* de la lucha, su *contenido* de clase, *no puede* cambiar mientras existan las clases. Se comprende que los intereses de, por ejemplo, la burguesía alemana, a cuyo bando se ha pasado Kautsky en sus

razonamientos teóricos (como veremos más adelante), dicten la conveniencia de ocultar la *esencia* de la lucha económica presente (el reparto del mundo), de subrayar tal o cual *forma* de dicha lucha. Kautsky comete el mismo error. Y, por supuesto, no se trata sólo de la burguesía alemana, sino de la burguesía mundial. Los capitalistas no se reparten el mundo por su particular maldad, sino porque el grado de concentración alcanzado les obliga a seguir por ese camino para obtener beneficios; y se lo reparten «proporcionalmente al capital», «proporcionalmente a la fuerza», porque otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y del capitalismo. Pero la fuerza varía de acuerdo al grado de desarrollo económico y político. Para comprender lo que está ocurriendo es necesario saber qué cuestiones se resuelven con los cambios de fuerzas. Pero saber si dichos cambios son «puramente» económicos o no económicos (por ejemplo, militares) es algo secundario que no puede hacer variar en nada la concepción fundamental de la época actual del capitalismo. Sustituir el *fondo* de la lucha y de los acuerdos entre las asociaciones capitalistas por la *forma* de esa lucha y de esos acuerdos (hoy pacífica, mañana belicosa, pasado mañana otra vez belicosa) significa rebajarse al nivel de un sofista.

La época de la fase superior del capitalismo nos muestra que entre los grupos capitalistas se están estableciendo determinadas relaciones *basadas* en el reparto económico del mundo; al mismo tiempo, y en conexión con esto, están creciendo determinadas relaciones entre los grupos políticos, entre los Estados, sobre la base del reparto territorial del mundo, de la lucha por las colonias, de la «lucha por las esferas de influencia».

VI

El reparto del mundo entre las grandes potencias

El geógrafo A. Supan, en su libro *La expansión territorial de las colonias europeas*, nos ofrece el siguiente resumen de dicha expansión a finales del siglo XIX:

Porcentaje de territorio perteneciente a las potencias coloniales europeas y a Estados Unidos

	1876	1900	Aumento
África	10,8	90,4	79,6
Polinesia	56,8	98,9	42,1
Asia	51,5	56,6	5,1
Australia	100	100	—
América	27,5	27,2	-0,3

«El rasgo característico de este periodo —concluye el autor— es, por tanto, el reparto de África y Polinesia».

Dado que ni en Asia ni en América hay tierras no ocupadas, o sea, que no pertenezcan a ningún Estado, hay que ampliar la conclusión de Supan y decir que el rasgo característico del periodo que nos ocupa es el reparto definitivo del planeta, definitivo no en el sentido de que sea imposible *repartirlo de nuevo* —al contrario, nuevos repartos son posibles e inevitables—, sino en el sentido de que la política colonial de los países capitalistas *ha completado* la conquista de todas las tierras no ocupadas de nuestro planeta. Por primera vez, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que en el futuro *solamente* caben nuevos repartos, es decir, el cambio de «propietario» de un territorio, y no el paso de un territorio sin dueño a un «propietario».

Por tanto, vivimos en una época peculiar de la política colonial mundial, la cual está más estrechamente vinculada con la «fase contemporánea del desarrollo del capitalismo», con el capital financiero. Por eso es necesario examinar cuidadosamente los datos para formarnos una idea lo más precisa posible de qué distingue esta época de las precedentes, así como de la situación actual. En primer lugar surgen dos cuestiones concretas: ¿Se

observa una intensificación de la política colonial, una exacerbación de la lucha por las colonias, precisamente en la época del capital financiero? ¿Cómo está repartido el mundo actualmente desde este punto de vista?

En su libro sobre la historia de la colonización, el escritor estadounidense Morris intenta reunir los datos sobre la extensión de las posesiones coloniales de Gran Bretaña, Francia y Alemania en los distintos periodos del siglo XIX. Éstos son, expuestos brevemente, los resultados por él obtenidos:

Posesiones coloniales
(en millones de kilómetros cuadrados y millones de habitantes)

	Gran Bretaña		Francia		Alemania	
Años	Área	Pobl.	Área	Pobl.	Área	Pobl.
1815-1830	?	126,4	0,052	0,5	—	—
1860	6,475	145,1	0,518	3,4	—	—
1880	19,942	267,9	1,813	7,5	—	—
1899	24,087	309,0	9,583	56,4	2,59	14,7

En el caso de Gran Bretaña, el periodo de gran expansión de sus conquistas coloniales va de 1860 a 1880, y también es muy considerable en los últimos veinte años del siglo XIX. Para Francia y Alemania, son precisamente estos veinte años. Hemos visto más arriba que el periodo de desarrollo del capitalismo premonopolista —el capitalismo donde predominaba la libre competencia— llegó a su límite en las décadas de 1860 y 1870. Ahora vemos que es *justamente después de este periodo* cuando comienza el enorme «auge» de las conquistas coloniales, cuando la lucha por el reparto territorial del mundo se convierte en muy aguda. Por tanto, no cabe duda de que la entrada del capitalismo en su fase monopolista, de capital financiero, *está relacionada* con la intensificación de la lucha por el reparto del mundo.

En su obra sobre el imperialismo, Hobson destaca los años entre 1884 y 1900 como un periodo de intensa «expansión» de los principales Estados europeos. Según sus cálculos, durante esos años Gran Bretaña se hizo con

9.583.000 kilómetros cuadrados de territorio con una población de 57 millones de habitantes; Francia, con 9.324.000 kilómetros cuadrados con 36,5 millones de habitantes; Alemania, con 2.590.000 kilómetros cuadrados con 14,7 millones de habitantes; Bélgica, 2.331.000 kilómetros cuadrados con 30 millones de habitantes; Portugal, 2.072.000 kilómetros cuadrados con 9 millones de habitantes. La carrera por las colonias a finales del siglo XIX, particularmente desde la década de los 80, por parte de todos los Estados capitalistas es un hecho sobradamente conocido de la historia de la diplomacia y la política exterior.

En la época más floreciente de la libre competencia en Gran Bretaña, entre 1840 y 1860, los dirigentes políticos burgueses británicos se *oponían* a la política colonial y opinaban que la emancipación de las colonias, su completa separación de Gran Bretaña, era inevitable y deseable. En el artículo de 1898 sobre el imperialismo inglés contemporáneo, M. Beer indica que, en 1852, un estadista británico como Disraeli, tan inclinado en general al imperialismo, decía que «las colonias son ruedas de molino atadas a nuestro cuello». Pero ¡a finales del siglo XIX los héroes del día en Gran Bretaña eran Cecil Rhodes y Joseph Chamberlain, que predicaban abiertamente el imperialismo y aplicaban una política imperialista con el mayor cinismo!

No carece de interés señalar que, incluso entonces, esos dirigentes políticos burgueses británicos veían clara la conexión entre las raíces puramente económicas, por decirlo así, del imperialismo moderno y sus raíces sociopolíticas. Chamberlain propugnaba el imperialismo como una «política justa, prudente y económica», señalando sobre todo la competencia con que tropezaba Gran Bretaña en el mercado mundial por parte de Alemania, Estados Unidos y Bélgica. La salvación está en el monopolio, decían los capitalistas al fundar cárteles, consorcios y trusts. La salvación está en el monopolio, repetían los dirigentes políticos de la burguesía, apurándose a apropiarse de las partes del mundo todavía no repartidas. El periodista Stead, íntimo amigo de Cecil Rhodes, cuenta que éste le dijo en 1895, a propósito de sus ideas imperialistas:

> Ayer estuve en el East End londinense [un barrio de clase obrera] y acudí a una asamblea de parados. Escuché discursos desaforados cuya nota dominante era «¡pan!, ¡pan!» y, pensando sobre ello al volver a casa, me convencí más que nunca de la importancia del imperialismo (…) La idea

> que acaricio es la solución al problema social: para salvar a los 40 millones de habitantes del Reino Unido de una mortífera guerra civil, nosotros, los políticos colonialistas, debemos apoderarnos de nuevos territorios en los que asentar el exceso de población y que constituyan nuevos mercados para los productos de nuestras fábricas y minas. El imperio, como siempre he dicho, es una cuestión de pan. Si quieres evitar la guerra civil, debes convertirte en imperialista.

Así hablaba en 1895 Cecil Rhodes, millonario, rey de las finanzas y principal responsable de la guerra anglo-bóer. Su defensa del imperialismo es ruda y cínica, pero, en el fondo, no difiere de la «teoría» defendida por los señores Máslov, Südekum, Potrésov, David, por el fundador del marxismo ruso, etc., etc. Cecil Rhodes era un socialchovinista algo más honesto…

Para dar un panorama lo más exacto posible del reparto territorial del globo y de los cambios habidos en este aspecto durante las últimas décadas, utilizaremos los datos aportados por Supan, en la obra mencionada, sobre las posesiones coloniales de todas las potencias mundiales. Este autor compara los años 1876 y 1900; nosotros tomaremos los años 1876 —muy adecuado, dado que puede considerarse que en torno a esa fecha se completa el desarrollo de la fase premonopolista del capitalismo en Europa Occidental— y 1914, sustituyendo los datos de Supan por los más recientes de las *Tablas geográfico-estadísticas* de Hübner. Supan da sólo datos de las colonias; nosotros creemos útil, para presentar un panorama completo del reparto del mundo, añadir unos breves datos de países no coloniales y de semicolonias, entre las cuales incluimos a Persia, China y Turquía: el primero de estos países ya es casi del todo una colonia; el segundo y el tercero están convirtiéndose en tales.

El resultado es el siguiente:

Posesiones coloniales de las grandes potencias
(en millones de kilómetros cuadrados y millones de habitantes)

	Colonias				Metrópolis		Total	
	1876		1914		1914		1914	
	Área	Pob.	Área	Pob.	Área	Pob.	Área	Pob.
Gran Bretaña	22,5	251,9	33,5	393,5	0,3	46,5	33,8	440,0
Rusia	17,0	15,9	17,4	33,2	5,4	136,2	22,8	169,4
Francia	0,9	6,0	10,6	55,5	0,5	39,6	11,1	95,1
Alemania	—	—	2,9	12,3	0,5	64,9	3,4	77,2
Estados Unidos	—	—	0,3	9,7	9,4	97,0	9,7	106,7
Japón	—	—	0,3	19,2	0,4	53,0	0,7	72,2
Total	40,4	273,8	65,0	523,4	16,5	437,2	81,5	960,6
Colonias de las demás potencias (Bélgica, Holanda, etc.)							9,9	45,3
Semicolonias (Persia, China, Turquía)							14,5	361,2
Países restantes							28,0	289,9
Todo el planeta							133,9	1.657,0

Se ve claramente cómo a caballo entre los siglos XIX y XX el reparto del mundo era «completo». Después de 1876, las posesiones coloniales se

expandieron enormemente, más del 50%, de 40 a 65 millones de kilómetros cuadrados, para las seis potencias más grandes; la expansión territorial alcanzó los 25 millones de kilómetros cuadrados, un 50% más que la superficie de las metrópolis (16,5 millones). En 1876, tres de esas potencias no poseían colonias y la cuarta, Francia, casi no las tenía. En 1914, esas cuatro potencias se habían hecho con una superficie de 14,1 millones de kilómetros cuadrados, es decir, aproximadamente un 50% más que la superficie de Europa, y una población de casi 100 millones de habitantes. La desigualdad en la expansión colonial es muy grande. Por ejemplo, comparando Francia, Alemania y Japón, que no difieren mucho en superficie y número de habitantes, resulta que Francia se ha hecho con casi tres veces más superficie que los otros dos países juntos. Pero, considerando el capital financiero, a principios del periodo tomado Francia quizás era también varias veces más rica que Alemania y Japón juntos. Pero las dimensiones de las posesiones coloniales no dependen sólo de las condiciones puramente económicas, también influyen las geográficas y otras. Por vigoroso que pueda haber sido durante las últimas décadas el proceso de nivelación del mundo —la igualación de las condiciones económicas y de vida de los distintos países como resultado de la presión de la gran industria, el intercambio y el capital financiero— todavía persisten notables diferencias; y entre los seis países mencionados encontramos, por una parte, países capitalistas jóvenes (Estados Unidos, Alemania y Japón) que han progresado con una rapidez extraordinaria; por otra parte, países capitalistas viejos (Francia e Gran Bretaña), cuyo progreso en los últimos años fue mucho más lento que el de los tres anteriores y, en tercer lugar, el país más atrasado desde el punto de vista económico (Rusia), donde el imperialismo capitalista moderno está enmarañado, por así decirlo, en una red particularmente densa de relaciones precapitalistas.

Junto a las posesiones coloniales de las grandes potencias hemos colocado las colonias menos importantes de los Estados pequeños, que son, por así decirlo, el siguiente objetivo de un posible y probable «nuevo reparto» colonial. La mayoría de esos Estados pequeños retienen sus colonias solamente porque las grandes potencias están divididas entre sí por intereses contrapuestos, fricciones, etc., que les impiden llegar a un acuerdo para repartirse el botín. En cuanto a los Estados «semicoloniales», nos proporcionan un ejemplo de las formas transitorias que nos encontramos en

todas las esferas de la naturaleza y la sociedad. El capital financiero es una fuerza tan considerable, puede decirse tan decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de someter, y realmente somete, incluso a los Estados que disfrutan de la más completa independencia política, como pronto veremos. Por supuesto, el capital financiero encuentra mucho más «conveniente» y ventajosa una *forma* de dominación que implique la pérdida de la independencia política de los países y los pueblos sometidos. A este respecto, los países semicoloniales son un buen ejemplo de «fase intermedia». Es natural, por tanto, que la lucha por esos países semidependientes haya llegado a ser particularmente cruda en la época del capital financiero, cuando el resto del mundo ya está repartido.

La política colonial y el imperialismo ya existían antes de la fase contemporánea del capitalismo e incluso antes del capitalismo. Roma, basada en la esclavitud, mantuvo una política colonial y practicó el imperialismo. Pero los análisis «generales» sobre el imperialismo que olvidan o ponen en segundo plano la diferencia esencial entre las formaciones socioeconómicas se convierten inevitablemente en trivialidades huecas o en fanfarronerías, como la de comparar «la gran Roma con la Gran Bretaña». Incluso la política colonial capitalista de las fases *previas* del capitalismo es esencialmente diferente de la política colonial del capital financiero.

El principal rasgo de la fase contemporánea del capitalismo es el dominio de las asociaciones monopolistas de los grandes empresarios. Estos monopolios adquieren la máxima robustez cuando se apoderan de *todas* las fuentes de materias primas, y ya hemos visto el celo que ponen las asociaciones internacionales de capitalistas para privar a sus rivales de cualquier posibilidad de competir, por ejemplo comprando las tierras que contienen mineral de hierro, los yacimientos petrolíferos, etc. La posesión de colonias es lo único que le garantiza el éxito completo al monopolio en su pugna con los competidores, incluso en el caso de que éste quiera protegerse mediante una ley que establezca un monopolio del Estado. Cuanto más desarrollado está el capitalismo, cuanto más se hace sentir la escasez de materias primas, cuanto más cruda es la competencia y la búsqueda de fuentes de materias primas en todo el mundo, más encarnizada es la lucha por la posesión de colonias.

> Hasta se podría decir —escribe Schilder—, aunque a algunos les pueda resultar paradójico, que el crecimiento de la población urbana e industrial en un futuro más o menos próximo puede verse más dificultado por la falta de materias primas para la industria que por la falta de alimentos.

Por ejemplo, hay una creciente escasez de madera, cuyo precio sube cada vez más, de cuero y de materias primas para la industria textil.

> Las asociaciones de industriales hacen esfuerzos para crear un equilibrio entre la agricultura y la industria en toda la economía mundial; como ejemplo podríamos citar la unión internacional de asociaciones de fabricantes de hilados de algodón en varios de los países industriales más importantes, fundada en 1904, y la asociación europea de fabricantes de hilados de lino, formada en 1910 a imagen de la anterior.

Por supuesto, los reformistas burgueses, y entre ellos los actuales kautskianos particularmente, tratan de minimizar la importancia de esa clase de hechos arguyendo que las materias primas «podrían» obtenerse en el mercado libre sin necesidad de una política colonial «costosa y peligrosa», que la oferta de materias primas «podría» incrementarse enormemente con la «simple» mejora de la agricultura en general. Pero tales argumentos se convierten en una apología del imperialismo, un intento de pintarlo de color de rosa, porque se olvidan del rasgo fundamental del capitalismo contemporáneo: los monopolios. El libre mercado es cada vez más algo del pasado; los consorcios y trusts monopolistas lo restringen día a día, y la «simple» mejora de las condiciones de la agricultura se traduce en la mejora de la situación de las masas, la subida de los salarios y la disminución de los beneficios. ¿Dónde, excepto en la imaginación de los reformistas sentimentales, hay trusts cuya preocupación sea la situación de las masas, en vez de la conquista de colonias?

El capital financiero no sólo está interesado en las fuentes de materias primas ya descubiertas, sino también en las potenciales, pues el avance técnico es hoy extremadamente rápido y las tierras hoy inservibles pueden mañana convertirse en útiles si se descubren nuevos métodos (a cuyo fin un gran banco puede equipar una expedición especial de ingenieros, técnicos agrónomos, etc.) y si se invierten importantes cantidades de capital. Lo mismo puede decirse de la prospección de yacimientos minerales, los nuevos métodos de procesamiento, elaboración y utilización de materias primas, etc., etc. De ahí la tendencia inevitable del capital financiero a extender su territorio económico, e incluso su territorio en un sentido

general. De igual forma que los trusts capitalizan sus activos duplicando o triplicando su valor estimado, al tener en cuenta los beneficios «potenciales» futuros (y no los beneficios presentes) y los ulteriores resultados del monopolio, el capital financiero, pensando en las fuentes potenciales de materias primas y temeroso de quedarse rezagado en la fiera lucha por las últimas tierras no repartidas o por conseguir un nuevo reparto de las ya repartidas, se esfuerza generalmente en apoderarse de las mayores extensiones posibles de toda clase de tierras, estén donde estén y sirviéndose de cualquier medio.

Los capitalistas británicos se afanan en desarrollar el cultivo del algodón en *su* colonia, Egipto (en 1904, de los 2.300.000 hectáreas de tierra cultivada, 600.000, más de la cuarta parte, se dedicaban ya al algodón); los rusos hacen lo mismo en la *suya,* el Turquestán. Así están en mejor posición para derrotar a sus competidores foráneos, monopolizar las fuentes de materias primas y formar un trust textil más económico y rentable que «combine» y concentre en las manos de un solo grupo de propietarios *todos* los procesos de la producción y el procesamiento del algodón.

Los intereses de la exportación de capitales también impulsan a la conquista de colonias, pues en el mercado colonial es más fácil (y a veces sólo es posible en él) recurrir a métodos monopolistas, para eliminar competidores, asegurarse suministros, salvaguardar las necesarias «relaciones», etc.

La superestructura extraeconómica que surge sobre la base del capital financiero, la política e ideología de éste, estimula la tendencia a las conquistas coloniales. «El capital financiero no quiere la libertad, sino la dominación», dice con mucha razón Hilferding. Y un escritor burgués de Francia, desarrollando y completando las ideas de Cecil Rhodes citadas más arriba, afirma que a las causas de orden económico de la política colonial moderna hay que añadirles las causas de orden social:

> Debido a las crecientes complicaciones de la vida, que no sólo afectan a las masas obreras, sino también a las clases medias, en todos los países de vieja civilización se están acumulando impaciencias, irritaciones y odios que amenazan la paz pública; las energías que amenazan con desbordar su cauce de clase deben ser empleadas fuera del país, para evitar una explosión interior.

Desde el momento en que se habla de la política colonial en la época del imperialismo capitalista, es necesario señalar que el capital financiero y la

política internacional que conforma, que se reduce a la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, dan lugar a diversas formas *transitorias* de dependencia estatal. Esta época no sólo se caracteriza por la existencia de dos grandes grupos de países (los colonizadores y los colonizados), sino también por las formas variadas de países dependientes que, aunque gozan formalmente de independencia política, en la práctica están atrapados en las redes de la dependencia financiera y diplomática. Ya nos hemos referido antes a una de estas formas, la semicolonia. Un ejemplo de otra es Argentina.

«América del Sur, sobre todo Argentina —dice Schulze-Gaevernitz en su obra sobre el imperialismo británico—, es tan dependiente financieramente de Londres que casi debe ser considerada como una colonia comercial inglesa». Basándose en los informes de 1909 del cónsul austrohúngaro en Buenos Aires, Schilder calcula que el capital británico invertido en Argentina ascendía a 8.750 millones de francos. No es difícil imaginar los sólidos lazos que esto asegura entre el capital financiero británico —y su fiel «amigo», la diplomacia— y la burguesía argentina, los círculos dominantes de toda su vida económica y política.

Una forma un poco distinta de dependencia financiera y diplomática, acompañada de independencia política, la tenemos en Portugal. Aunque un Estado independiente, soberano, Portugal en realidad lleva más de doscientos años, desde la guerra de Sucesión española (1700-1714), bajo protectorado británico. Gran Bretaña lo defendió, y defendió las posesiones coloniales portuguesas, para reforzar sus propias posiciones en la pugna con sus rivales: España y Francia. A cambio, Gran Bretaña obtuvo ventajas comerciales y mejores condiciones para la exportación de mercancías, sobre todo para la exportación de capitales a Portugal y sus colonias, pudo utilizar los puertos y las islas de Portugal, sus cables telegráficos, etc. Relaciones de esta clase entre grandes y pequeños Estados han existido siempre, pero en la época del imperialismo capitalista se convierten en un sistema general, forman parte, como un elemento más, del conjunto de relaciones que rigen el «reparto del mundo», se convierten en eslabones de la cadena de operaciones del capital financiero mundial.

Para terminar con lo relativo al reparto del mundo, debemos señalar una observación más. No sólo las publicaciones estadounidenses, tras la guerra hispano-americana, y las inglesas, tras la guerra anglo-bóer, plantearon de

manera muy clara y definida el tema de la división del mundo a finales del siglo XIX y principios del XX; no sólo las publicaciones alemanas, que han vigilado con el «mayor celo» el desarrollo del «imperialismo británico», han evaluado sistemáticamente este hecho. También las publicaciones burguesas de Francia han planteado la cuestión de un modo suficientemente claro y amplio, en la medida que esto es posible desde el punto de vista burgués. Ahí tenemos al historiador Driault, autor de *Problemas políticos y sociales de finales del siglo XIX*, quien dice lo siguiente en el capítulo sobre las grandes potencias y el reparto del mundo:

> En estos últimos años, todos los territorios libres del globo, a excepción de China, han sido ocupados por las potencias europeas o por Estados Unidos. Esto ya ha provocado varios conflictos y desplazamientos de áreas de influencia, precursores de trastornos más terribles en un futuro próximo. Porque hay que apresurarse: las naciones que no se han provisto corren el riesgo de no estarlo nunca y de no tomar parte en la explotación gigantesca del globo, que será uno de los rasgos más esenciales del próximo siglo [o sea, del siglo XX]. Por esto, toda Europa y Estados Unidos han sido afligidos recientemente por la fiebre de la expansión colonial, del «imperialismo», que es el rasgo más notable de finales del siglo XIX.

Y el autor añade:

> En este reparto del mundo, en esta furiosa carrera en pos de los tesoros y los grandes mercados del planeta, la fuerza relativa de los imperios creados en este siglo XIX no guarda proporción alguna con el puesto que ocupan en Europa las naciones que los han levantado. Las potencias dominantes en Europa, los árbitros de sus destinos, *no* predominan igualmente en el mundo. Y como el poder colonial, esperanza de controlar riquezas aún no calculadas, evidentemente repercutirá en la importancia relativa de los Estados europeos, la cuestión colonial —el «imperialismo», si se quiere —, que ya ha modificado las condiciones políticas de la propia Europa, las seguirá modificando más y más.

VII

El imperialismo, fase particular del capitalismo

Intentaremos ahora hacer un balance, resumir lo dicho más arriba sobre el imperialismo. El imperialismo surgió como desarrollo y continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo solamente se convirtió en imperialismo capitalista cuando su desarrollo alcanzó un grado muy alto, cuando algunos de los rasgos fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su contrario, cuando tomaron forma y se revelaron las características de la época de transición del capitalismo a un sistema económico y social más elevado. Desde una perspectiva económica, lo esencial de este proceso es la sustitución de la libre competencia capitalista por el monopolio capitalista. La libre competencia es el rasgo fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es exactamente lo opuesto a la libre competencia, pero vemos cómo ésta va transformándose ante nuestros ojos en monopolio, creando la gran producción y desplazando a la pequeña, reemplazando la gran producción por otra todavía mayor y concentrando la producción y el capital hasta tal punto, que de su seno ha surgido y surge el monopolio: los cárteles, los consorcios, los trusts y, fusionándose con ellos, el capital de alrededor de una docena de bancos que manejan miles de millones. Y al mismo tiempo, los monopolios, que surgen de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima y al lado de ella, engendrando así contradicciones, fricciones y conflictos agudos e intensos. El monopolio es la transición del capitalismo a un sistema superior.

Si fuese necesario definir el imperialismo lo más brevemente posible, deberíamos decir que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo. Tal definición incluiría lo más importante, pues, por un lado, el capital financiero es el capital bancario de unos pocos grandes bancos

monopolistas fundido con el capital de las asociaciones industriales monopolistas y, por otro, el reparto del mundo es la transición de una política colonial que se extiende sin obstáculos a territorios que ninguna potencia capitalista se apropió todavía, a una política colonial de posesión monopolista de un planeta ya completamente repartido.

Pero las definiciones excesivamente breves, aunque convenientes dado que recogen lo esencial, son insuficientes si se quieren deducir otros rasgos muy importantes del fenómeno a definir. Por eso, sin olvidar el valor condicional y relativo de las definiciones generales, que jamás pueden abarcar todas las facetas y relaciones de un fenómeno en su desarrollo completo, conviene dar una definición del imperialismo que incluya los siguientes cinco rasgos básicos:

1) la concentración de la producción y del capital ha alcanzado un punto tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, decisivos en la vida económica.

2) la fusión del capital bancario con el industrial y la formación, sobre la base de este «capital financiero», de la oligarquía financiera.

3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia excepcional.

4) la formación de asociaciones capitalistas monopolistas internacionales, que se reparten el mundo.

5) la culminación del reparto territorial del mundo entre las grandes potencias capitalistas.

El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que se ha implantado el dominio de los monopolios y del capital financiero, en que la exportación de capital ha adquirido gran relevancia, en que los trusts internacionales han empezado a repartirse el mundo y en que ha terminado el reparto del planeta entre las grandes potencias capitalistas.

Más adelante veremos cómo el imperialismo se puede y se debe definir de otro modo, si además de tener en cuenta los conceptos puramente económicos, básicos —a los cuales se limita la definición dada—, tenemos también en cuenta el lugar histórico de esta fase del capitalismo con respecto al capitalismo en general o la relación entre el imperialismo y las dos corrientes fundamentales del movimiento obrero. Lo que ahora hay que señalar es que, interpretado en dicho sentido, el imperialismo representa sin duda una fase particular del desarrollo del capitalismo. Para que el lector

pueda formarse una idea del imperialismo lo más fundamentada posible, hemos procurado deliberadamente citar el mayor número posible de opiniones de economistas *burgueses*, que han tenido que admitir hechos particularmente incontrovertibles de la economía capitalista moderna. Con el mismo propósito hemos reproducido datos estadísticos detallados que permiten ver hasta qué grado ha crecido el capital bancario, etc., qué expresión concreta ha tenido la transformación de la cantidad en calidad, la transformación del capitalismo desarrollado en imperialismo. Por supuesto, no hace falta decir que todos los límites, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y cambiables, que sería absurdo discutir, por ejemplo, sobre el año o la década concretos en que el imperialismo quedó «definitivamente» establecido.

Pero sobre la definición del imperialismo nos vemos obligados, sin embargo, a polemizar con K. Kautsky, el principal teórico marxista de la época de la llamada Segunda Internacional, es decir, de los veinticinco años entre 1889 y 1914. Las ideas fundamentales expresadas en nuestra definición del imperialismo fueron vigorosamente atacadas por Kautsky en 1915, e incluso en noviembre de 1914, cuando afirmó que por imperialismo no hay que entender una «fase» o un estado de la economía, sino una política, la política «preferida» por el capital financiero; que no se puede «identificar» el imperialismo con el «capitalismo de nuestros días»; que si por imperialismo se entienden «todos los fenómenos del capitalismo actual» —cárteles, proteccionismo, dominio de los financieros y política colonial —, entonces la cuestión de si el imperialismo es necesario para el capitalismo se convierte en «la tautología más simplista», puesto que entonces «el imperialismo es naturalmente una necesidad vital para el capitalismo», etc. La mejor manera de expresar el pensamiento de Kautsky es citar su definición del imperialismo, diametralmente opuesta a la esencia de las ideas expuestas por nosotros (pues las objeciones de los marxistas alemanes, quienes desde hace años vienen defendiendo ideas semejantes, son ya conocidas desde hace mucho tiempo por Kautsky como objeciones de una corriente determinada del marxismo).

La definición de Kautsky dice así:

> El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter o anexionarse cada vez más regiones

agrarias [el subrayado es de Kautsky], sin tener en cuenta a las naciones que las habitan.

Esta definición no sirve para absolutamente nada porque es unilateral, es decir, destaca arbitrariamente sólo la cuestión nacional (cuya importancia es enorme, tanto en sí misma como en su relación con el imperialismo), conectándola arbitraria y *erróneamente sólo* con el capital industrial de los países que se anexionan otras naciones, colocando en primer término, de la misma forma arbitraria y errónea, la anexión de las regiones agrarias.

El imperialismo es una tendencia a las anexiones: a esto queda reducida la parte *política* de la definición de Kautsky. Es correcta, pero muy incompleta, puesto que políticamente el imperialismo tiende, en general, a la violencia y la reacción. Pero lo que nos interesa aquí es el aspecto *económico* que el *propio* Kautsky introdujo en *su* definición. Las inexactitudes de la definición de Kautsky saltan a la vista. Lo característico del imperialismo *no* es el capital industrial, *sino* el capital financiero. No es casualidad que precisamente el desarrollo particularmente rápido del capital *financiero* en Francia, que coincidió con el debilitamiento del capital industrial, provocara, a partir de la década de los años 80 del siglo pasado, una intensificación extrema de la política anexionista (colonial). El rasgo característico del imperialismo es precisamente su tendencia a la anexión *no sólo* de territorios agrarios, sino incluso de las regiones más industrializadas (apetitos alemanes respecto a Bélgica, apetito francés por Lorena), porque, en primer lugar, dado que el reparto del globo ya está finalizado, un *nuevo reparto* obliga a echarle la mano a *toda clase* de territorios; en segundo lugar, es consustancial al imperialismo la rivalidad entre varias grandes potencias por hacerse con la hegemonía, es decir, para apoderarse de territorios, no tanto directamente para ellas mismas, sino para debilitar al adversario y minar *su* hegemonía (para Alemania, Bélgica tiene una importancia especial como base para sus operaciones contra Gran Bretaña; para Gran Bretaña, la tiene Bagdad para sus operaciones contra Alemania, etc.).

Kautsky se refiere en especial —y repetidamente— a autores ingleses, quienes, dice, le han dado una significación puramente política al término «imperialismo» tal como él lo entiende. En *El imperialismo* de Hobson, publicado en 1902, leemos:

El nuevo imperialismo se diferencia del viejo, primero, en que sustituye la ambición de un solo imperio en expansión por la teoría y la práctica de imperios competidores con idéntica ambición de expansión política y ganancia comercial; segundo, en la prevalencia de los intereses financieros o relacionados con la inversión de capital sobre los comerciales.

Vemos que Kautsky se equivoca al remitirse a los autores ingleses en general (en los únicos en que podría apoyarse sería en los imperialistas ingleses vulgares o en los apologistas declarados del imperialismo). Vemos que Kautsky, que pretende continuar defendiendo el marxismo, en realidad da un paso atrás respecto al *social-liberal* Hobson, quien es *más preciso* que él en lo tocante a dos particularidades «históricas concretas» (¡la definición de Kautsky es una burla a la concreción histórica!) del imperialismo moderno: 1) competencia entre *varios* imperialismos y 2) el dominio del financiero sobre el comerciante. Si la cuestión es principalmente que los países industriales se apoderan de países agrarios, entonces el papel del comerciante es de primer orden.

La definición de Kautsky no es solamente errónea y no marxista; cimienta todo un sistema de concepciones que significan una ruptura en toda regla con la teoría y la práctica marxistas. Lo abordaremos más adelante. El debate que promueve Kautsky —sobre si la fase actual del capitalismo debe ser llamada imperialismo o fase del capital financiero— carece totalmente de sentido. Llamadlo como os plazca, es indiferente. Lo esencial es que Kautsky separa la política del imperialismo de su economía, hablando de las anexiones como la política «preferida» por el capital financiero, a la que opone otra política burguesa presuntamente posible, según él, sobre la misma base del capital financiero. Resulta, entonces, que los monopolios en la economía son compatibles con un comportamiento no monopolista, no violento y no anexionista en la política. Resulta que el reparto territorial del mundo, terminado precisamente en la época del capital financiero y que es la base de lo peculiar de las formas actuales de rivalidad entre los más grandes Estados capitalistas, es compatible con una política no imperialista. El resultado es que, en vez de poner al descubierto en toda su profundidad las más hondas contradicciones de la fase actual del capitalismo, se disimulan y ocultan; el resultado es reformismo burgués en lugar de marxismo.

Kautsky polemiza con Cunow, apologista alemán del imperialismo y las anexiones, quien de un modo burdo y cínico argumenta que el imperialismo es el capitalismo moderno; por tanto, el desarrollo del capitalismo es inevitable y progresista; por tanto, el imperialismo es progresista; por tanto, ¡hay que arrastrarse ante el imperialismo y glorificarlo! Este razonamiento se parece a la caricatura de los marxistas rusos que los populistas hacían por los años 1894-1895: si los marxistas consideran que el capitalismo es inevitable en Rusia y progresista, venían a decir, deben dedicarse a abrir tabernas para fomentar su implantación. Kautsky responde a Cunow: el imperialismo no es el capitalismo moderno, sino solamente una de las formas de la política del mismo; podemos y debemos luchar contra esa política, luchar contra el imperialismo, contra las anexiones, etc.

La respuesta parece bastante plausible, pero en realidad es una defensa más sutil y velada (y, por tanto, más peligrosa) de la conciliación con el imperialismo, pues una «lucha» contra la política de los trusts y de los bancos que no afecte a las bases de sus economías es mero reformismo y pacifismo burgueses, es la expresión benevolente de unos deseos inofensivos. Eludir las contradicciones existentes, olvidar las más importantes, en vez de ponerlas al descubierto en toda su profundidad: en esto consiste la teoría de Kautsky, que nada tiene que ver con el marxismo. ¡Naturalmente, tal «teoría» no tiene otro objetivo que defender la idea de la unidad con los Cunow!

«Desde el punto de vista puramente económico —escribe Kautsky—, no está descartado que el capitalismo pase todavía por una nueva fase: la aplicación de la política de los cárteles a la política exterior, la fase del ultraimperialismo», es decir, el superimperialismo, la unión de los imperialismos de todo el mundo, y no la lucha entre ellos, la fase del fin de las guerras bajo el capitalismo, la fase de la «explotación general del mundo por el capital financiero unido internacionalmente».

Más adelante tendremos que abordar esta «teoría del ultraimperialismo», para mostrar en detalle hasta qué punto es una ruptura completa y decisiva con el marxismo. Pero para seguir con el plan general de este trabajo debemos examinar los datos económicos precisos sobre otra cuestión: «Desde el punto de vista puramente económico», ¿es posible el «ultraimperialismo» o es un ultradisparate?

Si por punto de vista puramente económico se entiende una «pura» abstracción, todo cuanto podemos decir es lo siguiente: el desarrollo conduce al monopolio; por tanto, va hacia un monopolio mundial único, hacia un trust mundial único. Esto es indiscutible, pero al mismo tiempo es una completa vacuidad, como si se dijese que «el desarrollo va» hacia la elaboración de los artículos alimentarios en los laboratorios. En este sentido, la «teoría» del ultraimperialismo es tan absurda como una teoría de la «ultraagricultura».

Ahora bien, si hablamos de las condiciones «puramente económicas» de la época del capital financiero como una época históricamente concreta, iniciada en los albores del siglo XX, la mejor respuesta a las abstracciones muertas del «ultraimperialismo» (que sirven exclusivamente a un fin de lo más reaccionario: distraer la atención de los profundos antagonismos *existentes)* es contraponerles la realidad económica concreta de la moderna economía mundial. Las disquisiciones sin sentido de Kautsky sobre el ultraimperialismo estimulan, entre otras cosas, la idea profundamente errónea, que arrima el agua al molino de los apologistas del imperialismo, de que el dominio del capital financiero *amortigua* la desigualdad y las contradicciones de la economía mundial, cuando en realidad lo que hace es *acentuarlas*.

R. Calwer, en su opúsculo *Introducción a la economía mundial*, intentó resumir los principales datos puramente económicos que permiten obtener una panorámica concreta de las relaciones internas de la economía mundial a las puertas del siglo XX. Calwer divide el mundo en cinco «áreas económicas principales»: 1) Centroeuropa (toda Europa, a excepción de Rusia y Gran Bretaña); 2) Gran Bretaña; 3) Rusia; 4) Asia oriental, y 5) Norteamérica; incluye las colonias en el «área» de sus respectivos Estados e «ignora» algunos países no asignados a ninguna área, como Persia, Afganistán y Arabia en Asia; Marruecos y Abisinia en África, etc.

Éste es un breve resumen de los datos económicos de las áreas citadas, suministrados por dicho autor.

Principales regiones económicas del mundo	Superficie *(en millones de kilómetros cuadrados)*	Población *(en millones)*	Vías de comunicación		Comercio	Industria		
			Vías férreas *(en miles de kilómetros)*	Marina mercante *(en millones de toneladas)*	Exportación e importación *(en miles de millones de marcos)*	Extracción de carbón de piedra *(en millones de toneladas)*	Producción de hierro fundido *(en millones de toneladas)*	Número de husos de la industria textil algodonera *(en millones)*
Centroeuropea*	27,6 (23,6)	388 (146)	204	8	41	251	15	26
Británica*	28,9 (28,6)	398 (355)	140	11	25	249	9	51
Rusa	22	131	63	1	3	16	3	7
Asiático-oriental	12	389	8	1	2	8	0,02	2
Norteamericana	30	148	379	6	14	245	14	19

* Las cifras entre paréntesis indican la extensión y población de las colonias. *[N. del A.]*.

Vemos tres regiones con un capitalismo muy desarrollado (alto desarrollo de las vías de comunicación, el comercio y la industria): la centroeuropea, la británica y la norteamericana. Entre ellas están tres Estados que ejercen el dominio del mundo: Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. La rivalidad imperialista y la lucha entre estos países se hallan extremadamente exacerbadas debido a que Alemania controla una región insignificante y pocas colonias; la creación de una «Europa Central» es todavía algo del futuro y se desarrolla a través de una lucha desesperada. De momento, el rasgo característico de toda Europa es la desunión política. En las áreas británica y norteamericana, por el contrario, la concentración política es muy alta, pero hay una gran desproporción entre la inmensidad de las colonias de la primera y la insignificancia de las de la segunda. Y en las colonias, el capitalismo sólo está empezando a desarrollarse. La lucha por Sudamérica se agudiza más y más.

Hay dos áreas de débil desarrollo capitalista: Rusia y Asia oriental. En la primera, la densidad de población es muy baja; en la segunda es elevadísima; en la primera, la concentración política es alta; en la segunda no existe. El reparto de China sólo acaba de empezar, y la lucha entre Japón, Estados Unidos, etc., cobra cada vez más intensidad.

Compárese esta realidad —la gran diversidad de condiciones económicas y políticas, la enorme disparidad en el ritmo de desarrollo de los distintos países, la violenta lucha entre los Estados imperialistas— con el cuento para niños de Kautsky sobre el ultraimperialismo «pacífico». ¿No es esto el intento reaccionario de un pequeñoburgués asustado que quiere esconderse de la cruda realidad? ¿Es que los cárteles internacionales, en los que Kautsky ve los gérmenes del «ultraimperialismo» (del mismo modo que uno «puede» calificar la producción de tabletas en un laboratorio como ultraagricultura embrionaria), no son un ejemplo de la partición y de un *nuevo reparto* del mundo, la transición del reparto pacífico al no pacífico, y viceversa? ¿Es que el capital financiero estadounidense y el de otros países, que se repartieron pacíficamente el planeta con el concurso de Alemania, por ejemplo en el consorcio internacional del raíl o en el trust internacional de la marina mercante, no están ahora *redistribuyéndose* el mundo según la nueva correlación de fuerzas, que se está modificando por medios que *no tienen nada* de pacíficos?

El capital financiero y los trusts no disminuyen, sino que aumentan las diferencias en el ritmo de crecimiento de las distintas partes de la economía mundial. Y una vez que ha cambiado la correlación de fuerzas, ¿qué otro medio hay, *bajo el capitalismo*, para resolver las contradicciones si no es la *fuerza?* Las estadísticas sobre las vías férreas[7] nos proporcionan datos extraordinariamente exactos sobre los diferentes ritmos de crecimiento del capitalismo y del capital financiero en la economía mundial. Durante las últimas décadas de desarrollo imperialista, la longitud de las líneas férreas ha cambiado como sigue:

Líneas férreas *(en miles de kilómetros)*

	1890		1913		Aumento	
Europa	224		346		122	
EE UU	268		411		143	
Todas las colonias	82		210		128	
Estados independientes y semiindependientes de Asia y América	43	125	137	347	94	222
Total	617		1.104			

El desarrollo del ferrocarril ha sido más veloz en las colonias y en los Estados independientes (y semiindependientes) de Asia y América. Como es sabido, el capital financiero de los cuatro o cinco Estados capitalistas más grandes impera allí de un modo absoluto. Doscientos mil kilómetros de nuevas líneas férreas en las colonias y en otros países de Asia y América significan más de 40.000 millones de marcos de nuevas inversiones de capital en condiciones particularmente ventajosas, con garantías especiales de buenos dividendos, pedidos lucrativos para las fundiciones de acero, etc., etc.

El capitalismo crece con más rapidez en los países de ultramar y las colonias. *Nuevas* potencias imperialistas están emergiendo (Japón). La lucha entre los imperialismos mundiales se agudiza. Crece el tributo impuesto por el capital a las empresas coloniales y de ultramar, más rentables. En el reparto de este «botín», una parte excepcionalmente grande va a parar a países que no siempre ocupan los primeros puestos en lo que a

celeridad en el desarrollo de sus fuerzas productivas se refiere. En los países más grandes, incluidas sus colonias, la longitud total de las vías férreas era la siguiente:

Líneas férreas *(en miles de kilómetros)*

	1890	1913	Aumento
Estados Unidos	268	413	145
Imperio británico	107	208	101
Rusia	32	78	46
Alemania	43	68	25
Francia	41	63	22
Total en las 5 potencias	491	830	339

Así pues, alrededor del 80% del total de las vías férreas están concentradas en las manos de las cinco potencias más grandes. Pero la concentración de la *propiedad* de dichas vías, la concentración del capital financiero, es todavía incomparablemente mayor, dado que, por ejemplo, los millonarios británicos y franceses poseen grandes cantidades de acciones y obligaciones de los ferrocarriles estadounidenses, rusos y de otros países.

Gracias a sus colonias, Gran Bretaña ha aumentado «su» red ferroviaria en 100.000 kilómetros, cuatro veces más que Alemania. Sin embargo, todo el mundo sabe que, en ese mismo periodo, el desarrollo de las fuerzas productivas alemanas, sobre todo de sus industrias hullera y siderúrgica, ha sido incomparablemente más rápido que el de las fuerzas productivas británicas, por no hablar ya de Francia o Rusia. En 1892, Alemania produjo 4,9 millones de toneladas de hierro fundido, frente a los 6,8 de Gran Bretaña, mientras que en 1912 ya alcanzaba las 17,6 frente a 9,0, es decir, una formidable superioridad sobre Gran Bretaña. Ante esto, cabe preguntarse: ¿qué otro medio que no sea la guerra puede haber *bajo el capitalismo* para eliminar las discrepancias existentes entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital, por una parte, y el

reparto de las colonias y de las «esferas de influencia» entre el capital financiero, por otra?

VIII

El parasitismo y la decadencia del capitalismo

Todavía tenemos que examinar otro aspecto importante del imperialismo, al cual se le presta poca atención en la mayoría de las deliberaciones sobre este tema. Uno de los puntos débiles del marxista Hilferding es que en este aspecto ha dado un paso atrás respecto al no marxista Hobson. Hablamos del parasitismo propio del imperialismo.

Como hemos visto, la base económica más profunda del imperialismo es el monopolio. Es un monopolio capitalista, es decir, surgido del capitalismo, que existe en las condiciones generales de éste, la producción mercantil y la competencia, y está en permanente e irresoluble contradicción con ellas. Sin embargo, como todo monopolio, el monopolio capitalista engendra inevitablemente una tendencia al estancamiento y la decadencia. En la medida en que se fijan, aunque sea momentáneamente, precios monopolistas, desaparecen en cierta medida los factores que estimulan el avance técnico y, en consecuencia, cualquier otro avance, surgiendo así, además, la posibilidad *económica* de retardar deliberadamente el progreso técnico. Un ejemplo: en Estados Unidos, un tal Owens inventó una máquina que revolucionaba la fabricación de botellas. El cártel alemán de fabricantes de botellas le compró las patentes y las guardó bajo llave, retrasando su aplicación. Ciertamente, el monopolio capitalista no puede eliminar del todo y por un tiempo muy prolongado la competencia en el mercado mundial (dicho sea de paso, ésta es una de las razones por las que la teoría del ultraimperialismo es un absurdo). Desde luego, la posibilidad de rebajar los gastos de producción y aumentar los beneficios a través de mejoras técnicas obra en favor de éstas. Pero la *tendencia* al estancamiento y la decadencia, inherente al monopolio, sigue a su vez operando, y en ciertas ramas de la industria y en ciertos países hay periodos en que se impone.

El monopolio de la posesión de colonias particularmente vastas, ricas o estratégicamente situadas opera en la misma dirección.

Continuemos. El imperialismo es una enorme acumulación en unos pocos países de un capital monetario que, como hemos visto, alcanza en valores un monto de 100.000 a 150.000 millones de francos. De ahí el incremento extraordinario de una clase o, mejor dicho, de una capa rentista, es decir, los individuos que viven del «corte de cupón», que no participan en ninguna empresa y cuya profesión es la ociosidad. La exportación de capital, una de las bases económicas más esenciales del imperialismo, acentúa todavía más la total separación entre la capa rentista y la producción, imprime un sello de parasitismo a todo el país, que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países y de las colonias de ultramar.

> En 1893 —dice Hobson—, el capital británico invertido en el extranjero representaba cerca del 15% de toda la riqueza del Reino Unido.

Recordemos que en 1915 dicho capital había aumentado aproximadamente dos veces y media.

> El imperialismo agresivo —añade Hobson—, que tanto cuesta a los contribuyentes y tan poca importancia tiene para el industrial y el comerciante […] es fuente de grandes beneficios para el inversor […]. El estadístico Giffen calcula en 18 millones de libras esterlinas [unos 170 millones de rublos], estimando un 2,5% sobre unas ventas totales de 800 millones de libras, el beneficio percibido por Gran Bretaña de su comercio exterior y colonial en 1899.

Por grande que sea esta suma, no puede explicar la agresividad del imperialismo británico. Su explicación son los 90 o 100 millones de libras esterlinas que representan el beneficio del capital «invertido», el beneficio de la capa de rentistas.

¡El beneficio de los rentistas es *cinco veces* mayor que el beneficio del comercio exterior del país más «comercial» del mundo! ¡He aquí la esencia del imperialismo y del parasitismo imperialista!

Por este motivo, la noción de «Estado rentista» *(Rentnerstaat)* o Estado usurario ha pasado a ser de uso común en las publicaciones económicas que abordan el imperialismo. El mundo ha quedado dividido entre un puñado de Estados usurarios y una vasta mayoría de Estados deudores.

> Entre el capital invertido en el extranjero —escribe Schulze-Gaevernitz— se halla, en primer lugar, el colocado en los países dependientes políticamente o aliados: Gran Bretaña le presta a Egipto, Japón, China y Sudamérica. En caso de necesidad, su Armada hace de alguacil. La fuerza política de Gran Bretaña la protege de la indignación de sus deudores.

Sartorius von Waltershausen, en su obra *El sistema económico de inversión de capital en el extranjero,* presenta a Holanda como modelo de «Estado rentista» y apunta que Gran Bretaña y Francia también van camino de serlo. Schilder opina que hay cinco Estados industriales que son «países acreedores bien definidos»: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica y Suiza. Si no incluye a Holanda en el grupo es solamente porque está «poco industrializada». Estados Unidos sólo tiene deudores en países americanos.

> Gran Bretaña —escribe Schulze-Gaevernitz— se está convirtiendo paulatinamente de un Estado industrial en un Estado acreedor. A pesar del aumento absoluto de la producción y la exportación industriales, crece la importancia relativa para toda la economía nacional de los ingresos procedentes de los intereses y dividendos, de las emisiones, de las comisiones y de la especulación. En mi opinión, ésas son precisamente las bases económicas de la supremacía imperialista. El acreedor está más firmemente vinculado al deudor, que el vendedor al comprador.

Respecto a Alemania, A. Lansburgh, director de *Die Bank,* escribía en 1911 lo siguiente en un artículo titulado «Alemania, Estado rentista»:

> Los alemanes se burlan del ansia por ser rentista que se observa en Francia. Se olvidan de que, para la burguesía, las condiciones de Alemania se parecen cada vez más a las de Francia.

El Estado rentista es un Estado del capitalismo parasitario y decadente, y esta circunstancia no puede dejar de influir, tanto en todas las condiciones sociales y políticas del país en general como en las dos corrientes fundamentales del movimiento obrero, en particular. Para mostrarlo de la manera más clara posible, cedamos la palabra a Hobson, el testigo más «seguro» ya que no es sospechoso de parcialidad hacia la «ortodoxia marxista»; por otra parte, al ser inglés, conoce bien la situación del país más rico en colonias, capital financiero y experiencia imperialista.

Con la guerra anglo-bóer fresca en la memoria, Hobson describe los lazos del imperialismo con los intereses de los «financieros», el aumento de sus beneficios derivado de las contratas, los suministros, etc.:

> Los directores de esta política netamente parasitaria son los capitalistas, pero los mismos motivos atraen también a categorías especiales de trabajadores. En muchas ciudades, las industrias más

importantes dependen de los pedidos del gobierno; el imperialismo de los centros industriales metalúrgicos y de la construcción naval es en buena medida consecuencia de este hecho.

Circunstancias de dos órdenes han debilitado, en opinión del autor, la fuerza de los viejos imperios: 1) el «parasitismo económico» y 2) el reclutamiento de soldados de los pueblos dependientes para los ejércitos.

La primera circunstancia es el hábito del parasitismo económico, con el que el Estado dominante utiliza sus provincias, colonias y dependencias para enriquecer a su clase dirigente y sobornar a las clases inferiores a fin de que guarden silencio.

Pero —añadiremos por nuestra cuenta—, para que ese soborno, al margen de cómo se realice, sea económicamente posible se requieren unos altos beneficios monopolistas.

En cuanto a la segunda circunstancia, Hobson dice:

Uno de los síntomas más extraños de la ceguera del imperialismo es la despreocupación con que Gran Bretaña, Francia y otras naciones imperialistas emprenden ese camino. Gran Bretaña ha ido más lejos que ninguna otra. La mayor parte de las batallas mediante las cuales conquistamos nuestro Imperio Indio las sostuvieron tropas nativas; en la India, como últimamente en Egipto, grandes ejércitos permanentes se hallan bajo el mando de británicos; casi todas nuestras guerras de conquista en África, con excepción del sur, las hicieron los indígenas para nosotros.

La perspectiva del reparto de China suscita en Hobson la siguiente apreciación económica:

La mayor parte de Europa Occidental podría adquirir entonces el aspecto y el carácter que tienen actualmente ciertas partes de los países que la componen: el sur de Inglaterra, la Riviera y los enclaves de Italia y Suiza frecuentados por los turistas y que son residencia de gente rica, a saber: un puñado de ricos aristócratas que perciben dividendos y pensiones del Lejano Oriente, con un grupo algo mayor de personal profesional y comerciantes, y un gran número de sirvientes y de obreros ocupados en el transporte y en la industria trabajando en el acabado de productos manufacturados. Las ramas principales de la industria desaparecerían y los productos alimenticios básicos y los bienes semielaborados provendrían, como un tributo, de Asia y África […]. Aquí vemos las posibilidades que abre ante nosotros una alianza más amplia de los Estados occidentales, una federación europea de las grandes potencias, la cual, lejos de impulsar la civilización mundial, podría implicar el peligro gigantesco de un parasitismo occidental: un grupo de naciones industriales avanzadas cuyas clases superiores obtendrían enormes tributos de Asia y África, lo que les permitiría mantener a grandes masas de mansos empleados y criados, no ocupados ya en la producción agrícola e industrial a gran escala, sino en el servicio doméstico o en el trabajo industrial secundario controlado por una nueva aristocracia financiera. Aquellos que están dispuestos a darle la espalda a esta teoría [debería decir perspectiva] como indigna de ser examinada, que reflexionen sobre las condiciones económicas y sociales de las áreas meridionales

> de la Inglaterra actual que ya se han visto reducidas a esa situación, que piensen en las proporciones enormes que podría adquirir tal sistema si China fuese sometida al control económico de los grupos de financieros, inversores y sus agentes políticos, comerciales e industriales, vaciando la mayor reserva de beneficios que el mundo jamás haya conocido, para consumirlos en Europa. La situación es demasiado compleja y el juego de las fuerzas mundiales es demasiado difícil de calcular como para trazar una única perspectiva probable de futuro. Pero las influencias que gobiernan en la actualidad el imperialismo de Europa Occidental se mueven en esa dirección y, a menos que encuentren resistencia o sean desviadas, avanzarán hacia tal consumación del proceso.

El autor tiene toda la razón: *si* las fuerzas del imperialismo no encontrasen resistencia, conduciría a ello inevitablemente. Hobson comprende perfectamente la significación de los «Estados Unidos de Europa» en la presente situación imperialista. Solamente haría falta añadir que, *también dentro* del movimiento obrero, los oportunistas, vencedores momentáneos en la mayoría de los países, «trabajan» sistemática y firmemente en esa dirección. El imperialismo, que significa el reparto del mundo y la explotación de otros países además de China, que significa altos beneficios monopolistas para un puñado de países muy ricos, engendra la posibilidad económica de sobornar a las capas superiores del proletariado, y con ello nutre el oportunismo, le da forma y lo refuerza. No debemos olvidar, sin embargo, las fuerzas que contrarrestan al imperialismo en general y al oportunismo en particular, que evidentemente el social-liberal Hobson no es capaz de ver.

El oportunista alemán Gerhard Hildebrand, expulsado en tiempos del partido por defender el imperialismo y que hoy en día podría ser un dirigente del llamado Partido «Socialdemócrata» de Alemania, complementa muy bien a Hobson cuando propugna los «Estados Unidos de Europa Occidental» (sin Rusia) para emprender acciones «conjuntas»… contra los negros africanos y el «gran movimiento islamista», para mantener «un ejército y una armada poderosos» contra una «coalición chino-japonesa», etc.

La descripción del «imperialismo británico» que Schulze-Gaevernitz da en su libro nos muestra los mismos rasgos parasitarios. Entre 1865 y 1898, la renta nacional de Gran Bretaña aproximadamente se duplicó, mientras que los ingresos procedentes «del extranjero» se multiplicaron *por nueve*. Si el «mérito» del imperialismo es que «acostumbra al negro a trabajar» (bajo coerción, por supuesto…), su «peligro» es que:

Europa descargue el trabajo físico —inicialmente el agrícola y el minero, más tarde los trabajos industriales más duros— sobre las espaldas de los hombres de color y reserve para sí misma el papel de rentista, preparando quizás así la emancipación económica y, más tarde, política de las razas de color.

Una parte creciente de la tierra en Inglaterra se le quita a la agricultura para dedicarla al deporte, a las diversiones de los ricos. En cuanto a Escocia —la región más aristocrática para la caza y otros deportes—, se dice que «vive de su pasado y de Mr. Carnegie» (el multimillonario estadounidense). Gran Bretaña gasta 14 millones de libras esterlinas al año (unos 130 millones de rublos) solamente en las carreras de caballos y la caza del zorro. El número de rentistas ingleses se acerca al millón. El porcentaje de productores disminuye:

Año	Población de Inglaterra *(en millones)*	Número de obreros en las principales ramas industriales *(en millones)*	Porcentaje con respecto a la población
1851	17,9	4,1	23
1901	32,5	4,9	15

Hablando de la clase obrera británica, el investigador burgués del «imperialismo británico de principios del siglo XX» se ve obligado a establecer sistemáticamente una diferencia entre la *«capa superior»* de los obreros y la *«capa inferior proletaria propiamente dicha»*. La capa superior suministra el grueso de los miembros de las cooperativas, los sindicatos, las sociedades deportivas y las numerosas sectas religiosas. A esta capa está adaptado el derecho de voto, que en Gran Bretaña sigue siendo *¡¡lo suficientemente restringido para excluir a la capa inferior del proletariado propiamente dicho!!* Para presentar de una forma edulcorada la situación de la clase obrera británica, habitualmente sólo se habla de esta capa superior, que es una *minoría* del proletariado. Por ejemplo: «El problema del desempleo afecta sobre todo a Londres y a la capa proletaria inferior, *a la cual los políticos prestan poca atención*». Debería haber escrito: a la cual los politicastros burgueses y los oportunistas «socialistas» prestan poca atención.

Un rasgo del imperialismo relacionado con los fenómenos de que hablamos es la disminución de la emigración desde los países imperialistas y el aumento de la inmigración a los mismos procedente de países atrasados, donde los salarios son más bajos. La emigración británica, remarca Hobson, disminuye a partir de 1884: mientras que ese año los emigrantes fueron 242.000, en 1900 fueron 169.000. La emigración alemana alcanzó su máximo entre 1881 y 1890, con un total de 1.453.000, disminuyendo en los dos decenios siguientes a 544.000 y 341.000 respectivamente. En cambio, aumentó el número de obreros arribados a

Alemania desde Austria, Italia, Rusia y otros países. Según el censo de 1907, en Alemania había 1.342.294 extranjeros, de los cuales 440.800 eran obreros industriales y 257.329, agrícolas. En Francia, «gran parte» de los mineros son extranjeros: polacos, italianos y españoles. En Estados Unidos, los inmigrantes de la Europa oriental y meridional ocupan los puestos peor retribuidos, mientras que los obreros estadounidenses proporcionan el mayor porcentaje de los capataces y los trabajadores mejor pagados. El imperialismo tiende a crear capas privilegiadas también entre los obreros y a divorciarlas de las amplias masas del proletariado.

Téngase en cuenta que, en Gran Bretaña, la tendencia del imperialismo a dividir a los obreros y a acentuar el oportunismo entre ellos, a provocar un decaimiento temporal del movimiento obrero, se manifestó mucho antes de finales del siglo XIX y comienzos del XX, debido a dos importantes rasgos distintivos del imperialismo ya presentes en Gran Bretaña desde mediados del siglo pasado: las inmensas posesiones coloniales y una posición monopolista en el mercado mundial. Marx y Engels analizaron sistemáticamente durante décadas la relación entre el oportunismo en el seno del movimiento obrero y los rasgos imperialistas del capitalismo británico. Por ejemplo, Engels escribió a Marx el 7 de octubre de 1858:

> El proletariado inglés se está aburguesando cada vez más, de modo que esta nación, la más burguesa de todas las naciones, aspira aparentemente a llegar a tener una aristocracia burguesa y un proletariado burgués, además de una burguesía. Para una nación que explota al mundo entero, esto es, naturalmente, hasta cierto punto justificable.

Casi un cuarto de siglo después, en una carta fechada el 11 de agosto de 1881, habla de «los peores sindicatos ingleses, que permiten que los dirija gente vendida a la burguesía o, al menos, pagada por ella». Y en una carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, Engels escribió:

> Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues lo mismo que de la política en general; lo mismo que piensan los burgueses. Aquí no hay partido obrero, no hay más que el partido conservador y el partido liberal-radical, y los obreros se benefician tranquilamente con ellos del monopolio colonial de Inglaterra y del monopolio de ésta en el mercado mundial[8]. [Engels expone la misma idea en el prólogo a la segunda edición de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1892].

Esto demuestra claramente las causas y los efectos. Las causas son: 1) explotación del mundo entero por este país; 2) su posición monopolista en el mercado mundial; 3) su monopolio colonial. Y los efectos: 1) aburguesamiento de una parte del proletariado británico; 2) una parte del proletariado británico permite que lo dirijan gentes compradas por la burguesía o, al menos, pagadas por ella. El imperialismo de comienzos del siglo XX completó el reparto del mundo entre un puñado de Estados, cada uno de los cuales explota hoy (en el sentido de obtener superbeneficios) una parte del «mundo entero» algo menor que la explotada por Gran Bretaña en 1858; cada uno de ellos ocupa una posición monopolista en el mercado mundial gracias a los trusts, los cárteles, el capital financiero y las relaciones entre acreedor y deudor; cada uno de ellos disfruta hasta cierto punto de un monopolio colonial (hemos visto que, de los 75 millones de kilómetros cuadrados que abarcan *todas* las colonias del mundo, 65 millones, o sea, el 86%, los concentran seis potencias; y 61 millones, o sea, el 81%, los concentran tres).

La característica distintiva de la presente situación es la existencia de unas condiciones económicas y políticas que forzosamente hacen todavía más incompatible el oportunismo con los intereses generales y vitales del movimiento obrero: el imperialismo ha pasado de ser un embrión a ser el sistema dominante; los monopolios capitalistas ocupan la primera posición en la economía nacional y en la política; el reparto del mundo se ha completado; pero, por otra parte, en vez del monopolio indiviso de Gran Bretaña, lo que vemos es a un pequeño número de potencias imperialistas luchando por el derecho a participar en ese monopolio, lucha que caracteriza los comienzos del siglo XX. El oportunismo no puede ahora triunfar completamente en el movimiento obrero de un país durante décadas, como triunfó en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XIX, pero en una serie de países ha alcanzado su madurez, la sobrepasó y se ha podrido, fundiéndose totalmente, en forma de socialchovinismo, con la política burguesa[9].

IX

La crítica del imperialismo

Por crítica del imperialismo, en el sentido amplio de la palabra, entendemos la actitud de las distintas clases sociales ante la política imperialista en relación con la ideología general de las mismas.

Las enormes dimensiones del capital financiero —concentrado en unas pocas manos y que dio origen a una red extraordinariamente amplia y densa de relaciones y conexiones a través de la cual, por un lado, ha sometido no sólo a los capitalistas y patronos medianos y pequeños, sino también a los muy pequeños, y, por el otro, agudiza la lucha contra otros grupos nacionales de financieros por el reparto del mundo y el dominio de otros países— han provocado que las clases poseedoras se pongan del lado del imperialismo. El entusiasmo «general» por las perspectivas del imperialismo, la cerrada defensa del mismo, su embellecimiento por todos los medios, tal es el signo de nuestro tiempo. La ideología imperialista también penetra en la clase obrera, que no está separada de las demás clases por una muralla china. Los actuales dirigentes del llamado Partido «Socialdemócrata» de Alemania han sido calificados, con justicia, de «socialimperialistas», es decir, de socialistas de palabra e imperialistas de hecho; Hobson ya señaló en 1902 la existencia de «imperialistas fabianos» en Gran Bretaña, pertenecientes a la oportunista Sociedad Fabiana.

Los estudiosos y publicistas burgueses defienden habitualmente el imperialismo de forma indirecta, oscureciendo su dominación absoluta y sus raíces profundas, destacando los rasgos y detalles secundarios, haciendo todo lo posible para distraer la atención de lo fundamental a través de proyectos de «reformas» sin importancia, tales como el control policial de los trusts o los bancos, etc. Son excepción los imperialistas declarados y cínicos que admiten que la idea de reformar los rasgos fundamentales del imperialismo es absurda.

Un ejemplo. En los *Archivos de la Economía Mundial,* los imperialistas alemanes intentan seguir de cerca los movimientos de liberación nacional en las colonias, particularmente, por supuesto, en las no alemanas. Destacan el malestar y las protestas en la India, el movimiento en Natal (Sudáfrica), en las Indias holandesas, etc. Uno de ellos, reseñando la información de una publicación inglesa sobre una conferencia de naciones y razas sometidas celebrada del 28 al 30 de junio de 1910 y en la que participaron representantes de distintos pueblos de Asia, África y Europa bajo dominación extranjera, comenta así los discursos pronunciados en dicha conferencia:

> Hay que luchar contra el imperialismo, se nos dice: los Estados dominantes deben reconocer el derecho a la independencia de los pueblos sometidos; un tribunal internacional debe velar por el cumplimiento de los tratados firmados entre las grandes potencias y los pueblos débiles. No van más allá de estos deseos piadosos. No vemos ni el menor indicio de que se comprenda la verdad de que el imperialismo está indisolublemente unido al capitalismo en su forma actual y, por lo tanto (¡!), la lucha directa contra el imperialismo está condenada al fracaso, a no ser, quizás, que se limite a protestar contra algunos excesos especialmente repugnantes.

Dado que la reforma de las bases del imperialismo es un engaño, un «deseo piadoso», dado que los burgueses de las naciones oprimidas no van «más allá» hacia adelante, los burgueses de las naciones opresoras sí van «más allá» *hacia atrás*, hacia una adulación servil del imperialismo recubierta de pretensiones «científicas». ¡Vaya una «lógica»!

La cuestión fundamental de la crítica del imperialismo es saber si es posible reformar sus bases, si hay que avanzar, para intensificar y profundizar más los antagonismos que genera el imperialismo, o si hay que retroceder, para mitigarlos. Como los rasgos políticos del imperialismo son la reacción en toda regla y el recrudecimiento de la opresión nacional —debido al yugo de la oligarquía financiera y a la supresión de la libre competencia—, a principios del siglo XX surge en casi todos los países imperialistas una oposición democrática pequeñoburguesa al imperialismo. La ruptura de Kautsky y de la amplia corriente internacional kautskiana con el marxismo consiste precisamente en que, lejos de enfrentarse con esa oposición pequeñoburguesa reformista, que en realidad es reaccionaria por sus bases económicas, en la práctica Kautsky se ha fusionado con ella.

En Estados Unidos, la guerra imperialista de 1898 contra España despertó la oposición de los «antiimperialistas», los últimos mohicanos de la democracia burguesa, quienes la calificaron de «criminal», consideraron anticonstitucional la anexión de tierras ajenas, denunciaron como «una deslealtad chovinista» el trato a Aguinaldo, el líder de los nativos filipinos (tras prometerle la independencia de su país, Estados Unidos envió tropas y se lo anexionó), y citaban las palabras de Lincoln:

> Cuando el blanco se gobierna a sí mismo, eso es autogobierno; pero cuando se gobierna a sí mismo y también gobierna a otros, eso es más que autogobierno; es despotismo.

Pero dado que toda esa crítica no se atrevía a reconocer los inseparables lazos entre el imperialismo y los trusts y, por tanto, entre el imperialismo y los fundamentos del capitalismo, dado que no se atrevía a unirse a las fuerzas engendradas por el gran capitalismo y su desarrollo, no pasaba de ser un «deseo piadoso».

Tal es también la posición fundamental de Hobson en su crítica del imperialismo. Hobson se ha anticipado a Kautsky en la protesta contra el argumento de la «inevitabilidad del imperialismo» e instando a la necesidad de «aumentar la capacidad de consumo» de la población (¡bajo el capitalismo!). Diversos autores a menudo citados por nosotros, como Agahd, A. Lansburgh, L. Eschwege y, entre los escritores franceses, Victor Bérard, autor de una obra superficial titulada *Inglaterra y el imperialismo* aparecida en 1900, sostienen un punto de vista pequeñoburgués en la crítica del imperialismo, de la omnipotencia de los bancos, de la oligarquía financiera, etc. Todos ellos, que nada tienen de marxistas, oponen al imperialismo la libre competencia y la democracia, condenan el proyecto del ferrocarril a Bagdad, que está conduciendo a conflictos y a la guerra, declaran el «deseo piadoso» de vivir en paz, etc. Lo mismo vale para el estadístico especializado en emisiones bursátiles A. Neymarck, quien, tras calcular los cientos de miles de millones de francos que representan los valores «internacionales», exclamó en 1912: «¿Cómo es posible creer que la paz puede ser alterada […] que, a la vista de estas enormes cifras, alguien se arriesgue a provocar una guerra?».

Semejante ingenuidad de los economistas burgueses no es sorprendente; es más, les *conviene* parecer tan ingenuos y hablar «en serio» de la paz bajo

el imperialismo. Pero, ¿qué le queda a Kautsky de marxista cuando en 1914, 1915 y 1916 adopta ese mismo punto de vista burgués-reformista y afirma que «todo el mundo está de acuerdo» (imperialistas, pseudosocialistas y socialpacifistas) en lo tocante a la paz? En vez de analizar el imperialismo y poner de relieve en toda su profundidad sus contradicciones, Kautsky tiene el «deseo piadoso», reformista, de esquivarlas y eludirlas.

He aquí una muestra de su crítica económica del imperialismo. Kautsky toma los datos de las exportaciones e importaciones entre Gran Bretaña y Egipto en los años 1872 y 1912; resulta que ese comercio de exportación-importación aumentó menos que la exportación y la importación generales de Gran Bretaña. Y Kautsky saca una conclusión:

> No tenemos ninguna razón para suponer que, sin la ocupación militar, el comercio con Egipto habría sido menor por el simple peso de los factores económicos […]. Como mejor puede promoverse la tendencia del capital a expandirse […] no es por los métodos violentos del imperialismo, sino por la democracia pacífica.

Este argumento de Kautsky, repetido en todos los tonos por su escudero ruso (y encubridor ruso de los socialchovinistas), el señor Spectator, es la base de la crítica kautskiana del imperialismo, y por ello debemos abordarlo más detalladamente. Empecemos citando a Hilferding, cuyas conclusiones eran «aceptadas unánimemente por todos los teóricos socialistas», como Kautsky dijo muchas veces, por ejemplo, en abril de 1915.

> No incumbe al proletariado —dice Hilferding— oponer a la política capitalista más progresista la política caduca de la época del libre mercado y de la hostilidad hacia el Estado. La respuesta del proletariado a la política económica del capital financiero, al imperialismo, no puede ser el libre mercado, sino únicamente el socialismo. El objetivo de la política proletaria no puede ser actualmente la restauración de la libre competencia —que ahora se ha convertido en un ideal reaccionario—, sino solamente la completa eliminación de la competencia a través de la abolición del capitalismo.

Defendiendo en la época del capital financiero un «ideal reaccionario», la «democracia pacífica», el «simple peso de los factores económicos», Kautsky ha roto con el marxismo porque ese ideal hace *objetivamente* retroceder del capitalismo monopolista al capitalismo no monopolista, es una estafa reformista.

El comercio con Egipto (o con cualquier otra colonia o semicolonia) «habría crecido más» *sin* la ocupación militar, sin el imperialismo y sin el capital financiero. ¿Qué significa esto? ¿Que el capitalismo se desarrollaría más rápidamente si la libre competencia no estuviese restringida por los monopolios en general, por las «relaciones», el yugo (o sea, también el monopolio) del capital financiero y por la posesión monopolista de las colonias por determinados países?

Los argumentos de Kautsky no pueden tener otro sentido, y *este* «sentido» es un sinsentido. Admitamos que *sí*, que la libre competencia, sin ninguna clase de monopolio, *podría* desarrollar más rápidamente el capitalismo y el comercio. Pero cuanto más rápido es el desarrollo del comercio y del capitalismo, más se concentran la producción y el capital, concentración que *genera* el monopolio. ¡Los monopolios han surgido *ya* y precisamente han surgido *de* la libre competencia! Aun en el caso de que los monopolios empezasen a frenar su desarrollo, esto no sería, a pesar de todo, un argumento en favor de la libre competencia, la cual es imposible después de que ella misma ya haya dado lugar a los monopolios.

Se miren por donde se miren, en los argumentos de Kautsky sólo se encontrarán un espíritu reaccionario y reformismo burgués.

Incluso si se corrige este argumento para decir, como hace Spectator, que el comercio de las colonias británicas con la metrópoli se desarrolla ahora con más lentitud que su comercio con otros países, Kautsky no se salva porque Gran Bretaña es golpeada *también* por el monopolio, *también* por el imperialismo, solamente que por los de otros países (Estados Unidos, Alemania). Es sabido que los cárteles han dado lugar al establecimiento de aranceles proteccionistas de un tipo nuevo y original: se protegen (como ya señaló Engels en el III tomo de *El capital)* precisamente los productos susceptibles de ser exportados. Es conocido asimismo el sistema, propio de los cárteles y del capital financiero, de «exportar a bajo precio», el *dumping*, como lo llaman los ingleses: en el interior del país, el cártel vende sus productos a un precio monopolista elevado, y en el extranjero, a un precio bajísimo para arruinar a la competencia, ampliar al máximo su propia producción, etc. Si Alemania desarrolla su comercio con las colonias inglesas más rápidamente que Gran Bretaña, esto demuestra solamente que el imperialismo alemán es más joven, más fuerte, mejor organizado que el británico, es superior a él; pero no demuestra en absoluto la «superioridad»

del libre mercado porque no se trata del libre mercado luchando contra el proteccionismo y la dependencia colonial, sino de un imperialismo luchando contra otro, un monopolio contra otro, un capital financiero contra otro. La supremacía del imperialismo alemán sobre el británico es más fuerte que la muralla de las fronteras coloniales o de los aranceles proteccionistas: usar esto como «argumento» *a favor* del libre mercado y de la «democracia pacífica» es una banalidad, significa olvidar los rasgos y las características fundamentales del imperialismo, suplantar el marxismo por el reformismo pequeñoburgués.

Es interesante señalar que incluso el economista burgués A. Lansburgh, que critica el imperialismo de manera tan pequeñoburguesa como Kautsky, ha estudiado de un modo más científico que él los datos de la estadística comercial. Lansburgh no ha comparado un país elegido al azar, y precisamente una colonia, con los otros países, sino las exportaciones de un país imperialista: 1) a los países que dependen financieramente y que han recibido empréstitos de él, y 2) a los países financieramente independientes. El resultado es el siguiente:

Exportaciones alemanas ***(en millones de marcos)***

A los países dependientes de ella en el aspecto financiero			
País	1889	1908	Aumento
Rumanía	48,2	70,8	47%
Portugal	19,0	32,8	73%
Argentina	60,7	147,0	143%
Brasil	48,7	84,5	73%
Chile	28,3	52,4	85%
Turquía	29,9	64,0	114%
Total	234,8	451,5	92%
A los países independientes de ella en el aspecto financiero			
País	1889	1908	Aumento
Gran Bretaña	651,8	997,4	53%
Francia	210,2	437,9	108%
Bélgica	137,2	322,8	135%
Suiza	177,4	401,1	127%
Australia	21,2	64,5	205%
Indias holandesas	8,8	40,7	363%
Total	1.206,6	2.264,4	87%

Lansburgh no sacó *conclusiones* y por eso, cosa extraña, no se percató de que *si* estas cifras prueban algo es que él está *equivocado,* pues las exportaciones a los países financieramente dependientes han crecido *más,*

aunque sólo sea ligeramente, que las exportaciones a los países financieramente independientes (subrayamos el «si» porque las cifras de Lansburgh distan mucho de ser completas).

En cuanto a la relación entre la exportación y los empréstitos, Lansburgh dice:

> En 1890-1891, se concedió un empréstito a Rumanía a través de los bancos alemanes, que en los años previos ya habían hecho adelantos a cuenta del mismo. El empréstito sirvió principalmente para adquirir material ferroviario en Alemania. En 1891, las exportaciones alemanas a Rumanía fueron de 55 millones de marcos. Al año siguiente descendieron hasta 39,4 y, con fluctuaciones, hasta 25,4 millones en 1900. Solamente en los últimos años han recuperado el nivel de 1891, gracias a dos nuevos empréstitos.
>
> A resultas de los empréstitos de 1888 y 1889, las exportaciones alemanas a Portugal alcanzaron los 21,1 millones de marcos (1890); en los dos años siguientes cayeron hasta 16,2 y 7,4 millones, y únicamente recuperaron su antiguo nivel en 1903.
>
> Las cifras del comercio germano-argentino son todavía más significativas. A consecuencia de los empréstitos de 1888 y 1890, las exportaciones alemanas a Argentina alcanzaron en 1889 los 60,7 millones de marcos. Dos años más tarde eran sólo de 18,6 millones, o sea, menos de la tercera parte. Sólo en 1901 se alcanza y sobrepasa el nivel de 1889, debido a nuevos empréstitos del Estado y los ayuntamientos, a los adelantos para construir plantas eléctricas y a otras operaciones crediticias.
>
> Las exportaciones a Chile aumentaron, gracias al empréstito de 1889, hasta 45,2 millones de marcos (1892), descendiendo un año después a 22,5 millones. Tras un nuevo empréstito, concertado en 1906 a través de los bancos alemanes, las exportaciones se elevaron hasta los 84,7 millones de marcos (1907), para caer de nuevo a 52,4 millones en 1908.

Lansburgh extrae de todo esto una divertida moraleja pequeñoburguesa: lo inconsistente y desigual que es la exportación relacionada con los empréstitos, lo malo que es exportar capitales al extranjero en vez de desarrollar la industria nacional de forma «natural» y «armónica», lo «caros» que le resultan a la compañía Krupp los sobornos de millones y millones que paga para concertar los empréstitos extranjeros, etc. Pero los hechos hablan con claridad: el aumento de las exportaciones está *precisamente* relacionado con las fraudulentas intrigas del capital financiero, que no se preocupa de la moral burguesa y desuella al buey dos veces: primero, saca el beneficio del empréstito, y segundo, saca un beneficio de ese *mismo* empréstito al ser invertido en adquirir productos de Krupp o material ferroviario del consorcio del acero, etc.

Repetimos que estamos lejos de considerar perfectas las cifras de Lansburgh, pero había que reproducirlas porque son más científicas que las

de Kautsky y Spectator, ya que Lansburgh muestra la manera correcta de enfocar el tema. Para abordar la significación del capital financiero en materia de exportaciones, etc., es necesario saber distinguir la relación de las mismas especial y únicamente con las intrigas de los financieros, especial y únicamente con la venta de los productos de los cárteles, etc. Comparar simplemente las colonias en general con los países no coloniales, un imperialismo con otro, una semicolonia o colonia (Egipto) con todos los demás países es obviar y ocultar precisamente el *fondo* de la cuestión.

La crítica teórica que Kautsky hace del imperialismo no tiene nada que ver con el marxismo y sólo sirve como trampolín para la propaganda a favor de la paz y de la unidad con los oportunistas y los socialchovinistas, precisamente porque obvia y oculta las contradicciones más profundas y fundamentales del imperialismo: las contradicciones entre los monopolios y la libre competencia que existe paralelamente a ellos, entre las «operaciones» gigantescas (y los beneficios gigantescos) del capital financiero y el comercio «honrado» en el mercado libre, entre los cárteles y trusts, por un lado, y la industria no cartelizada, por otro, etc.

La famosa teoría del «ultraimperialismo» inventada por Kautsky es igual de reaccionaria. Comparemos sus argumentos sobre este tema en 1915 con los de Hobson en 1902:

Kautsky:

> ¿No puede la política imperialista actual dejar paso a una nueva, ultraimperialista, que sustituya la lucha de los capitales financieros nacionales entre sí por la explotación común de todo el mundo a manos del capital financiero unido internacionalmente? Tal nueva fase del capitalismo, en todo caso, es concebible. La carencia de premisas suficientes impide afirmar si es realizable o no.

Hobson:

> El cristianismo implantado en unos pocos grandes imperios federales, cada uno de ellos con colonias no civilizadas y países dependientes, les parece a muchos el desarrollo más legítimo de las tendencias actuales, un desarrollo, además, que ofrecería las mayores esperanzas en una paz permanente sobre la base sólida del interimperialismo.

Kautsky llama ultraimperialismo o superimperialismo a lo que Hobson llamó interimperialismo trece años antes. Exceptuando la formación de una nueva y sapientísima palabreja mediante la sustitución de un prefijo latino por otro, el progreso del pensamiento «científico» de Kautsky se reduce a

su intento de hacer pasar por marxismo lo que Hobson describe, esencialmente, como una hipocresía de los curas ingleses. Era natural que, tras la guerra anglo-bóer, esta respetable casta dedicase sus mayores esfuerzos a *consolar* a las capas medias y los obreros ingleses, que habían tenido muchas bajas en los campos de batalla sudafricanos y que tuvieron que pagar impuestos suplementarios para garantizarles mayores beneficios a los financieros ingleses. ¿Y qué mejor consuelo que la idea de que el imperialismo no era tan malo, que estaba muy cerca del inter o ultraimperialismo capaz de asegurar la paz permanente? Cualesquiera que fuesen las buenas intenciones de los curitas ingleses o del sentimental de Kautsky, el sentido objetivo, es decir, el verdadero sentido social de su «teoría», es uno y sólo uno: el consuelo más reaccionario de las masas con la esperanza de una paz permanente bajo el capitalismo, desviando la atención de los agudos antagonismos y problemas actuales, hacia las falsas perspectivas de un pretendido nuevo «ultraimperialismo» en el futuro. El único contenido de la teoría «marxista» de Kautsky es el engaño a las masas.

En efecto, basta con comparar los hechos conocidos e indiscutibles, para convencerse de hasta qué punto son falsas las perspectivas que Kautsky trata de inculcar a los obreros alemanes (y a los de todos los países). Tomemos los ejemplos de India, Indochina y China. Es sabido que esas tres colonias y semicolonias, con una población de unos 600-700 millones de personas, están sometidas a la explotación del capital financiero de varias potencias imperialistas: Gran Bretaña, Francia, Japón, Estados Unidos, etc. Supongamos que dichos países imperialistas forman alianzas, unos contra otros, con objeto de defender o extender sus posesiones, sus intereses y sus «esferas de influencia» en dichos países asiáticos. Esas alianzas serán alianzas «interimperialistas» o «ultraimperialistas». Supongamos que *todas* las potencias imperialistas se alían para repartirse «pacíficamente» esos países: esa alianza sería una alianza del «capital financiero unido internacionalmente». Hay casos de tales alianzas en la historia del siglo XX, por ejemplo, la actitud de las potencias hacia China. Preguntamos: ¿es «concebible», presuponiendo la continuidad del capitalismo —que es precisamente lo que presupone Kautsky—, que dichas alianzas no sean

temporales, que eliminen las fricciones, los conflictos y la lucha en todas las formas imaginables?

Basta formular claramente la pregunta para que sea imposible darle una respuesta que no sea negativa porque bajo el capitalismo es *inconcebible* un reparto de las esferas de influencia, de los intereses, de las colonias, etc., que no sea por la *fuerza* de quienes participan en él, la fuerza económica, financiera, militar, etc. Y la fuerza de los que participan en el reparto cambia de forma desigual, ya que el desarrollo *armónico* de las distintas empresas, trusts, ramas industriales y países es imposible bajo el capitalismo. Hace medio siglo, Alemania era una insignificancia comparando su fuerza capitalista con la de Gran Bretaña; lo mismo puede decirse al comparar Japón con Rusia. ¿Es «concebible» que en diez o veinte años la correlación de fuerzas entre las potencias imperialistas permanezca *invariable?* Es absolutamente inconcebible.

Por tanto, en el mundo real capitalista, y no en la banal fantasía pequeñoburguesa de los curas ingleses o del «marxista» alemán Kautsky, las alianzas «interimperialistas» o «ultraimperialistas» —sea cual sea su forma: una coalición imperialista contra otra o una alianza general de *todas* las potencias imperialistas— sólo pueden ser *inevitablemente* «treguas» entre las guerras. Las alianzas pacíficas nacen de las guerras y a la vez preparan nuevas guerras, condicionándose mutuamente, engendrando una sucesión de formas de lucha pacífica y no pacífica sobre *una sola y misma* base de lazos imperialistas y relaciones recíprocas entre la economía y la política mundiales. Pero el sapientísimo Kautsky, para tranquilizar a los obreros y reconciliarlos con los socialchovinistas, que se han pasado a la burguesía, *separa* los eslabones de una sola y misma cadena, separa la actual alianza pacífica (que es ultraimperialista e, incluso, ultraultraimperialista) de *todas* las potencias creada para «pacificar» China (recordemos el aplastamiento de la rebelión de los bóxers), del conflicto no pacífico de mañana, que preparará para pasado mañana otra alianza «pacífica» general para el reparto, pongamos por caso, de Turquía, etc., etc. En vez de mostrar la conexión viva entre los periodos de paz imperialista y los periodos de guerra imperialista, Kautsky ofrece a los obreros una abstracción sofisticada, a fin de reconciliarlos con sus degenerados dirigentes.

En el prólogo a su *Historia de la diplomacia en el desarrollo internacional de Europa*, el estadounidense Hill marca los siguientes periodos en la historia contemporánea de la diplomacia: 1) era de la revolución; 2) movimiento constitucionalista; 3) era actual del «imperialismo comercial». Otro autor divide la historia de la «política mundial» británica desde 1870 en cuatro periodos: 1) primer periodo asiático (lucha contra la penetración rusa en Asia Central hacia la India); 2) periodo africano (aproximadamente de 1885 a 1902): pugna con Francia por el reparto de África (el incidente de Fachoda en 1898, que puso a ambos países al borde de la guerra); 3) segundo periodo asiático (alianza con Japón contra Rusia); 4) periodo «europeo», dirigido principalmente contra Alemania. «Las escaramuzas políticas de las avanzadillas se producen en el terreno financiero», escribía en 1905 Riesser, «personalidad» de la banca, indicando cómo el capital financiero francés preparó, con sus operaciones en Italia, la alianza política de dichos países, cómo se desarrollaba la lucha entre Alemania y Gran Bretaña por Persia, entre todos los capitales europeos por hacerse con los empréstitos a China, etc. Ésta es la realidad viva de las alianzas «ultraimperialistas» pacíficas, indisolublemente unidas a los conflictos imperialistas ordinarios.

La atenuación, por parte de Kautsky, de las más hondas contradicciones del imperialismo, inevitablemente embellecido por dicha atenuación, deja también huella en la crítica kautskiana de los rasgos políticos del imperialismo. El imperialismo es la época del capital financiero y de los monopolios, que provocan en todas partes una tendencia a la dominación, y no a la libertad. Sea cual sea el régimen político, el resultado de esa tendencia es la reacción abierta y la extrema intensificación de las contradicciones en este campo. Particularmente se intensifica la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, es decir, a la violación de la independencia nacional (pues la anexión no es más que la violación del derecho de las naciones a la autodeterminación). Hilferding señala bien la relación entre el imperialismo y la intensificación de la opresión nacional:

> En lo que se refiere a los países recién descubiertos, el capital importado intensifica los antagonismos y provoca contra los intrusos una creciente resistencia de los pueblos, cuya conciencia nacional se despierta; esta resistencia puede derivar fácilmente en medidas peligrosas contra el capital extranjero. Se revolucionan completamente las viejas relaciones sociales, se destruye el aislamiento agrario inmemorial de las «naciones sin historia», las cuales se ven

arrastradas a la vorágine capitalista. El propio capitalismo proporciona gradualmente a los sometidos medios y recursos para su emancipación. Y dichas naciones convierten en su objetivo el que en otros tiempos fue el objetivo supremo de las naciones europeas: la creación de un Estado nacional unificado como instrumento de la libertad económica y cultural. Este movimiento por la independencia nacional amenaza al capital europeo en sus más valiosas y prometedoras regiones de explotación, y el capital europeo sólo puede mantener la dominación aumentando continuamente sus fuerzas militares.

A esto hay que añadir que no sólo en los países recién descubiertos, sino también en los viejos, el imperialismo está conduciendo a las anexiones, al aumento de la opresión nacional y, por tanto, también al aumento de la resistencia. Mientras se queja de la intensificación de la reacción política por el imperialismo, Kautsky deja en la sombra una cuestión decisiva: la imposibilidad de la unidad con los oportunistas en la época del imperialismo. Al oponerse a las anexiones, presenta sus argumentos de la forma más inofensiva y aceptable para los oportunistas. Kautsky se dirige a una audiencia alemana, pero, sin embargo, oculta precisamente lo más esencial y más actual, por ejemplo, la anexión de Alsacia-Lorena por Alemania. Pongamos un ejemplo para apreciar la «aberración mental» de Kautsky. Supongamos que un japonés rechaza la anexión de Filipinas por los estadounidenses. Cabe la pregunta: ¿serán muchos los que crean que se debe a su rechazo a las anexiones en general y no a su deseo de que Japón se anexione Filipinas? ¿No habrá que admitir que la «lucha» del japonés contra las anexiones sólo puede ser considerada sincera y políticamente honesta si se opone a la anexión de Corea por Japón, si reivindica el derecho de Corea a separarse de Japón?

Tanto el análisis teórico como la crítica económica y política que Kautsky hace del imperialismo están *totalmente* impregnados de un espíritu absolutamente incompatible con el marxismo, de un espíritu que oculta y mitiga las contradicciones fundamentales, de una tendencia a preservar a toda costa la unidad con el oportunismo en el movimiento obrero europeo, unidad que se está rompiendo.

X

El lugar histórico del imperialismo

Como hemos visto, por su esencia económica el imperialismo es el capitalismo monopolista. Esto determina ya el lugar histórico del imperialismo, pues el monopolio, que nace única y precisamente de la libre competencia, es la transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada. Cabe señalar particularmente cuatro tipos principales de monopolio, o manifestaciones esenciales del capitalismo monopolista, que son característicos del periodo que nos ocupa.

En primer lugar, el monopolio surge de la concentración de la producción, al alcanzar ésta un grado muy elevado de desarrollo. Lo forman las asociaciones capitalistas monopolistas, los cárteles, los consorcios y los trusts. Hemos visto el importante papel que desempeñan en la vida económica contemporánea. A comienzos del siglo XX, los monopolios alcanzaron una supremacía total en los países avanzados, y aunque los primeros pasos en la formación de cárteles fueron dados por países con aranceles proteccionistas elevados (Alemania, Estados Unidos), Gran Bretaña, con su sistema de libre mercado, mostró un poco más tarde el mismo fenómeno básico: el nacimiento del monopolio como consecuencia de la concentración de la producción.

En segundo lugar, los monopolios han estimulado la captura de las fuentes más importantes de materias primas, particularmente para las industrias básicas y más cartelizadas de la sociedad capitalista: la del carbón y la siderurgia. El monopolio de las principales fuentes de materias primas ha aumentado terriblemente el poder del gran capital y agravado los antagonismos entre la industria cartelizada y la no cartelizada.

En tercer lugar, el monopolio ha surgido de los bancos, que han pasado de ser modestas empresas intermediarias a ser ahora el monopolio del capital financiero. Entre tres y cinco de los grandes bancos de cada nación

capitalista avanzada han realizado la «unión personal» del capital industrial y el bancario, concentrando en sus manos miles y miles de millones que constituyen la mayor parte de los capitales e ingresos monetarios del país. La oligarquía financiera rodea con una tupida red de relaciones de dependencia todas las instituciones económicas y políticas de la sociedad burguesa contemporánea sin excepción; tal es la manifestación más llamativa de este monopolio.

En cuarto lugar, el monopolio ha nacido de la política colonial. A los numerosos «viejos» motivos de la política colonial, el capital financiero ha añadido la lucha por las fuentes de materias primas, por la exportación de capital, por las «esferas de influencia», o sea, las esferas para operaciones rentables, concesiones, beneficios monopolistas, etc., y, finalmente, por el territorio económico en general. Cuando, por ejemplo, las colonias africanas de las potencias europeas representaban una décima parte de ese continente, como todavía era el caso en 1876, la política colonial podía desenvolverse de forma no monopolista, por la «libre conquista», podríamos decir, de territorios. Pero cuando las nueve décimas partes de África estuvieron ocupadas (hacia 1900), cuando todo el mundo estuvo repartido, comenzó inevitablemente la era de la posesión colonial monopolista y, por consiguiente, de la lucha particularmente intensa por la partición y la repartición del mundo.

En general es conocido hasta qué punto el capitalismo monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo. Basta con mencionar la carestía de la vida y la tiranía de los cárteles. Esta agudización de las contradicciones es la más potente fuerza motriz del periodo histórico de transición iniciado con la victoria final del capital financiero mundial.

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de cada vez más naciones pequeñas o débiles por un puñado de las naciones más ricas o poderosas: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a calificarlo como capitalismo parasitario o decadente. Cada vez se pone más de relieve, como una de las tendencias del imperialismo, la creación del «Estado rentista», del Estado usurario, cuya burguesía vive crecientemente de la exportación de capital y del «corte de cupón». Sería un error creer que esta tendencia a la decadencia excluye el rápido crecimiento del capitalismo. No; en la época del imperialismo, ciertas ramas industriales, ciertas capas

de la burguesía y ciertos países manifiestan, en mayor o menor grado, una u otra de esas tendencias. En conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más desigual, sino que su desigualdad se manifiesta particularmente en la decadencia de los países más ricos en capital (Gran Bretaña).

Acerca de la rapidez del desarrollo económico alemán, Riesser, autor de una investigación sobre los grandes bancos de ese país, dice:

> El progreso de la época precedente (1848-1870), no demasiado lento, guarda con respecto al rápido desarrollo de la economía nacional de Alemania y particularmente de sus bancos en la época actual (1870-1905) una relación similar a la del coche de posta de los viejos tiempos con el moderno automóvil, que circula a tal velocidad que representa un peligro para los despreocupados peatones y para los ocupantes del vehículo.

A su vez, ese capital financiero que tan rápidamente ha crecido, precisamente por haber crecido así no tiene ningún inconveniente en pasar a una posesión más «tranquila» de las colonias a conquistar —y no sólo por medios pacíficos— por las naciones más ricas. Por otro lado, como el desarrollo económico de Estados Unidos ha ido durante estas últimas décadas todavía más rápido que el alemán, y precisamente *debido* a ello, los rasgos parasitarios del capitalismo estadounidense contemporáneo destacan con singular relieve. Por otro lado, una comparación de, por ejemplo, la burguesía republicana estadounidense con la burguesía monárquica japonesa o alemana muestra que las más destacables diferencias políticas se atenúan muchísimo en la época del imperialismo; y no porque en general sean poco importantes, sino porque en todos estos casos se trata de una burguesía con rasgos parasitarios bien definidos.

La obtención de elevados beneficios monopolistas por los capitalistas en una de las numerosas ramas de la industria, en uno de los numerosos países, etc., hace económicamente posible el corromper a determinadas capas de los trabajadores, e incluso temporalmente a una minoría bastante considerable de éstos, poniéndolos del lado de la burguesía de dicha rama o nación contra el resto de los trabajadores. La agudización de los antagonismos entre las naciones imperialistas por el reparto del mundo ahonda esta tendencia. Así es como se crea el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo, vínculo que en Gran Bretaña se ha manifestado antes y de forma más clara debido a que ciertos rasgos del desarrollo imperialista

aparecieron allí mucho antes que en otros países. A algunos autores, L. Mártov por ejemplo, les complace negar el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo en el movimiento obrero —hecho particularmente evidente en estos momentos— con argumentos del «optimismo oficial» (a lo Kautsky y Huysmans) como éstos: la causa de los adversarios del capitalismo sería inútil si el capitalismo avanzado condujese al reforzamiento del oportunismo o si los obreros mejor pagados se inclinasen hacia el oportunismo, etc. No debemos hacernos ilusiones sobre el valor de ese «optimismo»: es un optimismo con respecto al oportunismo, es un optimismo que sirve de tapadera al oportunismo. En realidad, la gran rapidez y el carácter particularmente odioso del desarrollo del oportunismo no son garantía en absoluto de una victoria duradera: la rápida maduración de un grano de pus en un cuerpo sano sólo puede acelerar que el absceso reviente antes, librando así al organismo de él. Lo más peligroso a este respecto son las gentes que no desean comprender que la lucha contra el imperialismo es una frase vacía y engañosa si no va indisolublemente unida a la lucha contra el oportunismo.

De todo lo dicho aquí sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que calificarlo de capitalismo transitorio o, más exactamente, de capitalismo moribundo. En este sentido, es muy instructivo señalar que los términos más habituales con que los economistas burgueses describen el capitalismo moderno son los de «entrelazamiento», «ausencia de aislamiento», etc.; los bancos son «unas empresas que, por sus funciones y desarrollo, no tienen un carácter de economía privada pura, sino que cada vez se van saliendo más de la esfera de la regulación de la economía puramente privada». ¡Y ese mismo Riesser, a quien pertenecen estas palabras, declara con la mayor seriedad del mundo que las «predicciones» de los marxistas sobre la «socialización» «no se han cumplido»!

¿Qué significa, entonces, la palabreja «entrelazamiento»? Simplemente expresa el rasgo más notorio del proceso que se está produciendo ante nuestros ojos; muestra que el observador cuenta los árboles, pero no ve el bosque; que copia servilmente lo superficial, lo casual, lo caótico; revela que el observador es un hombre abrumado por los datos en bruto y que no comprende nada de su sentido y valor. La posesión de acciones y las relaciones entre los propietarios privados se «entrelazan accidentalmente». Pero la base de dicho entrelazamiento, lo que está detrás del mismo, son las

relaciones sociales de producción en constante cambio. Cuando una gran empresa se convierte en gigantesca y organiza sistemáticamente, apoyándose en un cálculo exacto con multitud de datos, el suministro de las dos terceras o las tres cuartas partes de las materias primas necesarias para decenas de millones de personas; cuando se organiza sistemáticamente el transporte de dichas materias primas a los puntos de producción más adecuados, a veces separados entre sí por cientos y miles de kilómetros; cuando un centro dirige las sucesivas fases de transformación de las materias primas en numerosos productos elaborados; cuando estos productos son distribuidos entre decenas y centenares de millones de consumidores (venta de combustibles en Estados Unidos y Alemania por el trust petrolero estadounidense) conforme a un plan único, entonces es evidente que nos hallamos ante una socialización de la producción, y no ante un simple «entrelazamiento», que las relaciones entre la economía y la propiedad privadas constituyen un envoltorio que no se corresponde ya con el contenido, envoltorio que necesariamente se descompondrá si su eliminación se retrasa artificialmente, envoltorio que puede permanecer en un estado de decadencia durante un periodo relativamente largo (en el peor de los casos, si la curación del grano oportunista se prolonga demasiado), pero que, sin embargo, será inevitablemente eliminado.

Schulze-Gaevernitz, entusiasta admirador del imperialismo alemán, exclama:

> Una vez que la dirección de los bancos alemanes está en manos de unas diez o doce personas, su actividad es hoy más importante para el bien público que la de la mayoría de los ministros [el «entrelazamiento» entre banqueros, ministros, industriales y rentistas es convenientemente olvidado] […]. Imaginémonos que el desarrollo de las tendencias que hemos señalado se ha completado: el capital monetario de la nación se concentra en los bancos; los bancos están unidos entre sí en un cártel; el capital de inversión de la nación tomó la forma de títulos de valor. Entonces se cumplirán las geniales palabras de Saint-Simon: «La actual anarquía de la producción, causada por el hecho de que las relaciones económicas se desarrollan sin una regulación uniforme, debe dar paso a la organización de la producción. La producción no será dirigida por empresarios aislados, independientes entre sí e ignorantes de las necesidades económicas de los hombres; la producción estará en manos de una institución social determinada. Un organismo administrativo central, capaz de observar el amplio campo de la economía social desde un punto de vista más elevado, la regulará en beneficio de toda la sociedad, pondrá los medios de producción en las manos adecuadas y, sobre todo, se preocupará de que haya una armonía constante entre la producción y el consumo. Hay instituciones que entre sus funciones tienen una determinada organización de la labor económica, son los bancos». Estamos todavía lejos de que se cumplan estas palabras de

Saint-Simon, pero ya nos hallamos en vías de lograrlo: es un marxismo distinto al que se imaginó Marx, pero distinto sólo en la forma.

Excelente «refutación» de Marx, que retrocede desde el análisis científico preciso de éste a la conjetura de Saint-Simon, conjetura genial, pero conjetura al fin y al cabo.

Notas

[1] De la edición original. Se trata del penúltimo párrafo del capítulo IX. *[N. del T.]*.
[2] No se incluye en la presente edición. *[N. del E.]*.
[3] Estas referencias no se incluyen en la presente edición. *[N. del E.]*.
[4] Los periódicos dan cuenta (junio de 1916) de la formación de un nuevo trust gigantesco de la industria química alemana. *[N. del A.]*.
[5] Los datos de los países pequeños, segunda columna, han sido tomados aproximadamente según las normas de 1902 y aumentados en un 20%. *[N. del A.]*.
[6] En esta misma publicación, en la página 331, leemos que en el último número de la revista financiera *Statist* el conocido especialista en estadística Paish calculaba en 40.000 millones de dólares, o sea, 200.000 millones de francos, los capitales exportados por Gran Bretaña, Alemania, Francia, Bélgica y Holanda. *[N. del A.]*.
[7] Por lo que se refiere a 1890, ha sido preciso determinar aproximadamente algunas pequeñas particularidades sobre la distribución de las vías férreas entre las colonias de los distintos países. *[N. del A.]*.
[8] Este folleto fue escrito en los tiempos, ya tan remotos, en que Kautsky era marxista. *[N. del A.]*.
[9] El socialchovinismo ruso de los señores Potrésov, Chjenkeli, Máslov, etc., tanto en su forma franca como en su forma encubierta (los señores Chjeídze, Skóbelev, Áxelrod, Mártov, etc.), también nació del oportunismo, en su variante rusa: el liquidacionismo. *[N. del A.]*.



Título original: *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism*
© De la traducción: Equipo de traductores de la Fundación Federico Engels
© De esta edición:
2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.editorialtaurus.com/es/greatideas

Esta obra pertenece a la serie Great Ideas, publicada originalmente en inglés en Gran Bretaña por Penguin Books Ltd.

ISBN ebook: 978-84-306-0183-7
Diseño original de cubierta: David Pearson, basado en un original de Richard Paul Lohse
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.



Taurus es un sello editorial del Grupo Santillana

www.editorialtaurus.com

Argentina
www.editorialtaurus.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.editorialtaurus.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.editorialtaurus.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.editorialtaurus.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.editorialtaurus.com/cas
La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.editorialtaurus.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.editorialtaurus.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.editorialtaurus.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.editorialtaurus.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.editorialtaurus.com/can

26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.editorialtaurus.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.editorialtaurus.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.editorialtaurus.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.editorialtaurus.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.editorialtaurus.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.editorialtaurus.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.editorialtaurus.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.editorialtaurus.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.editorialtaurus.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51